

UNA NOVELA DE
JACKIE AYERS



ALIENTO

No dudes de lo
que solo ves tú

Lectulandia

¿Te has preguntado alguna vez...?

¿Cómo es posible que desaparezca tanta gente de la que nunca se vuelve a saber? ¿Cómo se alimentan los vampiros? ¿Por qué son generalmente bellos y jóvenes? ¿La sangre equivale a sexo? ¿Qué es y qué se siente con el mordisco? ¿Qué significa... ALIENTO? Su historia, su pasado, su organización en clanes. Su número 613, cómo reconocerlos...

La protagonista, Thea Nimkin, recibe el encargo de la revista especializada *Factory* para hacer una serie de reportajes basados en la realidad de los vampiros. La investigación se basará en dos temas: el programa conocido como PYP (*Pale Yoke Program*), adscrito al Pentágono, y la búsqueda de Sarah Rubin, una experta en el tema. Thea tendrá que viajar a Roma y será aceptada en un círculo muy especial que le cambiará la vida.

¿Crees saberlo todo sobre los vampiros? No dudes de lo que solo ves tú.

Lectulandia

Jackie Ayers

Aliento

No dudes nunca de lo que solo ves tú

ePub r1.0

liete 22.05.14

Jackie Ayers, 2010
Traducción: Marco Arbeloa

Editor digital: liete
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

*Con mi reconocimiento agradecido a la Charles Back Foundation.
Este libro está dedicado a Mary Elizabeth Well, a Philip Cook
y, por supuesto, a Phyllis, allí donde esté.*

1. EL FILO DE UNA UÑA A MEDIANOCHE

Creo que por fin lo voy a hacer. Pondré en palabras todo lo que sé y cómo lo he sabido. Todo lo que habrá en estas páginas es fruto de la confluencia afortunada de tres factores independientes, llamados a cruzarse una sola vez en la vida: una obsesión, un encargo y un azar. La obsesión es la mía por el universo real de los vampiros. El encargo es el que en 2007 me hizo la revista especializada *Factory* para explorar ese universo mediante una serie de reportajes tipo *all-about*. Y el azar es el hallazgo de Sarah Rubin, la persona que, por derecho propio, más sabe en el mundo acerca del universo vampírico. Por tanto, todo aquí es parte de la verdad, o de «su» verdad, pero sin duda todo aquí es sincero.

Sobre la obsesión, he de confesar que en mi caso proviene de antiguo, de cuando una noche, de niña, en mi Milwaukee natal, sentí pasar lentamente por mi mejilla el roce de unas largas uñas que dejaban un rastro gélido.

Mientras lo hacía, aquel ser estaba decidiendo entre ir más allá o quedarse en ese gesto. Decidió, por tanto, mi vida o mi muerte. Mi no-muerte, sería más exacto decir. Supe que era un vampiro porque olí un aliento pútrido muy próximo a mi cara, un aliento indescriptible que no he olvidado ni un solo día de mi vida, y que era imposible que fuese el de mi padre o mi madre, ni siquiera el de mi tía Claire. Y si no grité aquella vez fue porque una fuerza superior me hizo permanecer con los ojos cerrados, casi sin respirar, y ordenó a todos mis músculos mantenerse inmóviles en un estado de parálisis. Nunca más volvió a mi vida esa inquietante presencia, pero desde entonces cada noche me duermo anhelando que aquel roce vuelva a repetirse.

A cierta edad muy temprana, todos queremos ser un vampiro o cruzarnos con uno. Hoy sé que muy poca gente cree de verdad en ellos, aunque sean millones quienes se deleitan con la imaginería literaria y cinematográfica que el arquetipo del vampiro sediento de sangre ha generado. Pero, se crea o no, los vampiros existen y no son del todo como la gente supone, sino que son únicamente parecidos. Quiero decir con ello que los vampiros reales se parecen bastante a los que la mitología vampírica, a lo largo de los siglos, ha fijado, pero son mucho más humanos (si la palabra *no* es demasiado humillante para ellos), sorprendentes, verosímiles y frágiles de lo que pudiera imaginarse. Eso sí, no son muy accesibles, no es fácil llegar hasta un vampiro... y sobrevivir. Por eso sería mejor decir que, más que accesibles, son peligrosos.

Y en esto coinciden tanto la realidad como la fantasía vampírica: la presencia de un vampiro siempre implica una situación de alto riesgo vital. O sea: un vampiro siempre sitúa a los vivos en la frontera con la muerte. Aunque no se cruce. Por eso conviene conocerlos muy bien. Por eso he escrito este libro.

La cuestión de los vampiros no está únicamente en manos de personas que han

tenido, o creen haber tenido, algún contacto con ellos. La administración norteamericana también decidió meter las narices en este terreno, sobre todo después de que alguien pensara que podría sacarse alguna ventaja de ello y aplicarla a unidades de élite del Ejército.

Así he sabido que el gobierno de Estados Unidos tomó cartas en el asunto hace mucho tiempo, a raíz de la guerra de Vietnam. Gracias a un ex oficial y periodista amigo —cuyo nombre no me ha autorizado a hacer público, pero que llamaremos Maki—, gracias a Maki, decía, quien trabajaba en el campo de la defensa bacteriológica, me introduje en los sinuosos vericuetos del Pentágono y averigüé que existía, y existe aún, un programa de los llamados «serie B», es decir, de poca difusión y de mantenimiento informativo de perfil bajo. Maki me ha proporcionado recientemente múltiples dossiers y archivos en un minúsculo *pendrive*: demasiada información en una cabeza de alfiler.

Se trata del programa V-317/00700, pero se le conoce como PYP (*Pale Yoke Program*, Programa Yugo Pálido). Está adscrito al Pentágono, en concreto a una difusa Agencia de Investigación Epidemiológica. Allí hay personas como usted, lector, y como yo, que trabajan en el tema de los vampiros en horario laboral, como buenos burócratas y sin la menor alteración de sus constantes psicológicas, ¡y mucho menos de las físicas!

No sé qué saben allí de los vampiros, no sé ni siquiera si lo que saben es verídico, o demostrable, o meramente hipotético. Pero lo que podría jurar es que en esa Agencia han abierto un expediente que a día de hoy no tendrán ni idea de cómo cerrar. Me temo, sin embargo, que lo que ese expediente sí estará es bien lleno; rebosará de información minuciosa y desbordante, aunque escasamente operativa y puede que innecesaria. Tal vez allí, entre esos documentos clasificados con miles de datos de personas y testimonios, esté el nombre de Sarah o incluso el mío mismo.

Sin embargo, no voy a escribir ni una línea con la colaboración del Pentágono. En cambio, este libro sí será fruto del provechoso encuentro con Sarah Rubín, la persona que más sabe sobre vampiros, quien me reveló sus secretos e investigaciones de más de treinta y cinco años al servicio de su trato con los no-muertos. Sarah me puso en contacto con otras personas que, como ella, habían logrado una relación vampírica «satisfactoria», es decir, de sobreviviente. Cada una de esas personas conoció a un vampiro o tuvo conocimiento de hechos vampíricos, hasta el punto de que podrían escribir tratados enteros sobre su naturaleza y su modo de proceder, o de amar y de morir. Quizá sus nombres también figuren en el PYP del departamento de defensa del gobierno.

No se puede decir que esas personas formaran una especie de sociedad o de club privado, aunque, como pude comprobar, su vínculo común mantenía todas las características de las sociedades secretas, pero todas ellas habían aglutinado en torno

a Sarah Rubin sus experiencias personales, ya que todas, al igual que la propia Sarah, habían adoptado un vampiro. O quizá sería más acertado decir que todas ellas habían sido elegidas por un vampiro. ¿Con qué fin? Creo que la conclusión solo puede ser que, con ello, el objetivo de los vampiros era entrar, por medio de esas personas, en el mundo de los vivos y justificar así su existencia, o al menos tratar de explicarla. Algo parecido a una confesión.

Lo que viene a continuación es el resultado de ese contacto entre unos y otros. No es muy agradable, incluso tal vez sea terrible, pero es sin duda necesario.

2. CUESTIÓN DE CONFIANZA

Me encontraba en Roma y era la primera vez que pisaba la ciudad de los papas. Estaba frente al número 15 de la Via dei Greci. En el tercer piso vivía Sarah Rubin. Había ido allí casi directamente desde el aeropuerto, apenas después de dejar mi equipaje en el hotel. No había llamado al telefonillo, aunque el portalón estaba abierto y se veía una ancha escalera al fondo y a una portera barriendo afanosamente.

Me hallaba parada, inmóvil, pensativa. Puede que recordase en ese instante lo que había hecho hasta llegar allí y también que me figurase lo que podría ocurrir en adelante si apretaba ese botón. No sé qué sucedía en mí, no lograba poner orden en mis pensamientos. De pronto, todo eran incógnitas.

Había contactado con Sarah días atrás, cuando preparaba el reportaje sobre vampiros para *Factory*. Todo el mundo me había dicho que Sarah era la persona clave, y que yo nunca conseguiría acertar ni por asomo con el universo vampírico si no me entrevistaba con ella. Cuando me hablaron por primera vez de Sarah Rubin, esta ya era la investigadora y vampiróloga más importante del mundo, reconocida por todos. Pero también era uno de los grandes secretos mejor guardados: dar con ella resultó fatigoso y complicado, hube de emplearme a fondo. Parecía que la mantuvieran protegida y libre de curiosos, como si cierto grupo la preservara de todo escándalo mediático. Treinta y cinco años libre de curiosos. Ahora debía de tener más de sesenta y cinco. Había rechazado todo tipo de ofertas para contar sus misterios y trabajos. Nunca había querido considerar ninguna. Nunca había concedido una entrevista.

Pero para llegar a ella solo había un camino. Los dueños de *Factory* me habían facilitado algunos medios, pero el más importante fue este nombre: Rose Wallow, la vieja amiga y tal vez amante de Sarah Rubin de muchos años atrás, en los setenta u ochenta. «Ella es la clave. Habla con ella y convéncela», me dijo Vic Armstrong, el editor jefe de *Factory*. Me dio el teléfono de un bar en Tribeca, el Zaltman's, donde Rose Wallow solía comer y recibir a cuantos tuvieran curiosidad en todas las historias fantásticas («pero verídicas») que contaba, aunque pocos la tomaban en serio.

Tal vez por esa falta de seriedad Sarah Rubin terminó por separarse de ella. Rose se quedó en una estación perdida, el tren partió sin esperarla, como se suele decir en el oficio, en resumidas cuentas: la olvidaron. Así de fácil. No conviene parecer demasiado loco en un mundo en el que todo es fronterizo con la realidad, aunque sea verosímil. Un exceso de locura se paga con la expulsión en el mundo de lo oculto y supraordinario. Es como si dijéramos que este tipo de actitud «pone todo el sistema en entredicho». Eso fue lo que le ocurrió a Rose. Sarah Rubin me lo confirmaría más adelante, cuando me ofreció su confianza. «Demasiado frívola, excesivamente ridícula». Rose Wallow podría estar en un psiquiátrico y a nadie le extrañaría. Eso era

verdad; sin embargo, conmigo en el Zaltman's, Rose fue extremadamente cuerda, hasta tierna, a la hora de darme las coordenadas de Sarah, su antiguo amor del viejo continente.

Mi intención era trasladarme desde Nueva York a Roma para verla. Así se lo manifesté a la propia Sarah Rubín por teléfono, una vez que consintió en ponerse a hablar conmigo para disuadirme. Antes me presenté.

—Conozco a unos Nimkin en Ohio. ¿Son familia?

—No lo sé, creo que no. Que yo sepa, siempre hemos sido de Nueva York.

—Lástima, me habría encantado saber de ellos. Eran de buena pasta.

Solo después de muchos argumentos profesionales y de tratar de ser lo más convincente posible, incluso tras contarle mi experiencia iniciática con los vampiros (o eso creía yo) en mi niñez, solo entonces, digo, mi triunfo llegó en el momento en que pronuncié el nombre de Rose Wallow.

—Fue la señora Wallow quien me dio su teléfono. Me rogó que insistiera. Me pidió que le dijera que lo considerase un favor por los buenos tiempos.

Equivalió a un salvoconducto inmediato. No hubo necesidad de más. Sarah Rubin rompió a reír y soltó una carcajada mientras enfatizó: «¡Ja! ¡La señora Wallow!». Luego se calmó y regresó a su seriedad tras unos segundos de silencio. Terminó dándome una cita.

—Venga a verme dentro de una semana, señorita Nimkin de Nueva York. ¿Le importa que la llame Thea?

—En absoluto. Así me llama todo el mundo.

—Estaré lista cuando llegue. Charlaremos entonces.

Fue todo lo que me dijo. No añadió más que una amable despedida. Unos días más tarde estaba sobrevolando el Atlántico camino de los grandes foros imperiales.

En Via dei Greci me recibió una asistente de un país del este de Europa, puede que de Moldavia o de Ucrania, muy rubia y muy joven, que no hablaba inglés. Llevaba una notable minifalda. Me acompañó hasta un salón donde me rogó que esperase unos minutos a la *signora* Rubin.

Observé que la decoración se había detenido en otra época y era bastante heterogénea y oscura, nada moderna. Por fin, al cabo de un rato, entró Sarah Rubin, la Gran Dama de los Vampiros, como la definió su ex amante en el Zaltman's de Tribeca.

No me esperaba una mujer de tan baja estatura y de pelo canoso recogido en un moño; algo pasada de peso, parecía muy vivaracha y asexuada; portaba grandes gafas de pasta, y aparentaba menos edad de la que debía tener. Vestía con un chándal gris de franjas amarillas y llevaba una cinta del pelo recogida en cada muñeca. Me ofreció café. Enseguida me preguntó por Rose Wallow. Le dije que en realidad la conocía muy poco, pero parecía gozar de buena salud, si era a eso a lo que se refería.

—Hemos hecho muchas cosas juntas. Pero siempre le faltó distancia. Se lo creía todo, hasta lo que no era creíble.

Hablamos poco y enigmáticamente. Pese a esforzarse por parecer indiferente, Sarah se interesó por mi reportaje, pero también por mi experiencia personal, esa «sensación de la niñez», como definió mi contacto con lo vampírico. No se trataba de fantasmas, le dije, sino de algo más horrible y real. Ella asintió.

—Sé de lo que habla. Tampoco yo pensaba en una experiencia de ectoplasmas. Todavía no me he hecho médium.

Le conté lo que me ocurrió a los nueve años exprimiendo al máximo los detalles. Después de tanto tiempo, había acabado por enriquecerlos para convertir mi experiencia en un relato interesante. Sarah me escuchaba con atención mientras me miraba fijamente. Una mirada penetrante. Luego me citó para el día siguiente a la misma hora, aduciendo que tenía otras obligaciones esa tarde.

Salí de la casa como si hubiera sido aprobada, y noté que, en cierto modo, me había aceptado en un círculo muy especial, aunque no tenía ni idea de cuál era ese círculo. Pero tampoco imaginé entonces hasta qué punto iba a ser depositaria de sus conocimientos. Creo que esa tarde Sarah Rubin decidió liberarse de una gran carga, o contar a alguien cuanto sabía de los vampiros, y para ello me eligió a mí. «Me recordaste a la Rose que conocí, alguien en quien confiar», me diría Sarah unos meses más tarde.

3. LA VOZ HALLADA EN EL ESPACIO

Regresé, pues, al 15 de la Via dei Greci a la misma hora en punto del día después, tal como habíamos quedado. Esta vez me abrió la propia Sarah. Sin más preámbulos me pidió que la siguiera a su estudio por el desconcertante trazado de pasillos de la casa. Había una corriente de familiaridad entre ella y yo, como si Sarah hubiese optado por evitar las miradas escrutadoras.

El estudio se abría con una puerta hermética y se componía de una enorme habitación insonorizada a la que se habían añadido dos grandes piezas laterales comunicadas y repletas de muebles y estanterías con todo tipo de cintas magnéticas, aparatos electrónicos, monitores encendidos, altavoces de diversos tamaños, cascos con audífonos y cables por todas partes. Parecía más bien uno de esos centros de mandos espaciales de la NASA o un estudio de grabación de la Paramount. Me rogó que me sentara y luego me dijo:

—Disculpe el desorden. Pero vayamos al grano. La clave, como en todo en la vida, Thea, es creer en vampiros o no creer. Para creer en los vampiros hay que olvidar el sentido común. Y olvidar algo más todavía: los prejuicios. Pero la vida me ha enseñado que no es solo cuestión de fe. Hay que verlos. Los vampiros existen y son comprobables, tangibles. Le mostraré algo... si está preparada.

No contesté enseguida porque en realidad no sabía si lo estaba o no.

La «doctora» Sarah Rubin, como figuraba en todas sus tarjetas de visita, se llamaba de soltera Sarah Kubica y era de origen checo, pero adoptó el apellido de su esposo, Edward Rubin, un dentista de Nueva Inglaterra.

—Me casé por conveniencia con el bueno de Edward —me dijo—. A él no le importó, en realidad también le venía bien el apaño. Los dos teníamos camas distintas, ya me entiende, distintas en todos los sentidos. Ahora estamos divorciados. No sé si vive en Los Angeles o en Nueva Jersey. A veces lo busco en Internet, pero no sale nada sobre él.

Sarah trabajaba desde mediados de los años setenta con los sonidos psicofónicos extrasensoriales. Era su especialidad en el campo de lo paranormal. Iba a la caza de ultrafonías y demás sonidos inmateriales, buscaba concretamente epifonías y psicofonías perimetrales.

—¿Cuáles son?

—Son esas voces —se sintió obligada a aclararme— que rodean los lugares y los seres que han pasado por una gran intensidad vital, ya sea un hecho histórico, ya sea un pensamiento luminoso, lo que los cursis llaman «un milagro»; pero en ambos casos se produce un flujo de materia sónica que permanece. Yo buscaba ese rastro de permanencia. ¿Lo entiende, Thea?

Se adentraba así en el pasado y en la historia. Buscaba, captaba y registraba voces

que ya se habían desligado de la materia, ondas residuales, o esqueletos de ondas muertas, por así decir, que vagaban por el espacio en espera de ser grabadas e interpretadas.

—Quimérico, pero posible —matizó.

Hablaba de voces de ultratumba, voces de muertos, fantasmales, frecuencias del más allá que habían quedado atrapadas en algún punto infinito a la enésima potencia del no-tiempo y del no-espacio, un punto descubierto por Planck y conocido entre los astrofísicos como «cámara neutra».

—Entonces —me dijo—, un día de los muchos de mi búsqueda de sonidos, sucedió lo más extraordinario de mi vida. Ese día oí algo que tardé semanas en descifrar y en hacer medianamente inteligible.

Encendió un largo cigarrillo muy fino, dio dos bocanadas y lo aplastó contra un cenicero de porcelana. Estaba creando el clímax.

—Oí la palabra *vampyr*.

No reaccioné. La escuchaba atentamente y, en aquel contexto, me pareció de lo más normal lo que me estaba contando.

—O más bien oí un sonido que se componía de esas modulaciones, *vampyr*. Oí el reflejo de su sonido, como si dijéramos. Era un ruido raro, que no era como los que estaba acostumbrada a escuchar. Y desde ese momento, Thea, mi vida cambió para siempre.

Aquel hallazgo, y sobre todo cuanto se derivó de él, despertaron en Sarah la curiosidad por algo que ella creía ajeno a sus intereses: los vampiros verdaderos. Por aquel entonces Sarah vivía en Estados Unidos, en Pittsburgh, Pensilvania, donde había abierto consulta «el bueno» de Edward Rubin, quien toleraba las investigaciones de su esposa sin demasiado convencimiento, pero con absoluta complacencia. En el estudio de su casa de Pittsburgh, Sarah decidió trabajar a fondo en esa voz y ver hasta dónde podía llegar con ella.

Al principio lo hizo por un simple afán de exploradora de lo desconocido, al ser un sonido tan nítidamente asociado a una palabra. Pero enseguida aquello se convirtió en una investigación desesperada y romántica. Se aisló de todo. Adelgazó alarmanamente, se obsesionó, empezó a dormir tan solo cuatro horas y a pasar las otras veinte pegada a su sincretizador de ondas hertzianas, moviendo entre sus dedos el dial con extrema suavidad milimétrica. Se la veía a todas horas con unos cascos que la separaban del mundo y enviaban su mente a un espacio de ruidos hipnóticos e inquietantes, esa especie de *rrrrrrr* ininterrumpido de los televisores sin emisión, un ruido de fondo conocido como «gruñido de Dios».

—Concluí que el sonido correspondía a una palabra —dijo Sarah—. Y si era una palabra, tenía que pertenecer a un idioma. El idioma de aquella palabra resultó ser el italiano: *vampiro*. Eso es lo que logré aislar al cabo del tiempo. Pero la primera vez

no era la palabra con toda su claridad, como se la estoy diciendo ahora a usted, sino más bien algo así, muy espectral y alto, como un golpe: ¡*vaomp*!! Seco y abrupto. Después un pequeño silencio. Y luego nada.

Sarah Rubin me explicó que tardaría aún mucho tiempo en volver a oír ese sonido, sobre todo en volver a encontrar su ubicación. Los sonidos inmateriales se mueven, a veces no se oyen más que una sola vez y luego se pierden para siempre. Aunque, como buena precavida que era, Sarah lo había grabado, al igual que hacía con todo lo que escuchaba a diario. Sin embargo, al reproducirla, la grabación de la voz era de muy baja calidad. Necesitaba limpiarla repetidas veces, pero necesitaba sobremanera volver a escucharla y tal vez iniciar después algún acercamiento a ella. Se podría considerar un imposible, literalmente como buscar una aguja en un pajar.

Aumentando la intensidad del audímetro estereoscópico, Sarah llegó a oír en Pittsburgh una secuela en aquel breve silencio que seguía a *vaomp*, una estela que un día por casualidad afloró en la cinta grabada.

—Sonaba un *ÿÿÿr*, como un susurro agudo, terminado incluso en la oscuridad de una vocal que no lograba descifrar. Pasaron luego otras semanas más hasta que mi oído captó la «o» final con la que advertí que aquello era una palabra y que era italiana. Luego supe que también podía ser española, o portuguesa, o incluso de otras lenguas. La secuencia es esta. Atenta, Thea. Acomódese y escuche.

En ese momento Sarah pulsó uno de los botones de su mesa de mezclas y me puso la grabación. Procuré no respirar ni tragar saliva, me concentré cuanto pude en aquella cinta. Al principio sonaba espantoso, inhumano casi, como una voz deformada que asciende y desciende, pero, al término de varias veces oyendo aquella grabación, acabé acostumbrándome a ese sonido extraño, puro ruido de fondo, desde el que empecé a distinguir una palabra inequívoca: *vaomp-ÿÿÿr-y*.

Sarah me dejó escuchar la cinta docenas de veces. No había duda alguna, sonaba una voz. En realidad, después de unos minutos oyéndolo, llegué a la conclusión de que solo podía ser un decreciente sonido tenebroso provocado por un susto o un espanto: ¡*vaompyro*! Vampiro. Pero era tal el desfase entre la primera sílaba (con esa «ao» casi aullada) y la última, dicha como entre dientes, dejada escapar, liberada, que parecían dos voces pronunciando dos secuencias de la misma palabra. Podría ser ridículo lo que pensé, pero me figuré que alguien la pronunciaba en medio de un orgasmo o de una situación similar de máxima entrega, por placer o por dolor, pero también como si masticase algo. La sílaba central era más bien una expiración, como cuando se produce el instante mismo de la muerte. O sea, que tal vez la «o» la dijera un cuerpo ya muerto, ya exánime. La última silaba de la última voz del último aliento. Puro aire, pensé.

—Perseguí esa voz —dijo Sarah—, ese sonido líquido. Una voz líquida que buscaba acoplarse en mí. ¡Dios mío, ya lo creo que lo hice! Traté de dar con ella

como una hechizada, como cautivada por aquello que acababa de encontrar. Dos años tardé en volver a captar la voz, Thea. ¡Dos años en que creí morir! Los psiquiatras me dijeron que tenía los síntomas de quien está extremadamente enamorado. Era absurdo, de verdad que lo era, ¡pero no cabía duda de que yo estaba sufriendo de amor!

La entendí muy bien. Eso no era nada nuevo para mí.

Hasta entonces ella había tenido muy claro lo que deseaba conseguir en la vida. Sin embargo, a partir de ese momento, la vida de Sarah dio un giro y se precipitó en el vacío de perseguir un imposible. Aunque no para ella:

—Si algo sé a mi edad, Thea, es que la noción de imposible es la idea más necia que ha concebido el ser humano —me dijo.

Desde entonces, solo viviría para encontrar a la persona no-muerta a la que pertenecía la voz que había pronunciado esa palabra.

—¿Qué hizo entonces?

—Buscarla con denuedo. Y créame, Thea, que no me di ni un respiro. La busqué en este mundo y en el otro.

Tardó un tiempo y aquello se convirtió en una dedicación absoluta, pero al final la halló. Y lo realmente sorprendente para Sarah fue que, cuando lo hizo y pudo comunicarse en su mismo vector de frecuencia, lo que es algo muy extraño e inusual, parecía que aquel ser la estuviera esperando.

—Era obvio que quería conocerme —dijo Sarah—. No desapareció, como hacen los demás sonidos, sino que se quedó en algún punto fijo, como si se solidificase en el espacio. Inaudito, ciertamente, pero fue así: la voz se quedó quieta para que Sarah pudiera encontrar a su dueño. La voz fue tan solo una pista.

—¿Y qué hizo cuando lo descubrió?

—Le dije que quería hablar con él. Quería conocerlo, ayudarlo. Era evidente que aquella era una voz-llamada, no era algo casual; la voz tenía una intención.

—Pero ¿cómo fue posible hallarlo, decírselo, hablar con él?

—Mediante lo que llamamos una puerta hipofónica.

Ante mi ignorancia, Sarah me explicó de qué se trataba.

—Son escasísimas las ocasiones en que se abren. Cuando se localiza un sonido, lo más común y general es identificarlo o clasificarlo, pero nunca, o casi nunca, sucede que podamos dialogar con quien lo ha emitido. Es la máxima aspiración, poder acceder al más allá y traer al presente a seres que formaron parte de otra época. Pero, a decir verdad, solo sucede con los no-muertos.

—¿Los no-muertos?

—En realidad, los vampiros y seres de una naturaleza «reviniente», es decir, ciertos «seres que regresan». Pero también pueden habitar en ese estado intermedio entre la vida y la muerte misteriosas manifestaciones ectoplasmáticas, los

comúnmente llamados fantasmas. Cuando por alguna razón el no-muerto quiere comunicarse con palabras, se abre una puerta hipofónica. La llave es un sonido captado, una palabra perdida en el espacio, lanzada como un mensaje en una botella, ¿me sigue, Thea?

Asentí.

—Muy pocas personas han logrado contactar con ellos. Cuando se abre una de esas puertas, se inicia un diálogo a voluntad del ser, no a voluntad nuestra. A veces solo dura una sesión y luego se pierde para siempre. Supe que se había abierto una puerta con mi vampiro cuando empecé a captar monosílabos afirmativos y negativos a preguntas mías del tipo «¿Quieres hablar?», «¿Buscas explicarte?», «¿Me dirás tu nombre?» o la fundamental «¿Estoy segura contigo?».

—¿Qué le respondió a eso?

—A esta última no hubo contestación al principio. Aun así, seguí dejando la puerta hipofónica abierta. Algo me decía que no debía cerrarla bajo ningún concepto o lo perdería sin remisión.

—¿Y cuál fue la pregunta que la puso claramente sobre la certeza de quién era él o *qué* era él?

—Thea, solo podía ser una. Obviamente le pregunté: «¿Eres un vampiro?». A eso me contestó afirmativamente. Pero escúchelo usted misma.

Sarah volvió a pulsar el botón del reproductor de su mesa de mezclas. La grabación volvió a ponerse en marcha. Mi corazón dio un bote y aceleró sus palpitations mientras se preparaba a oír ese diálogo. Sin embargo, me di cuenta de que su respuesta llegó después de que Sarah se lo preguntase varias veces, en las que ella temió que la puerta se cerrase por el lado de él. La voz era gutural, apagada, expulsada de los pulmones con desgana más que dicha:

—Sí.

Oí cómo Sarah avanzó en su diálogo, sobreponiéndose al efecto que le causó esa respuesta.

—¿Puedo conocerte?

No hubo contestación esa vez.

—¿Puedo verte?

El mismo silencio de nuevo.

—¿Puedo tocarte?

Entonces él se rió. Inesperadamente hizo eso, reírse. O algo parecido a una risa. Era una risa cavernosa. Y oí en la grabación que Sarah también se rió, no pudo evitarlo, necesitaba descargar la tensión acumulada. La risa de Sarah provocó un súbito silencio, abrupto como una amenaza, por parte del dueño de la voz. Sarah contuvo el aliento. Incluso yo, al oírlo, me asusté. Algo había hecho mal, debió de pensar Sarah aquella vez, en algo se había equivocado hasta ocasionar, quizá, su ira.

Recordó que el joven, pues de un joven parecía ser esa voz, no había contestado a su pregunta-talismán: «¿Estoy segura contigo?». Tuvo miedo. Pero al cabo de esos tensos minutos en que solo se oía otra vez «el gruñido de Dios», la voz átona de aquel ser pronunció algo que Sarah interpretó como que el joven había aceptado finalmente que ella lo conociera, pero con una desconcertante ambigüedad.

—¿Te manifestarás?

—*No y sí.*

—¿Cómo puedo comprenderte?

—*Seré y no seré.*

—Entonces, ¿cómo te veré?

—*Te arrepentirás.*

—Sé que no me arrepentiré. Quiero hacerlo, por favor.

—*Conocerás la vida y la muerte a la vez. Quieres, pero ¿lo deseas de verdad?*

—Lo deseo.

Sarah volvió a pulsar el botón para interrumpir la grabación y me miró buscando mis reacciones.

Yo estaba helada, inmóvil, con los cascos puestos y los ojos clavados en un punto fijo del suelo; mi cerebro se hallaba inmerso en una ansiedad violenta y paralizante. Sarah me tocó el brazo y salí de mi abstracción de golpe. Estaba asustada de veras. Me preguntó si quería volver a oírlo. Le dije que prefería esperar un rato. Había sido demasiado intenso para mí. Aquel breve diálogo con el vampiro resonaba en mi cabeza como si acabara de haberse producido ayer mismo, hoy mismo incluso, pero sin embargo había tenido lugar treinta y cinco años antes.

—La perspectiva del encuentro físico me espeluznaba —me dijo Sarah—, pero no podía dejar de hacerlo: había sacrificado mi vida a estos fenómenos, y, por muy peligrosos que fueran, me juré que siempre tendría que registrar su existencia. Me supe atrapada en la red viscosa de algo que me superaba. Además, ¿no era esa la gran oportunidad, la cima a la que aspiraba desde que sentí la llamada de lo diferente y lo oculto? Llevada por una pasión irracional, inconsciente de lo que podía sucederme en ese encuentro, llegué a pensar que me importaba muy poco continuar mi existencia mortal como viva o como espíritu, o quizá como no-muerta, como vampira. Es decir, me trajo sin cuidado la muerte o pasar al otro lado, quise ir más allá de esa limitación, ¿comprende, Thea? Quise abocarme a la posibilidad de vivir un hecho sin retorno.

Sarah Rubin asumió el riesgo. Pero aun así, hubieron de transcurrir otros dos años antes de llegar a verlo. No era tan sencillo como ella creía, no bastaba con despreocuparse de las consecuencias. Ambos necesitaban estar seguros de que su encuentro no sería una catástrofe compartida ni supondría la mutua destrucción. Así, mientras se fortalecían sus respectivas garantías de seguridad, Sarah y su vampiro se hablaban a través de la puerta hipofónica. No podían escapar a su destino.

4. LA REGIÓN DE LAS SOMBRAS

Pasé dos meses en Roma, hospedada en el hotel Anglo Americano de la Via Quattro Fontane. Durante ese tiempo, además de patear por todos los rincones de la ciudad, visité a diario a Sarah Rubin y llegamos a conocernos mejor. A veces ella, con toda intención, me acompañaba en mis paseos erráticos. Ella fue haciéndome así partícipe de sus experiencias vampíricas, hacia las que yo expresaba cierta incompreensión. Ella consideró nuestra cita de cada día en Via dei Greci como parte de su trabajo, y se aplicaba a ello casi con horario laboral. Quedábamos muy temprano y siempre había un café esperándome. Solíamos terminar de noche.

Por mi parte, desde luego, aquellas citas eran sustancialmente mi trabajo, y en *Factory* me dieron carta blanca para conseguir hacer por todos los medios «el mejor reportaje de vampiros que hubiera existido jamás, costase lo que costase», según palabras de Vic Armstrong. Sin embargo, yo acabé por entender aquellas sesiones como un desahogo liberador, ansiado por Sarah desde hacía más de treinta y cinco años, que supuso una inagotable fuente de conocimiento para mí. Fue a lo largo de esos días cuando ella me empezó a hablar directamente de Nemus y de lo que supo por él mismo acerca de su historia vampírica antes de enfrentarse a él cara a cara.

El vampiro de Sarah se identificó con ese nombre, Nemus, o ese nombre extraño usaba, un nombre a todas luces encubierto. Era romano, pero sus padres eran lombardos. Era el único de seis hermanos que había sobrevivido. Vivió toda su corta vida allí, en la ciudad donde había nacido en 1580. Era muy guapo. Y allí, quizá por eso, lo convirtieron en vampiro en 1604. Desde ese día, la eternidad lo envolvió en esa ciudad de la que nunca jamás había salido. Nemus era tan solo un joven y esforzado pintor del taller de la familia boloñesa Carracci, un joven muy bello que no llegó a nada en el arte ni en ninguna otra profesión.

—Siempre es así: otro lo hace, otro actúa contra ti. Te convierten en vampiro, como un testigo que es pasado de una mano a otra.

Quien lo organizó todo fue un importante cardenal, un Farnesio probablemente. A Sarah le gustaba aventurar que quizá hubiera intervenido un papa, pero la idea de un santo padre vampiro nunca habría sido demasiado creíble. No obstante, Nemus, al principio, parecía eludir toda respuesta a esa pregunta, sencillamente, al parecer, porque no lo sabía con certeza. O quiso jugar con Sarah, como hizo con mucha otra información que, a lo largo de los años, le fue pasando a ella. ¿Dónde estaba la verdad y dónde la mentira? Terreno resbaladizo, demasiada sangre bajo los pies.

Comprendí sin dificultad en ese momento que si Sarah vivía en esa ciudad era porque allí, en Roma, vivía su vampiro y era donde se le había evidenciado. Pero, como bien me insistió Sarah, en realidad Nemus no vivía en Roma, sino que ya en el siglo XVII pasó a vivir en la misteriosa Región de las Sombras, lo que Sarah denominó

la Zona Exterior.

—La Región de las Sombras —me dijo— es un estado físico y psíquico a la vez. Un lugar y un no-lugar. De nuevo una frontera. Es el medio estable donde viven los vampiros, entre otros seres no-muertos que vagan como sombras por la estrecha franja que nos separa de la muerte absoluta. Una especie de líquido seco, si eso pudiera existir.

—¿Una especie de gelatina? —pregunté yo.

—Sí, una especie de gelatina, eso podría ser la Región de las Sombras. El primer sitio donde se habla de esa región es en la *Odisea*. ¿Sabe algo de la *Odisea*, Thea?

La verdad era que algo sabía. Por esa región pasó Ulises y vio a su madre, que había muerto. Tal vez con el viaje de Ulises por aquella región Homero simbolizaba un hecho importante de la humanidad, el mito fundacional de la otra vida por excelencia: los muertos no regresan como tales, regresan solo sus sombras. Por eso lo oculto, relativo a los muertos, ha sido siempre un universo de sombras y negruras. Sarah me explicó que los vampiros, siendo cuerpos tangibles y peligrosos, son sombras densísimas y negras. Como la madre de Ulises, a quien él no veía la cara por ser una negra sombra, pero sabía que era ella.

—Oquedades planas, eso es lo que son los vampiros cuando están en la Región de las Sombras, inmersos en eso que usted, Thea, llama «gelatina». Toda una paradoja, si se fija bien. Tienen volumen, pero son percibidos como sombras unidimensionales. Es decir, como si fueran proyecciones en una pantalla de cine. Aunque no se fíe, te chupan la sangre como en una auténtica transfusión, y la mordedura la sientes, ¡vaya si la sientes! Te dejan seco en un minuto.

Luego Sarah añadió:

—Observe, Thea, que, ante el Cíclope, Ulises utilizó una variante del mismo nombre que mi vampiro, Nemo. Quiere decir «ninguno». Y, por extensión, «cualquiera». Mi vampiro, que me habría de enseñar todo lo relativo a los no-muertos, era uno y todos los vampiros a la vez. Uno y ninguno. O sea, una sombra cualquiera.

¡Qué importaba lo que fuera! Aun así, Sarah Rubin quería seguir adelante con su plan de aproximarse a un vampiro. Quedó en encontrarse con él, como se encuentran un hombre y una mujer en una primera cita. Así lo vivió ella todo ese tiempo, con una hormigueante excitación, hasta que se produjo el hecho.

Pero previamente se protegió con cuanto sabía al respecto, aunque se vino abajo la mitología popular sobre vampiros.

—Nada es como parece, y por tanto, nada de lo que se cree saber sirve para nada. Los vampiros no son como los imaginamos, ni los podemos combatir como la mayoría cree que se debe hacer. Usted, que es periodista, escritora, experta en parapsicología, lo entenderá.

Para empezar, Sarah supo por el propio Nemus, pero también por colegas, avezados vampirólogos, que nada de lo conocido como protección antivampírica — generalmente dictada por las ordenanzas doctrinales de la Iglesia— sirve para detener a un vampiro. Es todo literatura, pura retórica de una liturgia mágica y arbitraria, aplicación errónea de las técnicas y tácticas inquisitoriales de los exorcismos. La Iglesia, en general, cree en la posesión diabólica del vampiro, pero está en un craso error. Los vampiros no proceden de lo satánico ni son demonios, o en todo caso no lo son del todo... lo son solo en parte. Sea como sea, utilizar los métodos del exorcista ante un vampiro no sirve para nada.

Me confesó que no se detiene ni se destruye por ese medio a un vampiro verdadero. Sarah Rubin llegó a esta conclusión tras consultar con su amigo el pastor Roger Hamilton, de la iglesia de Carolina del Sur, gran experto entre colegas, algo así como un exorcista por libre, quien la previno muy seria y severamente sobre lo que iba a hacer. Pero en realidad el reverendo Hamilton demostró no saber más que los tópicos habituales: aspersores de agua bendita, ajos, estacas, monedas de plata en los ojos, crucifijos en alto o cosidos en la ropa y la recitación de los Evangelios en latín. Sarah, por supuesto, no hizo nada de eso.

—Aún me admira lo virginal, inocente y vulnerable que fui al encuentro con el vampiro aquella primera vez —contó Sarah—. Había releído el *Tratado de las apariciones de los espíritus y de los vampiros o revinientes de Hungría*, del abate Calmet, un clásico del siglo XVIII, que ya conocía desde mi más temprana juventud. No me sirvió de mucho: ahora sé que es pura antropología literaria, una fábula. Si usted lo lee, como mucho le divertirá y punto.

Pero Nemus aceptó ver a Sarah Rubin sin atacarla. Y la única garantía estaba en la confianza mutua que ambos pudieran acumular hasta llegar a esa cita. Quizá por ese motivo el vampiro dejó pasar tanto tiempo. El encuentro iba a suceder exactamente dos años y tres meses después de su primer contacto como epifonía en las ondas.

—¿Dónde fue?

—Obviamente, en Roma —dijo Sarah.

—Pero ¿por qué en Roma?

—No podía haber sido en otro sitio, había razones materiales que lo impedían. Como bien supe después, los vampiros tienen auténticas limitaciones territoriales, en cuanto a su movilidad, sobre todo debido a su letargo diurno, su letal ftofobia, y eso les hace vulnerables. De ahí que tomen tantas precauciones cuando van a mostrarse.

5. UNA NOCHE CRUEL EN EL PALAZZO FARNESIO

El territorio donde tiene lugar la conversión vampírica y el modo como esta se lleva a cabo lo condicionan todo y son determinantes. Así sucedió en el caso de Sarah y así me lo contó ella en su casa de la Via dei Greci.

Roma estaba agitada aquella tarde de finales de agosto de 1604, cuando el joven pintor que se esconde detrás del sobrenombre de Nemus acudió de noche al Palazzo Farnesio, bajo la lluvia torrencial de una tormenta de verano. En una esquina de la plaza, donde aún hoy desemboca el Vicolo de Gallo, uno de sus amigos, llamado Lorenzo Toppa, lo había citado para llevarlo consigo a una fiesta que ofrecía el *serenissimo* cardenal Odoardo Farnesio a su, a veces, rival Camillo Borghese, pronto futuro Pablo V. Toppa le había dicho que estaría Nihil, la doncella Aldobrandini a quien Nemus amaba. Obviamente le mintió.

»El cardenal Odoardo Farnesio esos días había querido provocar a la justicia del Gobernador para enfrentarse con los del partido francés, y había escondido en su palacio a un joven marinero recién fugado de la lúgubre cárcel de Tor di Nona. En realidad ese marinero era un ser extraño a ojos de todos, que provenía de Porto Ercole y que había seducido al astuto Odoardo con algún arte secreto. Pocos o ninguno habían llegado a intuir que esa seducción era la propia del vampiro y que el rastro de su pasión eran las mordeduras en la zona interior de las muñecas y en la parte de atrás del cuello, que Odoardo trataba de taparse con algunas gasas.

»Esa noche de tormenta el cardenal le llevaría carne fresca al extraño fugado. Para ello, y con vistas a anonadar al futuro papa Borghese, a quien había invitado a contemplar lo que sucedería en su Palazzo, tenía preparada una escenografía suntuosa. El embaucador Lorenzo Toppa hizo de cebo y dejó narcotizado a Nemus, conocido por su agraciado físico, en una de las estancias próximas a las cocinas.

»Una vez dormido, los criados del cardenal lo trasladaron hasta el gran salón de la quinta planta del palacio, en cuya techumbre estaban los grandes frescos de Annibale Carracci que Nemus, como un pintor ayudante más, contribuyó a crear. En medio de la estancia habían habilitado un mullido lecho de plumas de ave rodeado de velones de cera roja que daban una luz tenebrosa.

»Sobre el lecho depositaron el cuerpo desvanecido de Nemus. Lo dejaron allí abandonado. El marinero amante del Cardenal, revelado ya vampiro, entró en la sala a paso muy lento y, eludiendo toda claridad, se acercó hasta la cama y se echó sobre el cuerpo inerte de Nemus. Salvajemente, como en un acto pornográfico, lo desnudó y lo mordió en el cuello y luego en la ingle. La sangre brotaba. Los movimientos recordaban los de una violación.

»Los dos cardenales y algunos otros invitados contemplaban la escena a

resguardo en una cámara secreta del palacio desde la que vieron toda la acción vampírica. Estaban horrorizados, pero también sentían cierta excitación erótica, la de la sangre que veían fluir a borbotones por la boca del vampiro, y un extraño placer.

»Cuando el vampiro acabó, visiblemente saciado y engordado, se volvió hacia el lugar oculto desde el que los ojos curiosos de los invitados de Farnesio lo habían estado observando en secreto. Todos los presentes comprobaron que, en realidad, no era el marinero fugado de Tor di Nona, sino otro pintor que durante el día, en ocasiones, se escondía bajo una máscara veneciana y se hacía llamar Merisio, lo que hizo creer a muchos que en realidad se trataba del pendenciero Michelangelo Merisi, a quien conocían como Caravaggio, protegido por los Borghese y por Del Monte. Pero todo el mundo vio que no podía ser él, y no solo porque aquella cara de ojos enrojecidos y nublados por el placer era la de otro hombre, sino porque el propio Caravaggio estaba entre los asistentes a esa fiesta bacanal.

»De nuevo solo, el cuerpo de Nemus parecía ya un cadáver. Sin embargo, se movió hasta levantarse de aquel lecho y corrió a acurrucarse entre convulsiones en una de las esquinas del salón, fuera del alcance de la impertinente mirada de los anfitriones. En ese momento era un vampiro más, ya era un no-muerto.

Al término de su relato, Sarah se encontraba exhausta. Vació toda una jarra de agua en sucesivos vasos que bebió ansiosamente. Fumó en dos caladas otro de sus largos cigarrillos.

—Por eso tenía que ser en Roma —dijo finalmente—, por eso tenía que ser aquí el encuentro.

6. LA «COMISIÓN NAPOLITANO»

Después de todos esos años, Sarah Rubin había llegado a convencerse de que existía una corriente vampírica en la historia y que esa corriente no tenía nada que ver con las fantasías habituales sobre los vampiros. «Las fantasías son cosas de niños», decía. Es lo primero que aprendió en su trato con esos seres. Luego averiguó muchas verdades sobre el mundo de los vampiros que hasta entonces casi nadie conocía. Los seis libros sobre vampiros que escribió —pero que solo hizo circular entre personas muy iniciadas y que yo pude hojear y leer durante aquellos meses, siempre en su casa — giraban en torno a esa corriente que atraviesa la historia y a sus descubrimientos posteriores.

—Hay un vampirismo real, visto y palpado por mí, que cambia una y otra vez, como los animales que mudan de piel o se adaptan a los tiempos y a las circunstancias nuevas, a conveniencia, sabiduría y astucia de puros supervivientes. Hay algo heroico en el vampiro.

Gracias a las revelaciones escalonadas que a lo largo del tiempo le fue haciendo Nemus, supo de otros vampiros y, lo que era más importante, de otras personas que como ella habían sido «toleradas» por esos vampiros, habían podido acercarse a ellos y no morir. Aunque tal vez en muchos casos sirvieron de nutriente al vampiro.

La propia Sarah me revelaría un día que ella misma hizo en más de una ocasión de proveedora de la rica sustancia roja para alimentar o saciar la violenta urgencia de sangre por parte de Nemus. Dejó que le sacara sangre sin cruzar el límite. No me ocultó que en esas ocasiones, muchas durante tantos años, sintió dolor y placer. Tal vez ella era una vampira potencial en tránsito a serlo plenamente cuando la voluntad de Nemus lo quisiera, no lo sé ni lo sabré nunca. Nemus le chupaba la sangre, pero no hasta el final, no hasta matarla. Si en todos estos años no había sucedido, se debía únicamente a que él se había refrenado. Sarah, por su parte, tal como me confesó, siempre se dejó morder con el irrefrenable deseo de no despertar. Pero ahí estaba. Y parecía bien viva.

—Lo que se aprende enseguida, al entrar en el universo de los vampiros, es a huir de los estereotipos que han dejado el cine y la literatura. Eso no es más que una patraña, cuando no una blasfemia para quienes conocemos la verdad, o la interrogamos, y nos hemos jugado la vida por acercarnos al otro lado de cualquier misterio. No existe una sola realidad, créame, Thea. Llevo sesenta años, desde que era una niña, asumiendo el otro lado de la vida. Y no es la muerte lo peor, lo peor es ese estado diferente en que no se está ni vivo ni muerto, sino dominado por una fuerza pura e incontrolable que algunos alcanzan a denominar misterio.

Era obvio que Sarah se refería a la eterna y recurrente dicotomía entre ciencia y magia, algo tan viejo como la humanidad misma, porque ambos e irreconciliables

extremos evolucionan en paralelo, y explican el mundo y sus fenómenos también en paralelo, alternándose en el poder y en el privilegio de poseer o administrar la verdad. Es cosa de ciclos de tiempo y de generaciones. ¿Quién podría imaginar que la naturaleza de la existencia de los vampiros era cuestión tanto de la probable ciencia como de la posible magia, es decir, de que creamos, de un modo u otro, en lo indemostrable?

—¿Sabe que el gobierno investigó el caso de Nemus?

—No —respondí—, no lo sabía.

Cuando Sarah habló del gobierno, recordé lo del Pentágono. Le hablé entonces del PYP. Ella no se inmutó. Lo desconocía y no mostró demasiado interés.

—Me refiero al gobierno italiano. Hace bastantes años ya, en la primera época de Giulio Andreotti. En una de sus muchas épocas, no me acuerdo ahora en cuál de ellas. Crearon una comisión con tres ministros, un general en jefe de los Carabinieri y tres jesuitas. ¿No es de locos? Se llamó la «Comisión Napolitano», por el parlamentario que la presidió en el Senado de la República.

He podido comprobar por mí misma que esa Comisión sigue abierta y tiene una página web. Es la siguiente: www.senato.it/commissioni/28821/chiroterri.htm. En realidad no es más que una cortina de humo, solo da información de los comisionados.

—¿Y para qué la crearon?

—Nadie lo sabe. Tal vez la CIA estaba detrás, qué más da. Puede que su dichoso programa PYP. El caso es que alguien pronunció la palabra «virus» en un reportaje muy sensacionalista sobre vampiros en Roma. Trataron de consultarme, me buscaron por todas partes, dijeron que yo vivía con vampiros y no sé cuántas estupideces más. Necesariamente desaparecí, me largué de la ciudad por esa época una buena temporada. ¡Mi equilibrio estaba en juego!

»Por desgracia, algún político tomó en serio a quien se sacó de la manga que los vampiros reales son víctimas de un virus que los convierte en seres diabólicos. Estoy segura de que Andreotti y el Vaticano pensaron que podrían frenar con seres así a los comunistas, vaya usted a saber. Y así el tema pasó de las novelas a los despachos secretos. O burocráticos, no sé qué es peor.

»No tenían ni idea ni han sacado nada en claro en todos los años que llevan con el asunto. Otras personas, entre senadores y expertos, forman ahora esa Comisión y todos sus miembros han acabado bien colocados. Observo que se les premia. Mire, el propio Napolitano, por ejemplo, está de Presidente de la República. Pero van acercándose, ya no son tan torpes, avanzan por pistas nada equivocadas. Solo le puedo decir una cosa cierta: lo que ha trascendido de sus investigaciones, al menos hasta mí, va coincidiendo, y mucho, con lo que Nemus me dijo punto por punto.

7. LA BIBLIA VAMPÍRICA

La Comisión Napolitano, constituida para profundizar en el asunto de los vampiros, le supuso a Sarah Rubin un engorro: tener que darse a conocer a regañadientes más allá del ámbito de su grupo de iniciados. Pero también le permitió ampliar su círculo de personas afectadas en todo el mundo por el fenómeno vampírico, muchas de las cuales se dirigieron a ella entonces por primera vez, pues, aunque no colaboró nunca con la Comisión Napolitano, su nombre se hizo público a varios niveles, oficiales y extraoficiales.

Quienes no vieron en ella tan solo a una extravagante mediadora del más allá, comprendieron que era una privilegiada, tanto como ellos mismos lo eran sin saberlo. Así se profundizó en la sociedad cripto-vampírica que Sarah, sin habérselo propuesto, orientaba y presidía desde hacía mucho tiempo. Una sociedad formada por un puñado de personas a quienes los vampiros, alguna vez, habían «adoptado» como humanos intocables.

—Lo de intocables, matizó Sarah, ha de considerarse siempre en la medida de lo posible. A veces los vampiros muerden más de la cuenta, no se controlan.

Cuando fue descubriendo otros casos con otros colegas vampirólogos, descubrió también que les había sucedido algo parecido a la experiencia que ella tuvo. Sarah los empezó a llamar «investigadores de revinientes». Siempre había preferido llamarlos así, más que cazavampiros o incluso vampirólogos, que es el término lógico y común más aceptado. En su opinión, «investigador» era una palabra que alejaba los prejuicios y daba seriedad a los trabajos en cualquier campo de la fenomenología paranormal, y «revinientes» (seres que vuelven del más allá) mitigaba el efecto sobrecargado de simbología que poseen los vampiros.

Eran auténticas «adopciones», como las calificaba Sarah, es decir, seres a quienes el vampiro había acabado perdonando la vida o aceptando como vínculo para expresar su verdad. Aunque entre los miembros de la sociedad de Sarah la palabra «adopción» pasó a ser también el término familiar para llamar a su propia obsesión. Porque Sarah, en uno de aquellos días conmigo, terminó por reconocer un alto grado de obsesión psicopatológica en todos aquellos que han estado en contacto físico con los vampiros.

—Es lo más parecido que conozco a una adicción, como se aplica a los estupefacientes —admitió.

Sarah también me dijo que había asumido, al cabo de los años, que todos ellos eran algo así como unos «profetas» de la genuina Ley Vampírica, un compendio de principios que unían a los vampiros verdaderos, en realidad millones por el mundo, en una especie de religión laica, una verdadera doctrina conocida entre ellos como Los Trece Principios del Vampirismo, de los que hablaré más adelante, dada su

importancia a la hora de entender el universo de los vampiros y su modo de actuación.

A lo largo de los años, desde que entabló relación con Nemus, Sarah confeccionó su red de adeptos. Me habló de algunos de ellos, al referirme sus casos vampíricos. Hay más afectados, sin duda, pero las historias que Sarah me contó son las más representativas. Las más espeluznantes también. Las verídicas, en una palabra.

Esas personas han mantenido contacto entre ellas, primero por correo o teléfono, ahora por *mail*, y se ven de vez en cuando; se intercambian información sistemáticamente, conscientes de que no conviene airear sus descubrimientos, ya que no les creería casi nadie, y que son tenidos por auténticos maniáticos.

No me costó mucho darme cuenta de que el núcleo de aquel grupo era la propia Sarah Rubin.

—Le contaré ahora un secreto —me dijo Sarah en cierta ocasión—. El secreto mejor guardado sobre los vampiros. ¿A que nunca imaginó que existiera una «biblia vampírica»? Así, como se lo cuento. Se ha venido conformando con textos que se han sumado y agregado unos a otros, como los de los profetas o los legisladores bíblicos, y tiene la misma estructura que la Biblia hebrea (Torá, Ketubim y demás), con la salvedad de que los textos refieren casos, encuentros, cronologías, actos vampíricos, metamorfosis en los letargos fotolépticos en que viven, etcétera. Una biblia, al fin y al cabo, es un término plural: libros. Y no es más que eso, el conjunto de varios libros, manuscritos casi todos, hasta que ha llegado la era de Internet y del ordenador como extensión de la propia mano. Pero recuerde esto, Thea: la biblia vampírica existe.

—¿Y puedo ver un ejemplar?

—Solo hay un volumen. Solo hay una colección de esas historias en las que los vampiros han querido abrir sus existencias a los demás. Y esa biblia vampírica no está lejos de aquí, amiga mía. Se halla en mi casa. Mi círculo y yo somos quienes la enriquecemos y ampliamos.

De nuevo, como sucedía otras tantas veces, me quedé callada, sin pronunciar palabra alguna, ante las confesiones de aquella mujer tan fascinante. Pensaba en ese momento en sus últimas palabras y en si yo sería capaz de hacerlo, de permanecer en presencia de un vampiro a solas.

—¿Me atacaría? ¿Su vampiro me atacaría?

—Probablemente sí. Usted, Thea, no es una «adoptada». Al menos hasta donde yo sé, ¿verdad?

Le reconocí a Sarah que no lo era.

Ha habido muchas historias de vampiros, y siguen creándose en la fantasía de la gente, en los impostores de pacotilla, en la televisión. La imaginación, en este asunto, se desborda. Pero las historias que reuní, o que reunieron las personas de las que llegué a saber por medio de Sarah, con todas sus incertidumbres y deseos vampíricos,

son las verdaderamente documentadas. No hay literatura aquí, nada de ficción: hay hechos y testimonios. Las han estudiado y compartido en congresos periódicos, en intercambios de comunicaciones y trabajos, siempre bajo la dirección de Sarah Rubin. Las conclusiones que han sacado se acercan a lo verídico. A partir de ahí, que cada cual asuma la verdad como bien entienda y pueda.

—Mi mejor consejo es este, Thea: «No dudes nunca de lo que solo ves tú» —dijo Sarah Rubin con convicción.

8. UN SARCÓFAGO BIZANTINO SOLO DE IDA

Entonces lo dejó todo en Estados Unidos y se vino a vivir a Roma. Fue en marzo de 1975. Se dejó llevar por el impulso como por una fuerza irresistible, cuando la voz de Nemus le dijo que había llegado el momento de materializársele. Sarah Rubin recordó entonces las palabras del *Zohar* cabalístico: «Desde el momento en que has sido creada no has tenido otro destino que ir hasta donde ahora yo te envío». Le parecía a Sarah que aquellas palabra medievales estaban implícitas en el mandato de Nemus y explicaban a la perfección lo que era su fatal objetivo desde el principio: ir hasta él, ir hasta Roma. Un firme propósito inquebrantable.

—*Ven. Aquí podrás tocarme.*

Alquiló un apartamento. Luego pasó el tiempo y no ocurrió nada. Ningún mensaje, ninguna premonición, ningún indicio. Insistió. Se desesperó. Durante los meses siguientes, compró otro apartamento mayor, después de vender uno vacío que tenía en Kansas, propiedad de su hermana, fallecida en un accidente. Enseguida se quedó pequeño para todos sus radares y demás aparatos de captación. Tampoco ocurrió nada en ese tiempo. Otra vez el vacío durante cinco meses más en los que se recluyó a descifrar el sonido del silencio, hasta casi volverse loca de tanto esperar.

Por fin, al cabo de esos cinco meses, apareció la voz de nuevo: Nemus le dijo lo que tenía que hacer. «Seguro que esa voz», cito las propias palabras de Sarah, «estuvo dando la vuelta al mundo por la estratosfera buscando la longitud de onda necesaria hasta llegar a mí».

Y lo que le dijo a Sarah fue que buscara un sarcófago bizantino. La única pista que Nemus le dio fueron unas señas: el 32 de la Via Giulia. Aquella ubicación, por su parte exterior, no era más que el portón de una cochera. Pero en realidad se trataba de una discreta tienda de antigüedades. Sin embargo, siempre que Sarah iba hasta ella, permanecía cerrada. El anticuario era un judío llamado Al Schwimmer, de quien acabó haciéndose íntima amiga al cabo de los años.

Cuando Sarah por fin la encontró abierta aquella primera vez, tras ir a la tienda infructuosamente durante varios días y a distintas horas, enseguida supo Schwimmer de qué sarcófago le hablaba aquella mujer menuda y vigorosa. Se lo mostró en un lugar terroso y apartado del sótano. El sarcófago era de piedra parda con la losa superior de un mármol negro de mala calidad. En los laterales había adornos geométricos por el borde y vegetales en el centro. Sobre la losa de mármol solo había grabado un círculo, y en su interior una calavera.

Le dijo que llevaba en ese mismo sitio desde antes de llegar él, cuando el anterior anticuario le traspasó el negocio en los años sesenta. Sin embargo, no figuraba en los registros de propiedad de los objetos tasados y puestos a la venta.

—Nadie sabe cómo llegó hasta aquí —concluyó Schwimmer.

Luego le preguntó cómo había tenido noticia de su existencia. Sarah se limitó a contestarle:

—Me han hablado de él, y a mí me interesan los sarcófagos —Schwimmer, acostumbrado a todo tipo de clientes, no hizo más preguntas.

Sarah no dudó en comprarlo. No hubo problemas con el precio, pagó lo que Al le pidió. Y le pidió una cifra desproporcionadamente elevada: veinticinco mil dólares. Sarah extendió un cheque sin rechistar. Pero a cambio Al, quizá arrepentido por la cifra, le hizo una rebaja en otra cosa: le ofreció el piso que él tenía en la Via dei Greci. Schwimmer era el dueño de la casa que en adelante sería la de Sarah para siempre. Le compró la casa casi a la vez que le compraba aquel viejo sarcófago bizantino.

—Pertenece a los Farnesio, o al menos siempre estuvo en el *palazzo* que está dos calles más arriba, o sea, que hace casi cinco siglos que no se ha movido de esta zona. Tal vez se remonte a los viejos emperadores de Oriente, pero no se sabe muy bien a quién, ya que no figura en los libros inventariados de los Farnesio —le dijo Schwimmer una vez vendido el sarcófago, para reforzar el valor de la pieza.

Finalmente, Al Schwimmer añadió una cosa más acerca del sarcófago: jamás nadie, que él supiera, pudo llegar a abrirlo. Eso incrementaba su valor por el lado del misterio, ya que, en su opinión, no se sabía lo que contenía en realidad. También parecía estar intacto por fuera, sin ninguna grieta ni rotura en su perímetro de piedra.

Solo Sarah sabía la razón de aquella integridad y de que nadie lo hubiese podido abrir hasta entonces. Pese a lo que dice la tradición popular, no es nada fácil abrir las tumbas donde los vampiros hacen sus letargos diurnos. Una fuerza interior, como de un imán poderoso, tira de las tapas o lápidas hacia dentro.

Una vez efectuada la compra, Sarah le pidió a Al que se lo hiciese enviar a la nueva casa, tal como el vampiro le había indicado. Allí, sin ningún mueble aún, en un salón vacío, Sarah esperó la llegada del crepúsculo.

Esa noche, después de tanto tiempo, Nemus habría de materializarse ante ella.

9. ¿VES COMO SÍ EXISTO?

Nemus llegó como llegan las apariciones, de improviso, porque Sarah no lo vio salir del sarcófago. Cuando se quiso dar cuenta, el vampiro ya estaba fuera, de pie, junto a la tapa apenas removida el grosor de una rendija. Debió de creer que se quedó dormida unos minutos y, cuando abrió los ojos, allí estaba él, observándola con una mirada acuosa, entre sombras, bello y joven, con una rala barba por la barbilla y el mentón, una melena desordenada cayéndole sobre las mejillas, y cubierto por una moderna ropa informal de tonos oscuros, pantalones negros y polo con cuello alto de color vino. Tenía la mirada melancólica, y la piel que rodeaba la boca y los labios estaba mucho más enrojecida que el resto de la cara, extremadamente blanca.

Él dijo: *Sabía que eras así.*

Ella: Yo también te imaginé traslúcido casi, de tan pálido.

Después de referirme todo esto, Sarah se calló de golpe, como si hubiera entrado en un trance de abstracción y encantamiento, en el que dudé si debía irme y dejarla sola.

—¿Qué pasó esa primera vez? —pregunté yo para romper aquel *impasse*. Sarah se recuperó y me sonrió:

—Fue algo decepcionante, porque no pasó nada.

—¿Nada? ¿Después de tanto tiempo no pasó nada?

—Se limitó a pedirme que me deshiciera del sarcófago. Al parecer no lo necesitaba, había hallado una guarida mejor. Fue esa la única cosa que dijo. Bueno, también dio unos pasos hacia mí y me tocó el brazo. Sentí el escalofrío mayor de mi vida, pero también el placer de la más increíble caricia. Luego, cogió mi mano y la puso sobre su pecho. «¿Ves como sí existo?», dijo, y rápidamente se dio la vuelta y salió del piso a toda prisa. Tardé en volver a verlo por segunda vez. Yo, por mi parte, no dormí en dos noches, de la impresión.

—¿Y qué hizo con el sarcófago?

—Pensé en devolvérselo a Schwimmer, pero sería de mala educación y, además, creí mejor alejarlo de Roma. Entendí que era eso lo que pretendía Nemus al pedirme que me deshiciera de él. Acabé regalándoselo a Ilana Goor, una vieja amiga pintora, quien lo conserva en su museo de Jafo, en Israel. Si quiere verlo, está expuesto en la azotea del museo con toda inocencia, a la vista de todos.

Allí, en ese sarcófago, estuvo Nemus en Roma durante cuatrocientos años. El día (es decir, la noche) en que se apareció a Sarah en su casa por primera vez, abandonó para siempre aquel sarcófago como lecho de letargo y se fue a una cripta bastante escondida del jardín de los Farnesio. Una cripta que, por supuesto, Sarah conoce bien, pero a la que nunca se atrevió a llevarme. La misma cripta en que pasó sus letargos Merisio, el conversor vampírico de Nemus. Nemus la ocupó cuando Merisio murió

para siempre, hecho cuyas circunstancias Sarah desconocía porque Nemus no se las contó. Merisio se desmaterializó en la misma Roma del XVII. Fue cuanto llegó a conocimiento de Sarah.

Desde Jafo, Ilana la llamó nada más recibir el sarcófago. Le dio las gracias por la sorpresa y le dijo que no pudo resistir la tentación de abrirlo al instante. Necesitó de la ayuda de varias personas para conseguirlo, por la losa tan pesada. Sin embargo, admitió cierta contrariedad. Se sintió muy decepcionada. Dentro del sarcófago solo halló los huesecillos de algún roedor y de algún pequeño lagarto.

La increíble palidez blancuzca de su piel fue lo que sorprendió a Sarah cuando vio a Nemus por primera vez, pero se le hizo mucho más perceptible en el segundo encuentro. Aquello se debía a que la capa de gelatina que rodea a los cuerpos vampíricos en su letargo, como un líquido amniótico semisolidificado, se convierte en una fina capa de polvo ceniciento, casi imperceptible, que los envuelve cuando abren los ojos y sus músculos recobran la energía; un polvo sutil que incrementa su extrema palidez.

El segundo encuentro tuvo lugar varias semanas después de que Nemus se materializase en su casa, y cuando ya Sarah se había deshecho del sarcófago bizantino.

Una noche, a primera hora, recibió una llamada telefónica. Era de Nemus. Conviene saber que la hora de los vampiros es móvil, o mejor dicho inexacta. No hay un arranque idéntico, depende siempre de los crepúsculos, de la hora en que la luz solar empieza a declinar, aunque no es preciso que haya desaparecido del todo. Esa hora ambigua se mide en segundos y microsegundos. Cuando Sarah recibió la llamada, ya había oscurecido plenamente.

Se citó con ella en una de las terrazas de Campo de Fiori próxima al monumento que se yergue donde la Inquisición quemó a Giordano Bruno. Reparó Sarah en la proximidad de esa plaza con el Palazzo Farnesio. Iniciaron aquella noche sus paseos nocturnos por Roma, que habrían de prolongarse durante muchos años. Siempre empezarían así, en una de las terrazas de Campo de Fiori. Y llamaban bastante la atención: una mujer menuda, con el pelo recogido y ropa convencional paseando con un joven gótico y misterioso, de aire punk y ropa extravagante.

A Sarah aquello no le importó lo más mínimo. Se regodeaba pensando: «¡Si supieran quién es!». Con el tiempo, ironizó Sarah, pasaron a parecer una madre que lleva a casa a regañadientes a su hijo rebelde, una imagen cercana a Eduardo Manostijeras de la mano de su madre adoptiva.

Nemus, como ya he dicho, se hizo vampiro en aquella especie de orgía o fiesta en el Palazzo Farnesio que el cardenal organizó para un grupo de escogidos en el verano de 1604. Cerró los ojos y cuando los abrió ya estaba muerto. No-muerto, para ser preciso. Pero no había dejado de ser humano por ello.

La distinción entre humano y no-humano es inexacta. Procede sin duda de las interesadas teorías de la Iglesia, que pretende hacer del vampiro un monstruo, un ser diabólico. No necesariamente todo lo que conlleva peligro —entre otras cosas— implica una naturaleza demoniaca en sentido estricto. Tal vez sí en sentido figurado. Pero la realidad es que un vampiro, por el hecho de ser un no-muerto, no pierde en absoluto su condición humana. Es decir, sigue siendo alguien con las percepciones emocionales, psíquicas y físicas propias de nuestra especie. Con el único matiz, bastante significativo, de no formar parte del mundo de los seres *plenamente* vivos. Solo eso.

—Hay que reconocerlo —decía Sarah—, es el punto de partida. Qué estupidez, empeñarse en no querer que lo sean. Yo he paseado con Nemus y he hablado con él infinidad de veces, lo he besado incluso, y créame, Thea, si aquel beso no era humano, es que lo humano ha dejado de existir. O no ha existido nunca.

No me atreví a mencionárselo, pero algo me vino a la cabeza en ese instante, como una intuitiva iluminación. Me refiero al hecho de que tal vez ella también estuviera muerta. O no-muerta. Porque, ¿se puede estar *casi* muerta? Fue algo que pensé entonces, para desecharlo enseguida por absurdo.

10. EL MAYOR ARCHIVO DEL MUNDO

Podría estar muchas páginas relatando las historias reales que me contó Sarah Rubin en Roma o las que leí en los informes almacenados en decenas de carpetas de ordenador y que ella me dejó consultar. Me permitió incluso pasar algunos de ellos a mi *pendrive*, a condición de que antes le pidiera autorización. Me lo dejó muy claro:

—Algunos son privados. Es comprensible que no todos los que me confiaron sus historias deseen que se hagan públicas. No querría tener que acusarla de robo.

Asentí, obviamente. Gracias a esa información pude conocer casos que demuestran quiénes son los verdaderos vampiros y cómo han llegado a serlo. ¿Formarían parte de esa biblia vampírica de la que Sarah me ha hablado, pero que yo no había llegado a ver? Lo más seguro es que sí.

Todo había empezado muchos años antes, cuando Sarah comenzó a mantener correspondencia y luego relación con decenas de personas que habían estado en contacto con vampiros, aunque el único vampiro que ella conoció fue Nemus. De él proviene gran parte de lo que Sarah ha estudiado acerca de la naturaleza vampírica. Sin embargo, la información que acabó llegando a su poder al cabo del tiempo, a través de algunos voluntarios de su círculo de iniciados, se tradujo en centenares de dossieres con informes. Unos con cinco páginas y otros con trescientas, esos dossieres contienen datos, historias, hechos, casos de misterioso origen y misterioso desenlace, y múltiples aportaciones para dotar de verosimilitud y certeza los sucesos relatados, ya que la mayoría de la gente sigue sin creer en la existencia de los vampiros.

Caminar con Sarah por los vericuetos de su casa de la Via dei Greci era como avanzar por un verdadero laberinto barroco. Algunas habitaciones habían sido adaptadas para contener todas las cajas etiquetadas con dossieres y cintas grabadas de las conversaciones con testigos y con vampiros, además de las miles de horas de escucha para captar voces de otros tiempos y otros lugares.

Mientras iba a su lado y ella me hablaba de casos concretos, indicándome enseguida el dossier donde se encontraba todo lo relativo a cada uno de ellos, me percaté de que aquel enorme archivo era en realidad lo que ella llamó «la biblia vampírica». Un enorme libro que se repartía por varias habitaciones. Sin embargo, más bien era el material en bruto que alimentaba esa biblia; había que pasar luego toda esa información por el filtro de la propia Sarah, de ahí su relevancia y categoría entre los vampirólogos. La suma de historias «válidas» acababa dando como resultado una especie de relato coherente del universo vampírico a través de los tiempos. En eso consistía su trabajo en muchas ocasiones, en depurar.

—¡Dios Santo, Sarah! ¿Cómo ha conseguido reunir todo esto? —exclamé maravillada.

—Hemos trabajado duro, ya lo creo —me dijo.

Ver cómo se habían generado estos informes me demostró que el círculo de relaciones de Sarah Rubin funcionaba. Pero a medida que, durante aquellos meses, fui entrando en el archivo, me di cuenta de que los casos y hechos no se remontaban a tiempos lejanos, sino que eran muy modernos, de hoy en día, y trastocaban por entero las leyendas y creencias sobre vampiros.

Aquel archivo, en el que cada día yo me demoraba más, emanaba un inquietante aroma a intemporalidad. No me es fácil expresarlo, pero allí tenía la certeza de no estar en ningún lugar ni en ningún tiempo determinados. En el archivo los testimonios y los datos se cruzaban. Así, no era extraño descubrir cómo algún vampiro de mediados del XVIII se manifestaba en una barriada militar de Estocolmo a finales del siglo XX; o que una muchacha desaparecida en el Bronx en 1955 continuaba actuando, con testigos que lo probaban, en las calles de Manhattan cincuenta años después.

Mucha de la información que Sarah tenía de primera mano provenía de Nemus, obviamente, pero otros casos estaban documentados por personas muy lejanas y extrañas a la vida de Sarah. Por otros vampiros «confesos» o por sus víctimas «consentidas».

También me sorprendió encontrar archivos del ejército de algunos países, como el de la RFA, antes de la caída del Muro, y de la URSS, concretamente de un peculiar servicio del Ministerio de Sanidad del que no he conseguido tener más información: la Unidad de Fenómenos Ilógicos, destinada, en principio, a ocuparse de la investigación científica de curaciones milagrosas, hechos paranormales y manifestaciones inexplicables. Sin duda que los actos vampíricos se les tornaron inexplicables e «ilógicos» como para incluirlos en ese servicio soviético ¡de sanidad! Sin embargo, aquellos informes militares no pasaban de ser una concatenación de situaciones asombrosas, muchas de ellas evidentemente vampíricas, vistas desde la perspectiva de una posible amenaza nacional. Como si los vampiros fuesen una plaga introducida por el enemigo capitalista.

Aquel era ciertamente el mayor archivo del mundo en la materia, y ocupaba un par de habitaciones hasta el techo. Desde los años noventa, Sarah había venido digitalizando la gran mayoría de los dossiers. La inversión para llevarlo a cabo había sido enorme, pero se sufragó con donaciones provenientes de personas que, como la propia Sarah Rubin, habían tenido y tenían aún una experiencia directa con un vampiro. Conformaban su círculo, su sociedad secreta, aunque en realidad era más privada que secreta.

—Cuando encuentras un vampiro, cambia tu vida, y no me refiero solamente a que tal vez *la pierdas*, sino que dedicas todos tus esfuerzos en profundizar en los vampiros y su universo. La curiosidad por aprender y por preguntar es irresistible.

Me intrigaba saber cuántas de estas personas que habían relatado su experiencia a Sarah, o que le pidieron consejo para tenerla, cuando no ayuda, habían sobrevivido, y cuántos de esos casos vampíricos tuvieron fin con la muerte definitiva del vampiro o continuaban abiertos. Pero, para mi sorpresa, Sarah me confirmó que la gran mayoría de esos casos seguían vigentes, estaban vivos «y multiplicándose». No me pareció que esa fertilidad le preocupase demasiado.

—Soy egoísta, y además soy mayor. Si el mundo del futuro es un mundo de vampiros, la verdad es que me importa un bledo. Tal vez sea un mundo más simple y más honesto, aunque también más salvaje y amoral. Pero no sé si eso me disgusta. ¿Quién quiere ya tanta corrección y tanta bondad?

—¿Quiere decir que los vampiros no son buenos?

—Oh, no, no quiero decir eso en absoluto, aunque los hay buenos y malos. Pero la bondad y la maldad siempre son subjetivas y dependen de la valoración que haga la víctima, ¿no cree? No, yo me refería a que los vampiros son, en cierto modo, superiores.

—¿Y qué pasará si crecen en número, si crecen hasta igualarse con los vivos?

—No crecen hasta ese punto, Thea. Más bien necesitan a los vivos, son su alimento. Somos su fuente de vida, su garantía. Por eso su número no crece tanto, se autorregulan, como las poblaciones de ratas, aunque son muchos más de los que pensamos. Mire, ¿puede usted comprobar que todos los que mueren cada día en el mundo son solo eso, muertos y nada más? ¿Puede demostrar que las personas que desaparecen a diario, según los periódicos, lo hacen por propia voluntad o por el crimen de un perverso?

—No, claro que no.

—Pues le sorprendería saber qué porcentaje de vampiros proceden de ahí. Un porcentaje muy alto.

Sarah tenía razón. ¿Qué son los desaparecidos? ¿Adónde van a parar cuando desaparecen?

11. ¿SON VAMPIROS LAS PERSONAS DESAPARECIDAS?

Algo parecido se preguntaba Paul Vernon en San Francisco una mañana del otoño de 1966: «¿Qué pasará cuando desaparezcamos todos? ¿Qué pasará cuando toda la humanidad sea vampirizada?». Luego recapacitó y pensó que de dónde sacarían la sangre, entonces. ¿De los animales? ¿De otros vampiros? ¿Habría en ese momento vampiros «depósito» que alimentarían a otros vampiros? ¿No se perdería calidad de sangre así, no acabaría habiendo «sangre basura» en un mundo solo de vampiros?

Bajo la supervisión de Sarah, pude leer con detalle el informe de Vernon con esas y otras jugosas reflexiones. Su informe empieza con esta pregunta a bocajarro: «¿Son vampiros las personas desaparecidas?». Luego se interroga directamente: «¿Acaso no desaparecen por eso?».

Paul Vernon era un vendedor de seguros de Sausalito que, en sus horas libres, leía y estudiaba los sucesos que había en su ciudad y sobre los que no existían fáciles ni prontas explicaciones. Le apasionaban los casos irresolubles, y nunca se había metido en un avispero. Solían llamarle la atención las personas desaparecidas, en especial los que nunca o casi nunca regresaban a sus hogares ni se reencarnaban en otra identidad y en otro Estado.

¿Qué pasaba con las «personas perdidas para siempre»? ¿Se iban de sus hogares, abandonaban a sus padres, o a sus esposos, incluso a sus hijos, a veces dejando tras de sí buenos negocios, empleos duraderos, o estudios prometedores dentro de un ambiente emocional feliz? ¿Así, se iban sin más ni más? ¿Acaso es que eran obligados a hacerlo? Y, de ser obligados, ¿por qué motivo?

Vernon, lógicamente, dejaba de lado los casos en los que se acababa por demostrar que la violencia había sido ejercida de manera evidente: violación, secuestro, extorsión u otros delitos en los que la víctima desaparecía porque finalmente era asesinada y su cuerpo era encontrado tarde o temprano. Vernon prefería especializar su afición en aquellos casos difíciles, por lo general los más frecuentes, en que, sin razón aparente, una persona desaparecía para no volver a ser vista jamás, ni viva ni muerta.

Una de esas desapariciones fue la de una adolescente de dieciséis años llamada Nancy O'Neill. Era alumna de una residencia de señoritas de clase media alta, el Whittemore College, en las afueras de la ciudad, en la falda del cerro conocido como Two Wolves. Nancy, además, era de las pocas huérfanas de la residencia.

Desapareció sin dejar rastro en la noche de un viernes. La última vez que alguien la vio fue después de la cena. Se retiró a su cuarto, que compartía con otra joven de su edad, su mejor amiga, Leti Lund. Esta relató a la policía, al día siguiente, que oyó ruidos a su alrededor, pero que le parecieron normales, y como estaba muy cansada,

no abrió los ojos; pensó que Nancy se había levantado a beber agua o a ir al baño; luego siguió durmiendo, sin percatarse de cuándo habría podido regresar Nancy a la cama, ya que, al despertar, la vio vacía pero deshecha.

Se dio una orden de búsqueda por todo el condado, los medios recogieron lo ocurrido en una breve noticia —del tipo habitual de las que solía rastrear Paul Vernon en todos los periódicos de sucesos—, sus tíos se volvieron locos y gastaron una fortuna en seguir cada una de las pistas, falsas todas, que fueron surgiendo durante meses. Nunca apareció.

Solo, en paralelo, Vernon proseguía sus pesquisas, abriéndole un expediente en el sótano de su vivienda, donde había habilitado su estudio, y metiendo en la carpeta correspondiente toda la información que le llegaba sobre posibles nuevos indicios. Hasta el momento, para Vernon no pasaba de ser una más de las piezas de su hobby.

Nada extraño habría en el caso de la desaparecida Nancy O'Neill —y por tanto, Paul Vernon nunca en la vida se habría dirigido a Sarah Rubin— si no fuera porque un sábado por la noche ocurrió algo inaudito. Después de tomarse unas copas y de regresar a su casa un tanto aturdido, abrió la puerta con sumo cuidado para no despertar a su mujer y a sus hijos, y antes de dar la luz descubrió una sombra silueteada al fondo del salón. Era Nancy O'Neill.

Asustado, ya que no se lo esperaba, corrió hacia el interruptor, pero la mano de Nancy se interpuso. Para Paul lo sorprendente era que el interruptor estaba a un palmo de su nariz y no necesitaba más que alzar un poco el brazo para pulsarlo, y en cambio aquella presencia sentada en el sofá que se dibujaba a contraluz estaba a no menos de seis o siete metros. Y sin embargo, ahora tenía su bello rostro a la altura del interruptor, casi pegado a sus narices. ¿Cómo lo había hecho? ¿Había volado? ¿Estaba tan bebido como para que se le trastornase la captación del movimiento? Si era así, lo despejó un repugnante aroma que salió de la boca de la niña cuando se identificó. «*No grites, soy Nancy O'Neill y sé que me buscas*», dijo en voz muy baja.

Vernon no entendió muy bien a qué se refería, aunque era cierto que la buscaba, por pura afición, como a tantos otros, pero nunca lo había hecho público, ella no podía saberlo. No obstante, en ese momento sintió una extraña atracción, algo dentro de él reconocía que la buscaba con mayor ahínco que a otras personas. Sentía crecer un deseo sexual, irreprimible, por aquella joven de cuerpo torneado que tenía tan próxima. Le frenaba el olor pútrido y un inconsciente temor a lo desconocido.

Pudo observar a duras penas la grisura del rostro de la joven, así como su delgadísimo talle. Llevaba más de seis meses desaparecida. Cuando le iba a preguntar dónde había estado o qué le había ocurrido en ese tiempo, Nancy le pidió, casi le exigió, que no hiciera preguntas. Sería ella quien hablase. Le refirió entonces su nueva naturaleza. Al oír Vernon que la joven Nancy era ahora una vampira, en su embotada mente, ya despejada del todo por la revelación, se mezclaban la

incredulidad y el pavor, y ambos se manifestaron en una sonrisa, tal como refiere en una parte de su informe a Sarah.

Nancy insistió con voz susurrante y profunda, diferente de pronto a la que acababa de oír. Se alejó de él hasta el otro extremo del salón, pero en vez de caminar, Vernon vio perfectamente cómo se trasladaba por el aire a tal celeridad que parecía más bien una aparición bilocal. Luego repitió el proceso al revés y de nuevo se aproximó hasta donde él estaba, de modo que sintiera la presión de su cuerpo, el volumen de sus senos, de tan cerca que estaba.

Le repitió una vez más quién era, y para certificarlo le mostró una herida abierta, muy enrojecida, como dos cortes profundos y húmedos, a la altura de la clavícula. Para mostrársela, se quitó la camiseta. No llevaba sujetador. Vernon vio entonces otra herida similar, también con dos cortes profundos, a la altura del vientre, cuatro dedos por debajo del ombligo.

Nancy se acarició con placer las dos heridas mientras le miraba a Vernon a los ojos. Tomó su mano, que Vernon notó ardiente, y se la puso sobre las heridas, que sin embargo él experimentó heladas y resacas. En su relato el hombre reconocía que deseaba tocar los pechos desnudos de la muchacha. A ese pensamiento erótico, pero fugaz, siguió un breve rugido de Nancy con su nueva voz cavernosa, algo que Vernon interpretó como una negativa preventiva, como un «ni lo intentes o morirás».

A continuación, Nancy le dijo que no temiera por su vida, pero añadió, con voz seductora, que si alguna vez decidía tocarla o poseerla, antes tendría que pasar al lado en el que ella se encontraba. «*Tendré que convertirte. Y sé que por ahora no es eso lo que querrías*».

Venía a él porque era el único que había tratado de buscarla sin que le uniese nada a ella, ni la conocía siquiera. Tal vez lo animase un pequeño deseo de que estuviese viva. «*Ahora —le dijo—, estoy mejor. Lo siento todo más. Vivo de la sangre. Amo la sangre*».

Vernon, en ese momento, dirigió una mirada nerviosa hacia la escalera que llevaba a las habitaciones donde dormían su mujer y sus hijos. Nancy, sin alzar la mirada, le dijo que no los había tocado. «*No lo haré. Son tu familia. Tú los proteges porque te he elegido a ti*».

Entonces se separó de él y añadió antes de salir de la casa: «*Puedo contártelo todo, pero no hoy*».

A partir de esa noche, Vernon volvió a ver a Nancy con frecuencia. Los vampiros que se manifiestan buscan luego tener un trato frecuente con la persona a la que «han adoptado», como diría Sarah. Necesitan ese contacto con la parte viva de su no-muerte. Nancy le reveló que muchos de los casos que tenía abiertos en sus expedientes de detective aficionado eran vampiros. Le dio los nombres y todo tipo de datos sobre cómo y quiénes los habían convertido. «Resolvió», por así decir, más de

doscientos casos inexplicables. Lo único que nunca le llegó a decir Nancy era dónde pasaban sus letargos diurnos. Por prevención, temía que pudieran acabar matándolos del todo si daban con esos escondrijos, también conocidos como nidos.

En alguna ocasión, en la trasera de un bar o de un restaurante de carretera, el propio Vernon había identificado casualmente a algunos de esos desaparecidos a quienes buscó sin ningún éxito durante meses. Merodeaban antes de entrar en el local o de abordar a otras personas. Cuando trataba de acercarse a ellos, se iban de su lado rápidamente o —pocas veces, en realidad— se le enfrentaban con el mismo gruñido que Nancy le lanzó la vez que la deseó. En ese gruñido enseñaban unos dientes afilados como largas puntas de casi cinco centímetros y lanzaban al aire una mano con garras, más que uñas. Entonces Vernon admitía en su informe que quien daba marcha atrás y huía del lugar era él. Que la víctima elegida corriese su suerte, se decía, poco o nada podía hacer por ella.

Acababa confesándose, en cierto modo, cómplice de asesinato. Pero Nancy le quitaba esa idea de la cabeza. *«Solo eres uno más de los muchos que entienden las leyes completas de la naturaleza. ¿Impides acaso al león lanzarse sobre el cuello de la gacela? ¿Evitas que el gato se abata sobre el ratón? No, ni puedes ni debes. Es la cadena alimentaria, no la debes parar».*

En una de las veces que Nancy volvió a verse con Vernon, ella lo llevó a un sitio donde se iba a encontrar con varias vampiras. Todas eran jóvenes como ella, algo más mayores a lo sumo, y mucho más agresivas e insolentes. Nancy tuvo que emplearse a fondo para salvar a su «adoptado».

Vernon estuvo realmente asustado, sobre todo cuando dos de ellas lo empujaron al suelo y se subieron a horcajadas sobre él tratando de inmovilizarlo mientras le buscaban una vena bien notoria en alguna parte de su cuerpo. Sentía una confusa mezcla de deseo y de pánico, a la vez que los fuertes muslos de aquellas dos muchachas lo atenazaban y lo tenían paralizado. Nancy reaccionó en su defensa como si Vernon fuese una propiedad suya.

Y lo era, en cierto modo.

Aquella noche, después de dejar a Vernon incapaz de levantarse del suelo, fueron todas juntas hasta un pueblo cercano, Burton Hills, donde, a la mañana siguiente, a su vez, desaparecieron varios muchachos, en concreto tres, primos entre sí: los jóvenes Warren.

Nunca se encontraron sus cadáveres. Solo Paul Vernon sabía que no habría nunca ningún cadáver que encontrar.

Aquellos jóvenes no estaban muertos, tal como el reverendo de la iglesia de Burton Hills entendería por muerto, y en consecuencia, por cadáver. Sencillamente habían sido vampirizados, y por esa razón habían desaparecido. Se puede aducir, y con razón, que, según el cálculo de probabilidades, era posible toparse con ellos de

noche en algún callejón oscuro de cualquier barrio o pueblo de la comarca (los vampiros no se alejan mucho de los lugares donde son convertidos), pero incluso, aunque fuera así, nadie creería que se cruzaba con una persona desaparecida hacía mucho tiempo y que estaba siendo buscada, y era muy probable que quien lo hiciese y la reconociera, en última instancia, no pudiese llegar a contarle.

Saber aquella verdad le hacía a Vernon sentirse especial, poseedor de un gran secreto. «Era una estupidez», le reconoció a Sarah, «pero, en el fondo, con aquella actitud protectora de Nancy, acabé por albergar alguna esperanza de llegar a algo con ella, quiero decir a algo sexual».

Si finalmente fue así, Vernon nunca llegó a contarle.

Muchos de los casos que llegaron a Sarah, como el de Paul Vernon, tenían que ver con personas desaparecidas cuyo resultado final era su conversión en vampiros. La conclusión de que la desaparición de personas está relacionada con el vampirismo es una de las mayores certezas a la que ha llegado hoy en día Sarah Rubin. Aparte del dossier de Paul Vernon, me mostró otros cientos de experiencias similares, también relacionados con la desaparición de la gente de manera sorprendente.

Es algo que abunda por todas partes, sin distinción. Y el único nexo en común es, según las estadísticas de Sarah, que todos son jóvenes, de entre quince y treinta años, y por lo general bellos o muy bellos. En todo el mundo, según registros policiales, son cientos de miles al año las personas desaparecidas, millones al cabo de unas décadas.

Jóvenes que se van de casa —o eso se cree— porque sus padres no los comprenden o buscan ser ellos mismos demasiado pronto, o bien corren en pos de un primer y fatídico amor ciego, pero al final la aventura siempre acaba igual: no aparecen más... bajo la forma con que se fueron. Nunca se encuentra su cuerpo, a lo sumo se supone que están en otros países, que han cambiado de identidad y de vida. De esos desaparecidos, solo un diez por ciento termina por ser visto en otro lugar e identificado de alguna manera demostrable. El resto, el noventa por ciento, no lo es. Ahora sabemos, sin duda alguna, que la gran mayoría de ese noventa por ciento actúa como vampiros.

Sarah Rubin me explicó que, a iniciativa de Vernon y tras su informe, los vampirólogos han llegado a trazar una «ruta de las desapariciones» y hasta un registro de desaparecidos. Se trata de confeccionar una especie de atlas. Siguiendo esa ruta, que no tiene fronteras geográficas convencionales y abarca todo el planeta, al final siempre se encuentra un cuerpo: el de un vampiro.

—O mejor dicho —añadió Sarah—, si alguien sigue la ruta y tiene la desgracia de encontrarse con un cuerpo, creyéndolo vivo, es *siempre* un vampiro, en letargo o en actividad. ¡Lo mejor que esa persona puede hacer es salir huyendo de allí!

Si muchos padres supieran dónde está en realidad el nombre de su hijo, cuyas

esperanzas de volver de nuevo a casa con ellos son nulas, se abocarían a la más desesperada desolación y se ahorcarían en el sótano de sus casas. Ningún buen padre puede imaginar ni remotamente que en los archivos de Sarah Rubin, esa mujer menuda y discreta, figura el verdadero destino final de ese hijo o esa hija tan amados.

Le pregunté a Sarah si había puesto a disposición de la policía y de las autoridades esa información tan valiosa. Al fin y al cabo se trataba de una sólida pista, y sería muy piadoso por su parte. Su respuesta fue desalentadora. Me dijo que, después de pensarlo muy bien, había optado por no hacerlo, ya que no la creerían en absoluto y podría, por otra parte, hacer cundir el pánico.

—Además —concluyó—, en el fondo, ¿qué padre, o esposo, o hija, iban a querer cambiar sus tiernos recuerdos por la cruda verdad de que su ser querido es un vampiro?

12. LA SANGRE ES EL RUAJ

Bellos y Fuertes

Vernon, en su informe, no especificaba por quién ni en qué circunstancias Nancy O'Neill fue convertida en vampira, pero Sarah Rubin estaba segura de que se trataba de algún reviniente joven y bello. No importaba el sexo, podía haber sido otra chica. Pero por aquella época, en la San Francisco de 1966, desaparecieron muchos jóvenes varones. Se solía decir que lo hacían para eludir ser alistados en la guerra de Vietnam. Vernon sabía que no era esa la única razón. La juventud y la belleza física son muy importantes para el vampiro.

El hecho de que la mayor parte de los vampiros suelen ser jóvenes es debido a que la pasión y la vitalidad se asocian, y atinadamente, con la plenitud del cuerpo y la edad juvenil. Pero no menos relevante es la belleza, la armonía de rasgos, ya que en el hecho vampírico ejerce un papel crucial la atracción sensorial. A Sarah, sin ir más lejos, le fascinaba cada vez más la belleza tan singular de su barroco vampiro.

Nemus era de rasgos muy finos y melancólicos, con la nariz perfecta y afilada, la boca sensual, el óvalo de la cara ligeramente alargado, los pómulos apenas salientes y los ojos verdes, grandes y profundos, que intensificaban su mirada hasta hacerla insostenible. Estos rasgos podrían superponerse como idénticos a los que hizo notar Paul Vernon en su informe, al describir a Nancy. Obviamente hacía un mayor hincapié en la belleza femenina de la joven, pero Sarah observó que la similitud, coincidente con la de otros muchos vampiros descritos de igual manera, se debía a que todos los vampiros tendían con el tiempo a aparentar una androginia común y neutralizadora.

Por otra parte, no es frecuente la existencia de vampiros viejos e incluso poco agraciados. Son muy extraños los casos en que el vampiro que sobrevive con el tiempo sea una persona vampirizada a una edad demasiado madura, o con un físico demasiado «corriente». Sarah solía bromear al respecto, cuando hablaba del tipo de físico más extendido entre los vampiros como objeto de su deseo:

—Mi aspecto vulgar es mi mejor seguro de vida. ¿Qué vampiro va a querer hacerme de los suyos, con un cuerpo como el mío y a mi edad?

Luego, ya sin bromas, se refería al aspecto exterior de las personas como la gran ventaja de los vivos sobre los no-muertos, como cierto escudo defensor:

—A nuestro favor está que la inmensa mayoría somos feos y pasados de peso, por ello nos libramos de ser atacados.

En todos los casos que Sarah Rubin había analizado, este componente, el físico poderoso y la hermosura, de alguna manera era un factor determinante:

—El gran problema lo tienen los guapos, las personas de físico envidiable, los verdaderamente bellos.

Un vampiro siempre es bello, y la vampirización incrementa su belleza. Esta era una conclusión categórica a la que Sarah había llegado a lo largo de todos esos años. Y la causa de la creciente belleza de los vampiros, hasta un determinado nivel de estabilización, por así decir, era la sangre.

La sangre, inexorablemente, es el nexo más poderoso que un vampiro tiene con la vida, lo que le impide entrar en la desintegración total de la muerte. Por eso los vampiros abominan de toda confusión con otros seres de carácter monstruoso o etéreo, es decir: no pueden ni deben ser tenidos como figuras espirituales. De ahí, de la sangre, procede también su violencia y su energía frenéticas.

En cierta ocasión, Nemus pasó de la risa a la irritación delante de Sarah cuando, caminando por la Piazza dei Cinquecento hacia la Stazione Termini, ella sugirió que alguien los podía tomar, a los vampiros, como una variante fantasmática. Esa opción lo horrorizaba, pese a ser una teoría muy extendida. La Iglesia siempre ha asumido al no-muerto como un fantasma del mal. Sin embargo, para Nemus, como quizá también para Nancy O'Neill, ser fantasma equivalía a estar totalmente muerto, a ser una mera proyección del otro mundo, imposibilitada de toda interrelación pasional, física.

—*Tú me tocas* —dijo Nemus a Sarah con su arrastrada voz átona y gutural—, *puedo alzarlos con mis brazos sin ningún esfuerzo, puedo dar un placer inimaginable a cualquiera de esas muchachas que me miran con curiosidad, puedo darles también el mayor dolor que su cuerpo pudiera sufrir. ¿Acaso un fantasma puede siquiera rozar su piel?*

—Decididamente, a tenor de esto, los vampiros no son fantasmas —me dijo Sarah—, no son espíritus. Tienen cuerpo, tangibilidad. Incluso quizá sea eso lo único que tengan, solo cuerpo. Son no-muertos. No tienen alma, porque el alma no es más que una metáfora de la vida misma. Son cuerpos-sin-alma. Pero ansían esa alma que tuvieron y que para ellos se representa en la necesidad real, para subsistir, del fluido sanguíneo, lo que entre los vampiros llaman el *ruaj*, el aliento vital.

La sangre

La sangre lo es todo para un vampiro. Ellos, en realidad, nunca la llaman sangre; es demasiado valiosa hasta para nombrarla. Pero también tiene connotaciones demasiado elementales y primitivas. La sangre se emparenta con caza, con matanza, con violencia. Demasiado burdo. Los vampiros, a su modo, siempre emplean un cierto refinamiento: se refieren a ella como el *líquido*, el *fluido*, el *flujo*, pero la denominación más extendida es la de *ruaj*.

—Si oye a alguien mirarla intensamente y pronunciar entre dientes la palabra *ruaj*

como si salivara ante un manjar, ¡tenga aplomo y salga corriendo! Será un vampiro... O un matador de vampiros —dijo Sarah.

Cuando una persona es convertida en vampiro, en cuestión de semanas pasa a depender plenamente del *ruaj*. Se hace un esclavo de la sangre, de ese *ruaj* que tanto le urge. Llámese hematofilia, hematofagia o hematolatría, lo cierto es que su vinculación a la sangre es total y religiosa: los vampiros aman la sangre, la devoran, la engullen, la tragan, porque ella los sacia, los hincha, los mantiene en su ser, por eso la adoran, la reverencian, la idolatran.

Un vampiro abandona su voluntad al mismo ritmo que la sangre entra o sale de su cuerpo: si está saciado, podrá hablar, caminar, suspirar, incluso mantener su letargo diurno durante muchas semanas. Esto es lo que hacía que transcurriera tanto tiempo entre una y otra vez cuando Nancy O'Neill y cualquiera de las otras personas vampirizadas de San Francisco actuaban por la ciudad o sus alrededores y eran vistas por Vernon; o cuando Nemus se presentaba ante Sarah, después de citarse por teléfono, en su habitual plaza del Campo de Fiori.

En cambio, si un vampiro está vacío de su sustancia vital, su cerebro emite una sola orden, que es la de saciarse a toda costa, la de matar inmediatamente al primer ser con sangre renovada, preferiblemente joven, que se encuentre cerca. Una especie de radar mental le hace hallar de inmediato a la persona adecuada, la más sana y bella de cuantas tenga próximas. Esa infeliz es quien pasará a ser en poco tiempo otra reviniente más.

Sarah tenía razón. La sangre es básica para el vampiro por otra cosa añadida: equivale a sexo.

La sanguineidad es un impulsor sexual, por eso todas las experiencias vampíricas de Sarah y de su círculo enseñan, en mayor o menor medida, que los actos vampíricos guardan relación con la pasión y la lujuria puras. Para demostrarlo, Sarah me hizo reparar en algunos rasgos identificativos de la «juventud». La juventud, comentó ella, es sinónimo de pasión sexual, de impulso irrefrenable, de amoralidad, de vivencia del tiempo tan solo como presente... Son los mismos rasgos que caracterizan a los vampiros: pasión, pulsión física, amoralidad (el vampiro es un ser que está, y nunca mejor dicho, más allá del bien y del mal), congelación del tiempo.

—Thea —añadió Sarah entonces con suspense—, ¿sabe de un lugar donde todo eso se produce de una sola y muy fructífera vez, un lugar ideal para vampiros?

—No —le contesté.

—Los campos de batalla. Los campos de batalla son frenéticos, instintivos, directos, físicos, amoraes, con el tiempo detenido hasta que llega la victoria. Los campos de batalla dejan tras de sí depósitos enteros de sangre joven, depósitos en cuerpos heridos o a punto de morir, a la espera únicamente de que venga un vampiro, o una legión de vampiros, a extraer la sangre que no se ha derramado todavía. Un

hospital de campaña es una increíble fuente de energía vampírica, el maná, la savia, el *ruaj*. ¿No le parece, Thea?

Tardé unos segundos en reaccionar. Luego asentí mientras pensaba que, en ese sentido, también las grandes ciudades lo son. Hoy en día no hay nada más parecido a un campo de batalla que una gran ciudad. Las grandes urbes donde la gente joven desaparece sin que apenas sea reclamada y donde la sangre rebosa en los bellos cuerpos que parecen estar aguardando el momento en que alguien adecuado la sepa beber como un gran orgasmo.

13. MORDEDURAS DE VAMPIRO

El pan de cada día en la vida de un vampiro consiste en beber sangre. ¿Beber sangre? ¿Es esta la expresión adecuada en un hematófago? ¿O más bien es chupar?

Esta pregunta, tan sencilla aparentemente, es la primera que vaga por la cabeza de quien piensa en vampiros sin rechazar de plano su existencia. Ok: chupar es una palabra válida. Pero chupar tiene demasiadas connotaciones, todas, sin embargo, pertinentes cuando se habla de vampiros: chupar como se chupa un dulce, como se chupa el sexo, como se chupa una piel, como se chupa una herida. Aun así, delante de Sarah, Nemus, cuando estaba débil, prefería utilizar otros verbos para referirse al modo como se hacía la transfusión: absorber, succionar, sacar, extraer, vaciar... Para él, el hecho de beber era solo aplicable a la utilización de un vaso o una copa para ingerir un líquido que, en su mentalidad, solo podía concebir como vino. «*Se bebe el vino del placer, se extrae la sangre de la vida*», decía Nemus, generoso de corazón.

Estaba equivocado, ha habido vampiros que empleaban un recipiente para beber la sangre de su víctima. La transfusión se convertía en trasvase.

Sandra, la pequeña de los campesinos Goldberg, Miss Loop Junction, Alabama, de 1987, salió varias noches con un joven forastero realmente atractivo a quien conoció después del concurso. El joven resultó ser un vampiro.

Cada vez que poseía a Sandra, le hacía un corte incisivo debajo de su seno izquierdo (cuatro dedos por debajo del corazón es un buen lugar), vertía dentro de un vaso alto, de los de cerveza, la abundante sangre que manaba y luego se la bebía en su presencia, como una parte del juego sexual. En la quinta noche, Sandra, definitivamente debilitada, ya se había convertido en una vampira más sin oponer la menor resistencia. Fue la Miss de Alabama de recuerdo más efímero de la historia de Loop Junction. Nunca se encontró su cadáver, claro. Y los Goldberg desaparecieron del condado.

Pero lo que más me ha intrigado siempre es la mordedura. ¿Cómo se hace? ¿Qué se siente al morder? ¿Qué se siente al ser mordido? Era el tema estrella de Sarah, sobre el que había escrito y estudiado mucho, incluso había grabado una especie de clase magistral sobre el asunto. Aunque, la primera vez que se lo pregunté, se encogió de hombros. Tal vez quisiera evitar tener que hablar de una experiencia demasiado personal, ya que nunca negó haber dado su sangre a Nemus.

Pero cuando se decidió a hablarme de ello, fue bastante explícita. Dejó caer sobre mis rodillas un DVD con la clase grabada.

—Veámoslo juntas en el ordenador —le pedí.

Sarah, enarcando las cejas, desplegó una sonrisa concesiva. Parecía mi madre. Accedió.

—Conforme. Hace mucho que lo grabé.

El DVD duraba una hora. Aprendí en él que, al parecer, los vampiros muerden en varias partes del cuerpo, escogiendo siempre aquellas en donde más y con mayor rapidez mane la sangre. Las arterias son los canales sanguíneos más caudalosos, y a su relevancia es debido el mito popular sobre el ataque favorito del vampiro, que es la mordedura en el cuello para la perforación de la carótida. A veces se confunde con la vena yugular.

Pero no solo muerden en la carótida o en la yugular, ya que la relación de un vampiro con el cuerpo de su víctima es total, y eminentemente físico-erótica. El órgano sexual por excelencia de un vampiro pasa a ser su colmillo. Y este se clava en cualquier parte de la epidermis, por la que avanza la boca del vampiro como un animal excitado, pulsional, hasta entrar en la carne y succionar la sangre donde sea. No hay inmunidad frente a su deseo.

—La mordedura es una relación erótica, algo así como una penetración o una violación —decía Sarah desde el otro lado de la pantalla, exagerando el símil y hablando con una naturalidad demasiado científica.

Por eso la ingle es uno de los lugares preferidos de los vampiros y de las vampiras, mucho más frecuente y apetitosa que la yugular del cuello. En la cara interna de los muslos, cerca del sexo (donde el vampiro a veces se detiene y que roza con sus dientes o su lengua), la femoral nutre ampliamente de sangre al vampiro, y lo hace a gran celeridad. Es como esos depósitos de combustible ultrarrápidos para los coches de carreras.

También suelen morder en la muñeca, en el antebrazo, en el pecho a una altura de cuatro dedos por debajo del corazón, buscando la sangre allí por donde fluya. No existe límite a la acción devastadora de un vampiro sediento.

Para ejecutar la mordedura, se valen de sus poderosos colmillos. Esto es, quizá, lo más conocido de los vampiros: su característica dentadura. Los colmillos se dilatan y se alargan a voluntad, estirándose y afinándose como en una especie de erección. Las acciones incisivo-punzantes generan una herida redonda de casi un centímetro de diámetro, y esta adquiere una profundidad considerable, capaz de llegar hasta una víscera vital —el corazón mismo, por ejemplo—. También pueden traspasar la muñeca o un músculo, gracias a los dos colmillos desproporcionados y salientes, muy agudos y robustos, de una longitud de entre tres y cinco centímetros.

Sin embargo, no son los colmillos el único medio que tienen para succionar la sangre. Hay otros, como en el caso de los vampiros de Detroit del año 2002, al que me referiré más adelante en este libro. Investigado —y referido a Sarah Rubin, como era de esperar— por Barbara Markoulis, este caso dio a conocer a los expertos un tipo de mordedura hasta entonces desconocida.

Aparecieron varias heridas, de las calificadas grandes, en diversas zonas de los cuerpos de las víctimas, algunas vampirizadas y otras no. Eran heridas descritas como

«horrendas» por los forenses, que pudieron acceder a las víctimas no vampirizadas. Algunas, las que afectaban a las arterias maxilares, por ejemplo, habían deformado por completo su rostro. En cuanto a las víctimas vampirizadas, solo Barbara llegó a ver a una, la que se le identificó como tal.

A estos vampiros se les conoció como los *fangs* (colmillos) de Detroit, por la extraordinaria naturaleza de sus dientes. Bifurcados, a su vez, en otros dos estiletes en el extremo, sus colmillos causaban en realidad una herida más desgarradora. Aquellos colmillos se clavaban en la carne y producían un boquete por cuya hemorragia se iba el último aliento a gran velocidad. Y la última gota de sangre.

Lo malo era que Markoulis fue «adoptada» por uno de los *fangs* en aquella época, con quien llegó a tener una relación «amorosa». Desconcertada por el modo de proceder de su vampiro, comprobó el estado de sus colmillos en su propia carne. La voracidad de aquellos chicos (pues eso eran, jóvenes de diecisiete a veinticinco años que barrieron durante siete meses la vida nocturna de Detroit) les inducía a atacar incluso a las personas que deseaban conservar sanas y salvas emocionalmente. Barbara, a quien su vampiro mordió con su consentimiento, aún muestra un reguero de cicatrices espeluznantes en los muslos.

Los vampiros de Detroit fueron extremadamente ávidos y violentos. No solo se ayudaban de sus portentosos y singulares colmillos destrozadores, sino también de sus largas uñas (otra característica de todo vampiro: sus descomunales y duras uñas, casi garras), con las que hacían aún mayor el desgarrar para beberse la sangre. Esto daba a su acto vampírico una espantosa imagen de animal hozando sobre un cuerpo en el que hundía su cara nerviosamente.

Con todo y con eso, en la mayoría de los casos los vampiros actuaban del modo que describía Sarah en su exposición: cuello, ingle, muñecas, vientre y brazos eran los lugares favoritos para la mordedura.

¿Y qué siente la persona que es mordida?

Ya me había contado Sarah en otras ocasiones que la mordedura era una mezcla hipnótica de placer intenso junto a un dolor muy breve, de ahí que fuese para ambos, tanto para el vampiro como para su víctima, un hecho de carácter erótico y satisfactorio. Deseable, en cualquier caso. Y sin duda era así: todos los informes que he leído, certeros en mayor o menor grado, se refieren al estado de impulsivo deseo por parte del vampiro, a veces hasta la irracionalidad más brutal, y al estado anhelante de la víctima, que arde en voluptuosidad hasta que es de nuevo mordida.

—Muerden y chupan con muchas ganas —explicaba Sarah—. Con avaricia y aidez, sin ningún tipo de modales ni nada parecido, salvajemente, bebiendo a borbotones del orificio de la picadura, haciendo que se agrande y se agrande para que el pinchazo o el mordisco sean eficaces a la mayor brevedad.

Todos los vampiros, no obstante, absorben la sangre de dos modos: o bien de una

sola vez, muy violenta, prolongada y definitiva, tras de la cual la víctima fallece o se vampiriza; o bien a lo largo de varias sesiones, que han de ser necesariamente, por razones rituales, cinco, ni más ni menos. Puedo imaginar que eso fue lo que le ocurrió a la hija menor de los Goldberg, Miss Alabama del 87, que vertió su sangre en el vaso durante cinco noches seguidas. Esta vía demorada es la mejor y la más nutritiva, por así decir, para el vampiro, pero lo expone a ser localizado, al tener que acudir cada noche ante la misma víctima, y, por tanto, aumenta el riesgo de su eliminación.

Para acabar, explicaba Sarah, una vez que han absorbido toda la sangre posible del cuerpo de un ser vivo, adquieren durante un tiempo una apariencia deformada. «Rebosan» sangre. Ese es el primer indicio de la presencia de un vampiro saciado: su hinchazón anormal. Se vuelven temporalmente obesos, su carne se esponja, y su cuerpo, que no tiene otra función que almacenar cuanto más sangre mejor, engorda desmesuradamente para prolongar el letargo diurno a lo largo de varias semanas. He aquí, por tanto, por lo que un vampiro no tiene necesidad de atacar cada noche, si ha logrado llenarse hasta umbrales de saturación y saciedad extremos.

Antes del hecho vampírico, los vampiros suelen estar delgados y secos como palos, pero, cuando beben, su cuerpo multiplica por cinco su grosor; por eso, al poco rato, cuando vuelven a su ser, se sienten como auténticas fuentes de energía y vitalidad. Lo puede todo, un vampiro saciado. Incluso son temerarios y hacen cosas arriesgadas, sobre todo los más jóvenes. Son fortaleza pura. Son una especie de máquinas. Y quien se cruza en su camino lo comprueba.

14. LA HERIDA DE LA INICIACIÓN

—¡Es espeluznante! —le dije a Sarah cuando me contó frente al mar Tirreno cómo es el ritual de actuación de un vampiro.

Una hora antes se había animado y de pronto había dicho:

—Acompáñeme. Creo que vale la pena contarle en su escenario real.

Se puso su chaleco sherpa, subimos a su coche y nos dirigimos hacia la costa. Era la primera vez que veía a Sarah Rubin conduciendo un auto. De camino hasta allí, mientras recorríamos los veinticuatro kilómetros que unen la Ciudad Eterna con el mar, me había explicado lo lejos que está la realidad de la imaginación de la gente. Empezó hablándome de las páginas web.

—Es cierto que hoy en día las páginas web sobre vampiros proliferan por decenas, están dedicadas a todo lo imaginable sobre el universo vampírico. A todo —puntualizó Sarah—, menos a organizar un encuentro con uno de ellos. Eso es lo único que no pueden ofrecer.

—¿Podría usted?

—Si tuviera una web, probablemente sí.

La mayoría de las webs que ella había consultado eran oportunistas y nada fiables. Son un género en sí mismas, nada que ver con los vampiros reales. Conservan más bien una estética neogótica y *emo*, y atienden a los intereses de personas todavía algo crías de mente. Yo misma he podido comprobar que, en esas webs, cuando se refieren a los vampiros, salen a cuento las versiones más fantásticas y truculentas, que provienen casi todas del cómic, o las cinematográficas y televisivas.

Son la iconografía más fácil que pueden emplear, ya que, obviamente, no pueden colgar ninguna foto de un vampiro real porque los vampiros reales no se retratan fotográficamente, es decir, su figura no es recogida por la luz.

En cambio, lo que abunda en Internet son las viejas películas con la enésima versión de la novela del judío irlandés Abraham (Bram) Stoker, *Drácula*, en la que el mito popular es un Bela Lugosi haciendo de un tipo de vampiro que hoy solo da risa. ¡Hasta dibujos animados ha habido sobre la imagen de un conde Drácula con capa alta de forro rojo y gomina para endurecer el pelo! Lugosi se hizo famoso gracias a Tod Browning, pero acabó sus días creyéndose de verdad que era el personaje que había encarnado toda su vida, quizá porque era húngaro de nacimiento.

Admito que mis padres, por ejemplo, eran unos fanáticos de las versiones de la productora inglesa Hammer, en los setenta, con Terence Fisher y Christopher Lee a la cabeza. Y luego, por supuesto, las más modernas, como las versiones de Francis Ford Coppola, con Gary Oldman, o *Entrevista con el vampiro*, de Neil Jordán, *The Addiction*, de Abel Ferrara (mi preferida, de lejos), *Blade* y todas sus secuelas, o *La sombra del vampiro*, de E. E. Merhige, con un Willem Dafoe en plan vampiro real,

sobre el rodaje de la gran obra muda de Murnau —artística solo, claro— *Nosferatu*. Y luego están todos los telefilmes que se están produciendo ahora, con jóvenes bellísimos que tienen problemas de adolescente bañados en sangre y cabalgando motos de gran cilindrada.

—Todo eso son chorradas y bazofia para mí —dijo Sarah—. Lo único cierto de esa mierda es que los vampiros se parecen a Brad Pitt más que a Frank Langella. Si miras a los ojos a un vampiro, sientes un deseo irrefrenable de morir o de salir corriendo. Pero sobre todo sientes un vértigo extraño que te envuelve como cuando estás confusa y mareada y no sabes qué ha pasado hace un minuto ni dónde estás ni quién eres. Un vampiro te atrapa. No hay más que hablar.

—¿Adónde vamos, Sarah? —pregunté.

—A Passino, cerca de Ostia. Fue allí donde una noche Nemus me mostró, de manera excepcional y solo para mis ojos, cómo actuaba con sus víctimas.

—¿Pudo verlo todo?

—Como la veo a usted ahora mismo, Thea.

—¿Y por qué le permitió estar presente?

—Le insistí mucho, la verdad. Y soy muy buena insistiendo.

Nemus siempre se refería a su herida primera como «la conversión». Lo *convirtieron* en vampiro. Siempre es así: otro lo hace, otro actúa contra ti. Sarah me relató entonces que, para conocer el sistema con que procede un vampiro, los ritos de paso o de iniciación y todo eso, le pidió a Nemus que la dejara asistir a uno de sus ataques, aunque él prefería llamarlo «hechos». Quería conocer la primera herida, la fundamental.

Es un estigma que queda en el vampiro como el recuerdo de una pertenencia a otra especie.

También había en Nemus algo de exhibicionismo. Se diría que quisiera que un ser vivo viese cómo es en realidad un hecho vampírico. Quería que lo mirasen como los pervertidos de Roma miraron, cuatrocientos años atrás, a Merisio, el vampiro que lo convirtió a él.

Cuando por fin llegamos a Passino, al cabo de media hora, fuimos hasta un lugar concreto que ella conocía bien. Detuvo el coche frente a un muro encalado. Me rogó que no bajáramos del coche. Permanecimos dentro, fumando las dos, mientras me contó la experiencia privilegiada de la que fue testigo.

—Fue aquí, aquí mismo. No hará ni diez años.

Se citaron, como siempre, al caer la tarde. Pero en esa ocasión el vampiro cambió de lugar. No fue en Campo de Fiori, sino que la había obligado a ir en coche a los bosques del cementerio de Testaccio, junto a la Via Ostiense. La única condición que le exigió a Sarah fue que le siguiera de lejos en su coche y que, por su bien —y en esto fue muy tajante—, viera lo que viera y pasara lo que pasara, no interviniese en

ningún momento. ¿La razón? Porque no solo él mismo, en ese trance de ansia sin control, podría atacarla a ella, sino también la propia víctima, si no la mataba, podría revolverse contra Sarah, una vez vampirizada.

—*Solo al morderla decidiré si morirá para siempre o será un vampiro como yo* —le dijo Nemus, quien en su voz en el teléfono empezaba a manifestar muestras de una excitación nueva para Sarah, la desazón causada por el hambre y la sed.

Sarah llegó a las afueras del cementerio de Testaccio, donde esperaba encontrar a Nemus. Este la esperaba de pie junto a un Audi último modelo, ya en marcha. Ella nunca lo había visto tan extremadamente delgado. En cuanto el coche de Sarah pasó por delante de él, Nemus se subió al auto de la persona a la que había seducido. Lo conducía un joven rubio que arrancó a gran velocidad. Probablemente sería gay, seducido por la etérea belleza de un Nemus demacrado pero viril.

Sarah hizo esfuerzos por seguirlos a cierta distancia en su propio vehículo. Sabía que Nemus no se pararía por esperarla a ella. Quería y necesitaba el *ruaj* de aquel joven rico.

Tomaron la autopista, como habíamos hecho diez años después Sarah y yo. En la costa, a las afueras de Passino, un pueblo diminuto y vacacional casi invisible desde la carretera, se desviaron hacia la playa. El Audi se detuvo pegado a la tapia de un club deportivo, probablemente unas piscinas. Apagaron los faros. No había ni un alma por los alrededores.

Sarah, a considerable distancia, detuvo su coche y estuvo observando el Audi en espera de algún movimiento. El conductor, el joven rubio, salió y anduvo unas zancadas, poniéndose de espaldas al coche. Esperaba algo. Luego descendió Nemus y entonces, muy bruscamente, aceleró el paso y se lanzó contra el joven por detrás, sujetándole los brazos e inmovilizándolo. Sarah se sobresaltó. En ese momento, mientras el joven creía que su ligue estaba aplicando una manera un tanto violenta de hacer el amor, Nemus empezó a olisquearlo por todas partes, formando círculos por la espalda como husmean los animales. A la vez, emitía unas ininteligibles sílabas. Parecía un gemido líquido, pero Sarah lo interpretó por fin como el bisbiseo de un ritual.

Nemus se calló de pronto e, inesperadamente, clavó en los muslos del joven sus largas uñas. La víctima trató de gritar, pero no pudo. En cambio, Sarah creyó oír un gruñido totalmente nuevo para ella, proveniente de la boca de Nemus. Bajó de su coche y se aproximó con cuidado para ver mejor. Estaba demasiado lejos de los hechos. Solo había una blanca luz de luna y, pese a la claridad, apenas distinguía lo que estaba ocurriendo.

Una vez que lo inmovilizó, los dos cuerpos cayeron al suelo. Nemus le desgarró la camisa y recorrió con sus colmillos la espalda, abriendo los surcos de dos largas heridas. El joven gemía, pero no gritaba. Nemus hincó sus fauces a la altura del

hígado y agitó la cabeza para clavar mejor y más profundamente sus estiletes. Al principio el joven pataleó, con la cara pegada al suelo, pero Nemus había descargado el cuerpo a plomo sobre su espalda, incluso le aplastaba la cabeza contra la arena.

Luego el joven dejó de moverse y no opuso resistencia cuando Nemus le dio la vuelta y le clavó los colmillos en la garganta. Lo hizo varias veces. La herida se produjo de arriba abajo, para que la sangre fuera absorbida y no vertida. Pero en ese momento la sangre manó como una fuente para todos los lados. Sarah vio cómo Nemus hizo la succión. Era una especie de coito, en realidad, un sucedáneo coital. Ella misma sintió una insólita excitación. Deseó estar allí, en aquellos brazos, ser mordida. Tuvo que menear la cabeza para espabilar y no acercarse más a los dos hombres.

Un chorro de sangre llegó casi a los pies de Sarah, y en ese instante Nemus dejó de morder en la carne cada vez más pálida del joven y lanzó una mirada salvaje hacia la penumbra donde ella estaba. Sarah retrocedió al ver el rostro de Nemus totalmente transfigurado en el de un animal rugiente, babeante de sangre en lo que tenía toda la apariencia de ser una dentadura afilada que sobresalía de la boca. Sus ojos estaban encendidos como dos llamas verdes. La miró como una bestia mira a otra bestia rival. Masticaba, o eso creyó Sarah. Estaba segura de que en ese momento no la reconoció.

Nemus volvió a morder al joven, esta vez en el hombro, y lo arrastró con los dientes hasta el hueco que había entre el Audi y la tapia de la piscina. Enseguida Sarah oyó un ruido seco, como el de un palo que se quiebra. Le había abierto la columna.

Al cabo de unos minutos, procedentes del fondo de la noche, de lo oscuro, Sarah oyó unas pisadas sobre la arena y el tintineo de las hebillas de las botas de Nemus. En un parpadeo lo tuvo a un palmo de ella. Aturdido, como si despertara, ya no tambaleaba y había recobrado la compostura.

—*No le he dejado la herida de la iniciación.*

Fue todo lo que dijo, aludiendo así a que le había dejado morir en lugar de convertirlo. Sarah, en cierto modo, sintió un alivio por los dos, por ella y por el joven rubio. No debió de ser fácil para ella vivir esa experiencia.

—¡Es espeluznante lo que me acaba de contar, Sarah! —exclamé estremecida.

Sarah se limitó a encender uno de sus finos cigarrillos y darle dos caladas rápidas. Parecía regodearse en mi horror.

—No toda persona atacada se convierte en vampiro. Algunos —me insistió más tarde Sarah en el coche de regreso a Roma—, por lo general los no-bellos, los no-jóvenes, quedan como un cadáver inerte y descoyuntado, partido en dos —usaba un claro lenguaje eufemístico para evitar decir «feos» o «viejos»—. No vuelven a abrir los ojos desde la frontera del más allá. Sencillamente la traspasan y mueren. Fue lo que le ocurrió al joven atacado por Nemus. Era solo un alimento, un depósito de

sangre, uno más de los «seres-bolsa-de-plasma», como los llaman los vampiros.

Unos días después de aquella noche iniciática, Sarah supo por la televisión que habían encontrado en Passino el cadáver del hijo de un rico y conocido fabricante de galletas de Verona. Le habían separado la cabeza del tronco. La foto que mostraban en la pantalla era indudablemente la de un no-bello.

15. LOS HIJOS DE LILITH

Hagamos ahora un poco de historia. Los upires o upiros, nombre antiquísimo con el que también se conoce frecuentemente a los vampiros, son los no-muertos. También se les llama redivivos, según el nombre técnico universal de «revinientes», los que vuelven. ¿De dónde vuelven, si no han llegado a irse del todo al más allá? Vuelven del límite, del umbral no traspasado hacia la desintegración. Sin embargo, nadie los conoce por ese nombre.

El nombre popular es el de vampiro, y procede del húngaro. Esta denominación se extendió a comienzos del siglo XVIII por las lenguas balcánicas, donde *vampir* es una de las palabras más temidas incluso hoy en día, aunque no deja de ser una deformación de la vieja palabra polaca *upir* o *upire*.

Dos ejemplos de la pervivencia *upírica* en la zona: por un lado, se sabe que la policía de Ceaucescu, en la Rumanía comunista, amenazaba con los vampiros, pero lo hacía sin ninguna base real, remitiéndose a leyendas muy toscas y ancestrales. La población más crédula temía la llegada nocturna de un ejército de vampiros para matar a sus hijos. Era un modo político de aterrorizar.

Por el otro, se sabe también que, más recientemente —como descubrí en los archivos de Sarah—, en esa región del sureste de Europa, en concreto en Bosnia-Herzegovina durante el asedio de Sarajevo en los 90, se hallaron cadáveres en los bosques que bordean la ciudad; cadáveres con múltiples mordeduras en muslos, ingles y cuellos; cadáveres, en fin, que, de manera misteriosa, acabaron metidos en bolsas de plástico de la OTAN, etiquetados con el término (incomprensible en aquel contexto) de «upirs», y enviados, ¿adónde?, ¡ni más ni menos que a los Estados Unidos, para ser exactos a las dependencias de la Agencia de Investigación Epidemiológica del Pentágono! El PYP aparecía de nuevo.

Vale, muy bien, esto es lo que dicen los libros sesudos al respecto, palabras y más palabras, como si en la búsqueda de la raíz del nombre vampírico se encerrase alguna explicación sobre su esencia. Pero la realidad ha demostrado que no. Nunca va más lejos del significado de no-muerto. No es mi intención hacer filosofía de todo esto. Solo constato que, al margen del nombre, existe un ser capaz de superar el tiempo y de no-morir por beber sangre.

La única información que tiene sentido retener es, por tanto, que, llámese como se llame, el no-muerto es tan antiguo como antiguo es el vivo.

Justo eso debieron de pensar personas como Sarah y, su círculo, para quienes el no-muerto se explica en relación con el vivo. Es como su sombra, algo así como el haz y el envés de un ser. No es de extrañar que se desencadene de ahí un sinfín de dicotomías, tan largo como queramos: el vampiro es la noche del día, el cuerpo del alma, el mal del bien, la oscuridad de la luz, el no del sí, el ying del yang, la repulsión

de la atracción, el reflejo de la imagen, el placer del dolor o viceversa. En resumen, un juego de contrarios.

Sin embargo, el mito del vampiro tiene un origen tan lejano y simbólico como el mito de la creación del hombre.

Puede que a muchos les parezca exagerado, pero lo cierto es que corre en paralelo con el mito del Génesis en la tradición judeocristiana. Hay una figura a la que no se le presta la debida atención en la Biblia, y menos aún en la historia, y tal vez por ese desprecio ha pasado al universo de las sombras. Se trata de Lilith.

Es un mito sombrío tan antiguo como Adán y Eva, es decir, tan antiguo como el mundo. En la tradición bíblica, los vivos proceden de Eva y los no-muertos de Lilith. Cuentan los rabinos en sus libros que no fue Eva la primera mujer de Adán, sino otra anterior, una extraña mujer llamada Lilith, demasiado parecida a Adán en ambición y deseo, y desde luego nada dispuesta a dejarse dominar ni a ocupar un segundo plano junto a él. Una mujer insumisa.

Desde el inicio de los tiempos, Lilith rivalizó con Adán. Tanto que pugnaba con él por ocupar el primer puesto en la Creación. Dios la castigó echándola del lado del hombre y arrojándola a la noche eterna, donde solo podría alimentarse de sangre, si la encontraba. De la sangre que pudiera absorber.

Así se funda el mito. Los hijos de Lilith son los descendientes de su extraña —y no muy reconocida— estirpe, al igual que la especie humana tiene en Eva, metafóricamente, su origen. Sin embargo, en tiempos más recientes, resurgieron los Hijos de Lilith bajo esta misma denominación. Fueron unos vampiros que creían hacer el bien. Claro está que no deja de ser una ilusión.

El caso Kaminsky

La maestra de Royale, Illinois, Anne Kaminsky se topó con uno de esos «Hijos de Lilith», un calógero vampirizado en 1730 en la isla de Kalimnos, de donde apenas ha salido desde entonces. Los calógeros, o monjes orientales de la Iglesia ortodoxa griega, tenían una notable propensión a la mística y al aislamiento, y siempre ocultaron la esencia de su ser real. No todos eran vampiros, obviamente, pero los que no lo eran amparaban a los que sí lo eran, de modo que se creó un secreto pactado, una complicidad entre ellos para blindarse contra el exterior.

La Iglesia ortodoxa, mirando para otro lado, los había confinado allí, desde tiempos inmemoriales, como hijos descarriados. Los frailes vivos suministrarían el *ruaj* a los frailes no-muertos; estos, a cambio, los dejarían vivir. En esto consiste básicamente el principio fundador de los Hijos de Lilith, alimentarse sin matar, vampirizar como virtud.

Para Sarah Rubin, son los vampiros más puros, lo que no quiere decir necesariamente los mejores. Se creen descendientes directos de Lilith, o de quien

fuese en realidad aquella mujer marcada por el deseo de igualdad al varón y condenada por ello a vivir de la sangre de las demás criaturas creadas por Dios.

El caso de Anne Kaminsky es verdaderamente curioso. Soltera, extravagante y aficionada a la historia, en 1980 Anne consiguió ahorrar lo suficiente de su sueldo como maestra de pueblo para pagarse un billete en un crucero por las islas griegas durante sus vacaciones de verano. Era una turista inocente e intrépida. Todos conocemos a gente como Anne Kaminsky.

En Kalimnos, donde el crucero pernoctaba una sola noche y se dormía en tierra, fue atacada por un no-muerto, pero no llegó a vampirizarla del todo. Se limitó a succionar su sangre por la clavícula.

Al día siguiente, muy débil, Anne apenas sabía dónde se encontraba y qué le había sucedido. Nadie vio las marcas en su hombro, cubierto con una chaqueta de punto, y se curó como pudo las heridas, no demasiado grandes aunque sí profundas. Enseguida admitió para sí, sin dudarlo, que eran lo que parecían: dos dentelladas.

Tenía la borrosa sensación de haber soñado con algo muy salvaje, con el peso de un hombre muy oscuro que yacía sobre ella, pero su cuerpo ahora solo experimentaba debilidad y una irresistible necesidad de otra dosis de un sueño como ese. Había olvidado el crucero por completo y, cuando la informaron de que formaba parte del pasaje, suplicó que el barco partiera sin ella. Una fuerza superior la ataba a aquella isla. Le firmó al capitán una carta en la que renunciaba a cualquier reclamación a la compañía marítima por dejarla en tierra.

En el hotel la acogieron durante tres días. Tres días en ninguna de cuyas noches fue visitada de nuevo por el vampiro. La cuarta noche apareció otra vez en la habitación. Era un monje, vestía como uno de esos monjes griegos de levita negra, barba y pelo largos. Tenía una mirada roja fulgurante dentro de unos cuencos negros, pero no infundía temor. Se identificó como uno de los Hijos de Lilith y le dijo que no la atacaría más, pero que subiera al día siguiente hasta el monasterio de Kira Psili, situado en lo alto de la montaña de Kalimnos.

Anne lo hizo. Al atardecer subió en taxi hasta el monasterio. Un fraile la acompañó hasta una celda. Cuando se quedó sola, cerró la puerta y esperó. Con el primer segundo del crepúsculo, el vampiro volvió a aparecer. Le pidió que lo siguiera por todo el convento, que no temiera nada mientras él fuese a su lado, que aunque la dejara sola en aquellos pasillos, ninguno de los monjes llegaría a hacerle ningún daño, salvo el placer de sentir su mordedura, tras lo cual, como mucho, caería en un sueño del que despertaría a la mañana siguiente, viva y en el hotel. Sin embargo, no ocurrió nada de eso, afortunadamente para Anne Kaminsky, y no fue abandonada por su vampiro a merced de los demás vampiros calógeros.

«La condena de aquellos calógeros», escribió Anne en uno de los informes que redactó para Sarah tiempo después, «era procurar un bien mayor mediante su

vampirismo. Excomulgados de la ortodoxia griega, que siempre dudó de sus cuerpos incorruptos y de sus cadáveres con corazones sangrantes, y alejados de la santidad, aquellos místicos adoradores de Lilith bebían la sangre de los vivos como alimento, pero no llegaban a matarlos. Y si vampirizaban a alguno, lo hacían con la intención de darle la sombra de la eternidad, como Dios otorgó a Lilith la sombra de la vida, pero no la vida misma. Lilith, la primera y borrada mujer».

Esta es la versión de los Hijos de Lilith. Habría que conocer la de sus víctimas, pero eso está fuera de nuestro alcance ya. La preocupación de estos vampiros era moral: el bien y el mal, su frontera, su combate. ¿Acaso hay buenos y malos vampiros? Según ellos, sí. ¿Acaso no es lo humano distinguir el bien del mal? Según ellos, no. Eso es solo patrimonio divino. En estas disquisiciones sentaron las bases de su actuación.

Pero, como no podía ser menos, lo hicieron de manera distorsionada: la vampirización, el no-morir (que no equivalía a vivir) se convirtió en algo bueno para ellos, porque salvaban así el cuerpo de las víctimas de las llamas del infierno, aunque a cambio dejaban vagar su alma por el Valle de las Sombras. La vida finita, la que concluía al cabo de pocos años con la muerte, eso sí que era algo malo.

Los Hijos de Lilith creían de este modo hacer un bien, pero en el universo vampírico, donde no existe ni el bien ni el mal, eran una excepción herética. «Ningún otro vampiro había visitado jamás Kalimnos, estaban aislados de sus hermanos no-muertos como aislados estaban los demás monjes de su propia iglesia. Me ha llevado muchos años saberlo. Yo misma», concluía Anne Kaminsky en su informe, «no he vuelto a salir de esta isla desde entonces». ¿En qué se había convertido la maestra de Royale, Illinois, después de tanto tiempo?

16. LOS CUATRO CLANES Y SUS JEFES VAMPIROS

Una de las cosas más sorprendentes que aprendí mientras estuve con Sarah fue que entre los vampiros existen jerarquías y clanes. En concreto, cuatro clanes y dos jerarquías, la de los superiores o jefes y la de los inferiores, nivel al que corresponden todos los demás. Las jerarquías se respetan escrupulosamente. Cada uno de los jefes encabeza uno de los clanes.

Debo detenerme a explicar esto. Algunos vampiros son, o se han creído ser, más vampiros que otros. Esas jerarquizaciones en jefe y no-jefe están directamente relacionadas con la edad del vampiro. Con su *tempo* y su *épica*.

La edad de un vampiro empieza a contar desde el día en que empezó a serlo. De hecho, un vampiro viejo es acreedor de más derechos y más poderes que un vampiro joven, pero, como los vampiros no envejecen —viven siempre en un tiempo presente—, se entiende por vampiro viejo a un vampiro que ha sido convertido hace más tiempo que los demás.

El mayor grado de un jefe vampiro procede de la supervivencia mediante la fuerza o la astucia y de la invulnerabilidad a los peligros a que está abocada la vida de todo vampiro, teniendo en cuenta que siempre se halla, por decir así, en la antesala de la muerte real, o lo que es lo mismo, de la desintegración.

¿Cómo se hizo Sarah con esta información? Nemus, siempre Nemus. Según él le explicó a ella en una de sus noches romanas, existen cuatro grandes grupos dentro del universo de los vampiros. Se les denomina exacta y simplemente así: los Cuatro Clanes.

Se conoce a los jefes de esos clanes, pero solo entre los vampiros. Por eso son algo misteriosos. Y terribles.

Ninguna persona ha visto jamás a un jefe vampiro y luego ha sido dejada viva para contarlo. Esta es su principal y más nefasta característica: sus acciones vampíricas son letales en el cien por cien de los casos.

Los jefes vampiros son muy fuertes físicamente. Pueden alzar en el aire a un hombre sujetándolo con un solo brazo mientras destrozan su cuello. Pueden demoler una pared con sus puños. Pueden remover la tierra como palas excavadoras. O caminar por los techos o las fachadas de los edificios. ¡Vaya si pueden hacer estos prodigios!

Debido a su grado superior, tienen derecho a beber más sangre que los otros vampiros, incluso pueden apartar a un vampiro del cuerpo de su víctima de ese momento para succionar en la herida que ese otro vampiro acaba de abrir. Para ello, en épocas o lugares de precariedad, han llegado a matar (léase siempre desintegrar) a los vampiros que estaban con ellos pugnando por la desgraciada víctima.

Conviene explicar que son los únicos vampiros que atacan a los miembros de su especie vampírica, ya que entre vampiros existe una inhibición (o una norma, no lo sé) que impide atacarse entre sí. En cambio, a la inversa, un jefe vampiro nunca es atacado.

La verdad es que los ataques de los jefes vampiros a otros vampiros son muy violentos, y por lo general se llevan a cabo cuando está cercano el amanecer, la hora inicial del letargo diurno. Entonces se lanzan a morder al vampiro inferior y a succionarle absolutamente toda la sangre que le quede en el pellejo de su cuerpo-depósito, lo vacían por entero, para luego dejarlo en una situación comprometida, de modo que no pueda regresar a su tumba o a su nido y explote en mil pedazos al llegar la luz solar.

Los jefes vampiros pueden expulsar a un vampiro de su territorio, en ocasiones solo por un capricho o un impulso destructivo, pero nunca compiten con otro vampiro por razones territoriales: un jefe es siempre respetado y temido, nadie le cuestiona su predominio.

Los jefes nunca se relacionan «sentimentalmente» con los humanos vivos. Nunca pueden, por consiguiente, amar ni ser amados. Nunca muestran debilidad. Tampoco recuerdan emociones, solo pulsiones.

Pueden utilizar a otros vampiros a su servicio.

En muy raras ocasiones, y según en qué lugares, los jefes vampiros pueden actuar a ciertas horas del día fronterizas con la noche.

Las esferas

Cuando lo creyó oportuno, Nemus reveló los nombres de los Cuatro Jefes de los Cuatro Clanes o esferas vampíricas: Gazar, Pasgán, Patel y Zabul.

Gazar vive en la Cuarta Esfera y tiene derecho a un formidable ejército. Arrasa en los extrarradios de ciudades como El Cairo, México DF, Tokio o Moscú. Los vampiros de su clan siempre actúan en grupos, forman familias vampíricas, y no tienen otro distintivo vampírico que el hedor fétido y los colmillos extremadamente agudos.

Pasgán domina la Tercera Esfera y es un vampiro, como todos los de su clan, violento y combativo, aunque más sutil. Su campo de acción es el mundo de los malvados y ambiciosos sin escrúpulos. Sus vampiros se mueven en el entorno de las grandes empresas y de las corporaciones financieras, de los ejércitos, de la política, del crimen. Son extraordinariamente seductores y muy activos sexualmente. Viven poco, debido a su temeridad, que les hace ser muy vulnerables a los cazavampiros.

Patel es el jefe de los vampiros solitarios. Son vampiros cuyo rasgo primordial es la individualidad a ultranza. No tienen otro objetivo que la supervivencia. Son cautos y precavidos; también recelosos, y poseen un aura de misterio en equilibrio inestable.

Pueden ser muy agresivos, sobre todo cuando, al sentir la llamada del *ruaj*, se descontrolan y se someten a la necesidad de buscar sangre a toda costa. La mayoría de los vampiros existentes forman parte de esta esfera, la segunda. Nemus es uno de ellos. Viven más.

Finalmente Zabul es el jefe vampiro de la Primera Esfera, la esfera de los jueces vampíricos. También se les llama *nosferatus*. Determinan las normas y las hacen cumplir. Los vampiros jueces son pocos, en comparación con la población total de vampiros, pero nunca son cuestionados. Nadie sabe dónde duermen de día, y tienen muy acusado el don de la bilocalidad. Prolongan su mordedura hasta el éxtasis, propio y de la víctima.

Además de los Cuatro Jefes y sus esferas, existe un Centro que gobierna todo, correspondiente a un **Gran Vampiro** jamás visto por nadie, ni siquiera por los propios vampiros, sean estos jefes o no.

Un Centro inaccesible que las religiones del Libro han relacionado, ingenuamente, con Satán, y que en los informes del PYP del Pentágono han preferido denominar, más asépticamente, ISD (Inteligencia Superior Desconocida). Es la manera aproximativa de dar un nombre a la innumerable red de impulsos que vincula a todos los vampiros en una misma unidad de instintos y de acciones. Algo así como el Espíritu vampírico que une a todos los vampiros del planeta. Pero Espíritu en su condición de Sombra, como el negativo de una foto: Espíritu Negro.



En pocas palabras, el Centro/Dios de los vampiros es la negra Sombra de un

Espíritu inasible y presentido. Una aspiración, una quimera, la proyección de la eternidad; llámese como se llame ese imposible, es igual, porque el único premio concedido al vampiro es la desolación.

17. LA LEYENDA DEL VIRUS MUTANTE

Sarah volvió a sacar el asunto de la Comisión Napolitano. Reiteró que seguía abierta y proseguía sus investigaciones con fondos del Parlamento, aunque de modo casi secreto; Hacía años que nadie hablaba de sus trabajos. Por alguna razón que a ella se le escapaba, el nombre de Nemus había salido más de una vez en los dossiers de la Comisión a los que había tenido acceso. Podía achacárselo a filtraciones habidas desde su propio círculo y desde los investigadores que habían consultado sus archivos.

—Usted, Thea, no es la primera persona que visita esta casa, y nunca se sabe dónde acabará la información que hay aquí depositada —me dijo.

Sarah no le concedía gran credibilidad a la Comisión, pero la miraba como de soslayo, sin perderla de vista, «por si acaso». El hecho de que muchas cosas que sabía la Comisión fuesen ciertas, le hizo creer a Sarah que un vampiro real se había manifestado a alguno de sus miembros en cualquier momento, desde su creación por Andreotti hasta el día de hoy.

No descartaba tampoco la posibilidad de que el informante fuese el propio Nemus. Y en ese caso no podría reprochárselo, aunque Sarah, al incubar sospechas, le había advertido de que la información que le suministrase al gobierno podría ser mortal para él y para los de su especie, la de los solitarios (los vampiros del jefe Patel o de la Segunda Esfera). La utilizarían para destruirlos. Los gobiernos son carroñeros, le dijo. Pero Nemus guardaba silencio siempre que Sarah le interrogaba al respecto. Quizá todo eso le importara muy poco a él.

La Comisión insistía mucho en centrar sus trabajos y consultas en el origen vírico del vampirismo. Al final de la cadena primigenia del vampiro, aquellos expertos solo concebían como causante la existencia de uno o varios virus en inexplicables mutaciones.

En mi propia investigación, tras no pocos esfuerzos por llegar hasta el núcleo de esa Comisión, teóricamente pública pero blindada por un decreto del Ministerio de Defensa italiano, pude comprobar que las conclusiones sobre la naturaleza viral de los vampiros coincidían con las del programa PYP del Pentágono.

¿Sería verdad o una gran cortina de humo para otros fines más inconfesables?

Todo el estado de no-muerte, o, como lo describían los expertos científicos, de «muerte suspendida», se debía única y exclusivamente a un virus. Hasta aquí podía ser cierto. Se activa un virus que muta y muta. No sé el grado de investigación avanzada que se ha aplicado a este o a estos virus. Virus que, según la Comisión Napolitano (al igual que el propio PYP), tiene un efecto transformador de las enzimas y agresivo hasta la subversión total del metabolismo. Por eso los no-muertos no se descomponen, sino que algo nuevo se activa en ellos.

Existe el problema ineludible de que, para experimentar en serio y saber de los efectos del virus con toda certeza, se requiere, entre otras cosas, pasar a ser un no-muerto, con el consiguiente riesgo de acabar siendo un vampiro «in vitro». Obviamente, estaba en juego la propia vida.

Ridículo.

El virus, según los estudios conocidos, devora la sangre y crea en el paciente una necesidad perenne de alimentación sanguínea para compensar.

—Digamos —matizó Sarah— que convierte al cuerpo en un elemento unidireccional y unifuncional, destruyendo la viabilidad del resto de los órganos, salvo las funciones del cerebro vinculadas a la venalidad: violencia, sexo, supervivencia. De ahí el que sean muertos, pero también que sean, de facto, vivos.

En ambos casos, los afectados por el virus nunca están del todo vivos ni del todo muertos. Parecen suspendidos en un estado de catatonia temporal, seguido de accesos agresivos de inusitada fuerza. Por otra parte, se trata de un virus que solo actúa en los humanos, sin que haya pasado aún a otras especies. Al menos, que se sepa. Por tanto, nada de lobos ni de murciélagos ni de otra fauna similar, como suele pensarse. Es falso.

Pero ¿cómo se ha llegado a saber tanto sobre ese posible virus, si es que en realidad existe?

Sarah dudaba de su existencia en tanto que causante del vampirismo. Se reía de esa posibilidad. Para ella todo el asunto no era más que fruto de la guerra bacteriológica, un derivado de las armas químicas. En resumen: el plan gubernamental para realizar un tipo de vampiro-robot de fabricación genética no era más que una excusa para crear virus destructores masivos. Una especie de ántrax a la enésima potencia.

No la creí del todo, mantuve mis recelos sobre eso. Tal vez, fuera ella la que desviaba la atención.

Aunque no era mala idea aquel gran cambiazco, pensé yo, por mucho que con ello jugasen con fuego; abrían la caja de Pandora.

Bien mirado, lo de los virus vampíricos es bastante ridículo. Nos mienten los gobiernos, tanto el italiano como el estadounidense y cuantos demás países haya asociados a ese plan camuflado. No tienen nada, no han logrado nada positivo por esa vía. Lo del virus extraordinario como causa del vampirismo es, más que nada, una leyenda. Al menos para los vampirólogos, como afirmaban Sarah y otros a quienes conocí durante mi investigación para *Factory*. Pero, con ello como coartada, los gobiernos mantienen un programa que les permite experimentar con otras cosas, como la clonación, por ejemplo.

Los biberistas

—No le he contado nada aún acerca de los *biboristas* —añadió más tarde Sarah—. Tienen mucho que ver con la Comisión Napolitano. ¿Sabe lo que son los *biboristas*?

—No —contesté—, no he oído nunca hablar de ellos.

—Se les empezó a llamar así a los voluntarios reclutados por la Comisión para prestarse como conejillos de Indias con los virus mutantes que podían ser la causa del vampirismo. ¡Y qué mejor sitio que la cárcel para encontrar voluntarios para todo! Al final se creó un grupo reducido de presos con largas condenas. Si aceptaban participar en la investigación, la recompensa sería una reducción considerable de la pena carcelaria, incluso la remisión de la pena entera. Los resultados fueron increíbles y nefastos.

Por lo visto, al principio se creyó haber aislado un tipo de virus, y empezó a ser inoculado en animales sin que diera el más mínimo de los resultados esperados. Solo se podía intentar una inoculación en humanos.

Los voluntarios no fueron informados del todo, solo a medias, ya que ninguno de los consultados posteriormente declaró conocer en su totalidad el objetivo final de la experimentación. No es de extrañar que nunca se supiera el número exacto de voluntarios ni cuántos de ellos murieron por causa del virus, pero lo que Sarah tenía muy claro es que en absoluto se debió a su conversión en vampiro. Murieron por los experimentos. Murieron para siempre. No pasaron a ser vampiros bajo ningún concepto.

A esos voluntarios se los llamó así en recuerdo de otros, los auténticos *biboristas*. Estos, los verdaderos, eran unos vampiros bastante singulares, llamados con ese nombre por el color púrpura de sus ropas, derivado a su vez del color de sus ojos y de sus encendidos labios carnosos. Esos rasgos físicos fueron los primeros cambios de apariencia que sufrieron los voluntarios de la Comisión. De ahí su nombre.

«Bibor» es «púrpura» en el magiar del siglo XIII. Estos vampiros pertenecen a la Tercera Esfera o de Pasgán. Para muchos son meras sanguijuelas, y así se les denominaba con desprecio en su tiempo, pero ellos hicieron de ese desprecio una virtud. Son los genuinos chupasangres, los vampiros más osados, los más sexuales también, los de mordedura más intensa.

En cuanto a su modo de actuación, esta no se diferencia apenas de la de cualquier otro vampiro, salvo en una característica más desarrollada: su estado alucinatorio en el momento de la mordedura.

Lo curioso es que los voluntarios tratados con el virus manifestaron también tener visiones que los sumían en estados de terror que fueron cambiándose en momentos de placer.

Entre los vampiros *biboristas* la excitación es máxima. Es como la cocaína. De hecho, la cocaína es la única droga real que puede asimilar un vampiro, de la esfera

que sea; les rompe el cerebro, literalmente, durante unas horas. Eso vuelve excesivamente venal su proceder. Sienten en ese lapso una atracción enfermiza por la sangre. Es su única obsesión. El *ruaj* en ellos es una auténtica droga, que mezclada con la cocaína produce el éxtasis alucinatorio más salvaje.

Pero conviene aclarar que el vampirismo en general produce alucinaciones. Es un poderoso viaje a sensaciones físicas y mentales inexploradas. Nemus lo sabía muy bien. Y también Sarah. La condición de droga que supone el hecho vampírico afecta por igual a la víctima, sobre todo si es vampirizada en varias fases o sesiones, o sencillamente utilizada como «alimento» sin que se le deje morir, como le había ocurrido a Sarah, quien se prestó a Nemus cuando él lo requirió.

Durante mucho tiempo, se atribuyó a ese estado alucinatorio el poder de ver el futuro, pero no se trataba de eso. De hecho, los vampiros no ven el futuro, no lo intuyen siquiera, debido a su estado de presentismo permanente. Para ellos, el tiempo es lo que viven en ese momento, y en cuanto al pasado, una suma de nebulosas que rodean al único hecho que recuerdan con total nitidez: su conversión y todo lo que pertenece a su vida vampírica. Otros recuerdos, como los de sus padres o la vida que tuvieron en tanto que humanos vivos, se les han borrado y solo queda de aquellos la cicatriz de la memoria.

El periodista que investigó las muertes de los voluntarios para el experimento Napolitano, Gianni Cazzale, falleció también, al parecer en extrañas circunstancias. Su periódico, el *Corriere della Sera*, nunca pudo avanzar mucho sobre su muerte, porque siempre se topaba con la lógica de los servicios secretos. Todo parecía normal, un lamentable accidente: su cadáver se halló lleno de heridas en el interior de un coche aplastado al fondo de un barranco, en los Dolomitas. Eso dijeron.

—Nunca se sabrá quién estuvo detrás, ni si fue un accidente o no. Lo más llamativo del asunto es que Cazzale, hasta donde sus amigos íntimos sabían, no había conducido un auto en su vida. No se permitió acceder a los resultados de la autopsia, si es que se le practicó una. El cuerpo se remitió a Estados Unidos aduciendo una ambigua última voluntad del periodista de ser enterrado junto a unos parientes de Boston. Pero su cuerpo nunca llegó a Boston. De hecho su cuerpo nunca llegó a ninguna parte.

—¿Se podría decir que fue vampirizado? —pregunté ingenuamente.

—Nemus lo sabe. Pero Nemus nunca me lo ha dicho.

—Entonces, ¿el virus es eficaz? ¿Produce vampiros reales?

—No creo que fuera el virus lo que mató a Cazzale. Ni tampoco lo que lo convirtió en un no-muerto. Pero si la Comisión tiene un informante vampiro, tal vez le *regalaran* a Cazzale como alimento. En la voluntad del vampiro estaría luego matarlo del todo o convertirlo. Si le enseño una foto de Cazzale, verá que era bastante atractivo. Y joven. Ate usted los cabos, amiga mía.

Lo que Cazzale llegó a averiguar era que los voluntarios conocidos como *biboristas* empezaron a experimentar cambios en su aspecto: muchos cadáveres aparecían clonados, repetidos unos en otros. El propio Gianni, por lo visto, llegó a ver algunos de aquellos cuerpos en la morgue y conservaban tantas similitudes entre sí que le hicieron sospechar de inmediato.

Otros de los voluntarios habían perdido cualidades humanas, morían de otras enfermedades. Lo que estaba claro era que sus cuerpos no resucitaban. Sencillamente, muchos pasaron a ser despojos vaciados, es decir, sin órganos. ¿Qué habían hecho con ellos, para qué clase de experimentos habían sido utilizados realmente, con la excusa de ser posibles vampiros?

Cazzale murió antes de saberlo. Prefirieron que fuese vampiro. Tal vez. O tal vez sus restos sigan aún en un vertedero.

Y sin embargo, lo que a Sarah le preocupaba era que los miembros de la Comisión Napolitano sabían cada vez mejor cómo era y cómo actuaba un vampiro de verdad. ¿Acaso Nemus u otro vampiro seguían informándoles? ¿Y por qué lo hacían, qué ganaban con ello? ¿Liberarse de algo? ¿Puede que Nemus fuera —salvando las distancias— una especie de espía doble, un vampiro arrepentido, un «garganta profunda» del vampirismo?

Sin perder la seriedad ante la suma de mis desvaríos, Sarah dijo:

—Demasiada fantasía la suya, Thea.

Quizá. Quién sabe. Pero Sarah no me lo negó.

18. ¿VAMPIROS CANÍBALES?

Relativo a los *biboristas*, hay que hablar ahora del testimonio de Pierre-Marie Bloch. Este belga, directivo de ventas de la fábrica de bombones Godiva, vio a un vampiro devorar literalmente a una joven ciclista en Brujas (la *Brujas, la muerta*, de Rodenbach). Está documentado en los archivos de Sarah.

El upiro lo hacía en lo más oscuro de uno de los callejones laterales del Museo del Chocolate, en la Wijnzakstraat. Era un día de marzo del 2000. Aquel ser se estaba comiendo el hígado de la chica con fruición, hasta que reparó en la silueta del trajeado Pierre-Marie, atónito ante lo que estaba viendo.

El vampiro —un auténtico y verdadero *biborista* de boca y barbilla púrpuras— vio cómo él lo observaba y continuó con su labor sobre el abierto costado de la joven hasta que se sació del todo. Luego se puso de pie y se dirigió hasta donde se encontraba Bloch, totalmente incapaz de dar un solo paso. Pero el vampiro también parecía caminar con dificultad. Rebosaba sangre como un bidón con patas.

Fue así como, lejos de atacarlo, debido a la monstruosa hinchazón de su cuerpo, el vampiro dio varias vueltas en torno a Bloch y, caballerosamente, se presentó como Arnus Utz, caníbal.

Bloch, ante la voracidad de la que acababa de ser testigo, no podía adivinar que aquella presentación no estaba exenta de sentido del humor. El cuerpo, aún ensangrentado, de la joven ciclista permanecía a pocos metros de ellos. Eso no era para bromas. Pero se puede decir que había algo tragicómico en Arnus Utz y su apariencia de enorme bola a punto de echar a rodar; además, cuando hablaba salpicaba motas negras y rojas.

Sin embargo, renunció a su agresividad y se atrevió a confiar en Bloch; decidió «adoptarlo», asumiendo una postura de mansedumbre a su lado. Aquello le causó a Bloch una profunda impresión.

Todo caníbal busca siempre apropiarse de la energía vital del otro mediante la ingestión de la carne ajena. Los vampiros introducen una variante en el canibalismo al uso, ya que beben la sangre, pero no desprecian jamás, cuando la ocasión se lo brinda, hincarle los colmillos al hígado. Existe mucha literatura al respecto y hasta parodias en el cine; pero también hay casos de este tipo de canibalismo, nada graciosos, en los expedientes policiales de criminales y asesinos; sin embargo, casi nunca se vinculan con el vampirismo.

Esta víscera, el blando y rojizo hígado, es, además de la sangre, el único objeto de placer vampírico, pero la ansían muy de vez en cuando, casi como una *delicatessen*.

Arnus Utz no era belga como Bloch, sino americano de Oregón, hijo de inmigrantes austriacos, y un aventurero idealista a quien le fascinaba el oro que nunca tuvo y siempre buscó. En 1867, cuando contaba veintidós años, partió para Alaska

con la intención de hacerse rico. Ni que decir tiene que llegó a aquellos desolados parajes en plena fiebre del oro. Allí, en el poblado minero de Mineghart, se codeó con todo tipo de malhechores y desarraigados hasta que sucedió la hecatombe: la mañana del 16 de febrero el campamento amaneció con decenas de cuerpos desventrados, cadáveres casi todos sin su hígado; algunos de esos órganos aparecieron, con descomunales dentelladas, en las orillas del riachuelo del oro; dentelladas que dejaban ridículas las fauces de los lobos, pero que no sabrían atribuir más que a los osos.

Contaron treinta y cinco muertos y quince desaparecidos. Entre aquellos desaparecidos figuraba Arnus Utz. Todos habían sido convertidos en vampiros por una horda de buscadores de pieles vampirizados que había empezado a devorar ese invierno a unos tramperos aislados por las tormentas, una vez agotados sus víveres. Venía aquella horda de la Alta California y todos eran miembros de una misma familia.

¿Qué hacía ahora Utz, casi ciento cincuenta años después, en aquel callejón de Bélgica, junto al Museo del Chocolate?

Su historia, tal como se la relató a Bloch, lo había llevado primero hasta Hong-Kong, en un navío con otros vampiros que fueron víctimas de implacables cazavampiros ingleses. Luego, único superviviente de la matanza de vampiros, se escondió en otro mercante cuya tripulación fue diezmada por él mismo, y recaló en las Seychelles prácticamente sin marinería a bordo. En esas islas estuvo enterrado casi un siglo y actuando con discreción entre los indígenas y los turistas. Llegado el año 2000, un mes antes de que Bloch lo viera, se había embarcado en el transatlántico de lujo *Mirage du Midi* sin saber que su puerto final era Amberes. Nunca había estado en la Europa de sus antepasados.

Bloch recordó haber oído hablar de ese nombre, *Mirage du Midi*. Era el del crucero cuya noticia había salido por entonces en todos los medios de comunicación debido a unos sorprendentes casos de pasajeros hallados en su camarote a medio devorar. Se pensó que en el barco campaba a sus anchas una fiera, un gran felino suelto, tigre o león, o los dos a la vez, pero nunca se encontró su rastro ni se les pudo dar caza. Cuando los ataques a pasajeros cesaron, se creyó que el animal o animales habían saltado por la borda y se habían ahogado en el océano.

Bloch supo, por confesión del propio Arnus Utz, que el «animal» buscado no era otro que el mismo Arnus y que se había dejado llevar por el canibalismo vampírico, como en el perdido poblado de Alaska de donde él salió en el siglo XIX.

Hay un libro clásico sobre la cuestión del ansia caníbal vinculada al vampirismo. Su autor es Philip Rohr y la obra se titula *Dissertatio historico-philosophica de masticatione mortuorum* (1679), que relaciona sin ambages el vampirismo con los ritos de los primeros cristianos practicados en el *refrigerium*, allá en las catacumbas,

donde hacían las comidas rituales de celebración sobre las tumbas de sus mártires. Probablemente eran lugares donde se comían partes de los muertos. En esos rituales, la sangre corría de boca en boca, de unos a otros. Sangre que provenía de un vampiro, seguramente reviviente en el momento del rito o matado en el rito mismo. Vampiros y cristianos han tenido en el canibalismo un nexo común oscuro y muy premeditadamente oculto, como veremos.

En cuanto a Pierre-Marie Bloch, pasó a ser un vampiro *biborista*, pero antes de su sumisión al vampirismo pudo escribir con detalle su testimonio, que por diversos medios acabó en manos de Sarah Rubin. Ella no ha conocido a Bloch en su nueva identidad, pero todavía no ha perdido la esperanza.

19. EL ENIGMA DE LA SANGRE DE CRISTO

En cierta ocasión, Sarah viajó de Roma hasta Brujas solo para comprobar algo con sus propios ojos. Acudió a visitar la Heilig-Bloedbasiliek o basílica de la Santa Sangre, en donde se guarda la reliquia de la sangre de Jesucristo. La misma Brujas que era la ciudad de Bloch, la ciudad donde estuvo —o está todavía— aquel vampiro llamado Arnus Utz.

Se dice que lo que hay en aquella ampolla con sangre coagulada, traída en el siglo XII de Tierra Santa por el conde Thierry de Alsacia, son gotas de la sangre que enjugó José de Arimatea cuando embalsamó el cuerpo de Jesús. En la ocasión del Viernes Santo se licúa en la vigilia nocturna. Pero, según algunos, se ha demostrado que se licúa muchas más veces de las que la Iglesia dice. Siempre por las noches. Y esto es lo que necesitaba comprobar Sarah. Aparte de albergar la remota esperanza de que se le manifestara en los alrededores de esa basílica uno u otro vampiro, Bloch o Utz, o los dos a la vez.

La sangre, allí donde esté y sea de quien sea, siempre le lleva a Sarah a pensar en vampiros, y me parece normal. A mí también. Lo de la sangre de Cristo, además, es todo un enigma que ella se empeñó en resolver. Empezó por aquella ciudad.

—¿No es de Cristo la frase: «Esta es mi carne, tomad y comed; esta es mi sangre, tomad y bebed»? —dijo Sarah.

—En efecto.

—Y, Thea, dígame, ¿no le parece esa una manera bastante directa y franca de hablar de canibalismo? ¿Y qué me dice de lo de la sangre?

Me estaba examinando.

Al igual que ella, estoy convencida de que los primeros seguidores de Cristo recordaron estas palabras y entendieron perfectamente a qué se referían. Uno de ellos fue aquel José de Arimatea.

José de Arimatea era alguien muy cercano a Jesús, uno de sus discípulos más directos, pero también de los más secretos, ya que actuaba clandestinamente debido a su buena disposición con las autoridades romanas por pertenecer al sanedrín de los jueces. No obstante, el vínculo con Jesús era profundo por ser familiar, en tanto que tío abuelo suyo, hermano de su abuelo Joaquín.

Era José de Arimatea, además, un hombre rico y muy querido. La leyenda cuenta que empleó su fortuna, ya en su vejez, en hacer un viaje al extremo del mundo, hasta las actuales islas británicas, llevándose consigo el Grial, el recipiente o copa con que recogió la sangre del cuerpo de Cristo desde el Gólgota hasta la tumba.

¿Y qué hacía con aquella sangre que recogía y que aún manaba de un cadáver? ¿O aquel cuerpo que bajaron de la cruz no era un cadáver... aún?

Sarah me explicó que hay investigadores que sostienen que el canibalismo velado

al que se refería Jesucristo fue tomado al pie de la letra por José de Arimatea, fanático seguidor de las ideas mesiánicas de su sobrino. José, llevado de ese fanatismo y sirviéndose de ese Grial, llegaría a comer y beber directamente del cuerpo de Cristo en su tumba, que era, además, de su propiedad, como lo eran todos los lugares donde estuvo viviendo Jesús en Jerusalén, incluido el cenáculo de la última noche.

Pero quienes sostienen esto —y Sarah los secunda, amparada por la confirmación callada de Nemus— van también más allá del hecho caníbal y encuentran un nexo entre Jesús y el vampirismo en la misteriosa resurrección de Cristo.

Para ellos, según está escrito en ciertos libros apócrifos y en otros dados por heréticos, como los de Ancino Marro y Filipo de Éfeso, Cristo era probablemente un jefe vampiro, incluso lo identifican como el mismo Gazar, cabeza de la estirpe de la Cuarta Esfera, quien vampirizaría a José de Arimatea en el sepulcro *in extremis* antes de morir. Allí lo habían depositado sus seguidores después de que los romanos trataran de empalarlo en los tablones a los que luego la Iglesia de los primeros siglos, pero muy alejada de la realidad, dio apariencia de cruz.

El empalamiento, que en la imaginería cristiana pasó a ser un simple lanzazo en un costado, hizo su efecto y Cristo-Gazar murió, pero no en el lugar donde lo «clavaron» (otra alusión edulcorada al hecho de ser atravesado por una estaca), sino en el sepulcro al que José de Arimatea y los suyos lo trasladaron.

Algunas teorías dicen que allí se llevó a cabo el último acto vampírico de Jesús, pero, en vez de la mordedura, si es que no se pudo materializar, se efectuó la mezcla de sangre por la vía de la ingestión del cuerpo y de la sangre en el instante mismo de la desintegración, es decir, de la muerte real. Aquella desintegración se hizo pasar por una resurrección misteriosa al cabo de unos días. Todos, con el tiempo, lo creyeron.

No es posible por ahora demostrarlo, pero José de Arimatea hizo todo aquello sin la ayuda de nadie, y lo hizo consciente de lo que estaba haciendo. Lo hizo mientras limpiaba el cuerpo en el sudario, y paradójicamente, siendo como era un hombre principal y con sirvientes, insistió en hacerlo totalmente solo, sin testigos. Ni siquiera permitió que lo ayudaran las mujeres que acompañaban habitualmente a Jesús. A partir de aquel momento, nadie vio ya, ni vivo ni muerto, el cuerpo del Maestro. Se produjo la transición de ser un no-muerto a ser un muerto absoluto.

José de Arimatea, seguramente, pasó esa noche a ser un vampiro, tal vez el nuevo Gazar.

Sarah vio la sangre de Cristo convertida en un líquido viscoso durante la noche en que, ayudada por alguien de su círculo en Brujas y después de una cuantiosa propina al sacristán, logró colarse dentro de la basílica nada más cerrarse al público. El tiempo corría despacio allí dentro. Hubo de esperar unas horas hasta que a las doce en punto, en la penumbra del templo, aquellas gotas con aspecto sólido como el lacre se transformaron en un líquido rojo vivo.

Tenía a un palmo de su cara aquella sangre reviniente. A un palmo de su mano. ¿Cómo Sarah no lo había pensado antes?

Corría el rumor, fruto de las leyendas medievales, de que en las llamadas misas negras de brujas y diablos, entre los que contaban también a los vampiros, se usaba la frase de Cristo: «Aquel que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna». Pero lo que la gente ignora es que esto pasó a ser una condición literal después de la conversión vampírica de José de Arimatea.

—Desconocemos, obviamente, qué clase de vampiro sería en aquel entonces, y cómo haría para evitar la luz diurna. Pero su aparición, casi setenta años después, en Britania con el Grial y «pisando tierra de Jerusalén», como dicen las crónicas, lo que demuestra que fue hasta allí enterrado de alguna manera, avala aún más la teoría de su condición de no-muerto. Sobre todo porque no se conocen testimonios claros sobre su vida desde el momento en que entró en el Santo Sepulcro con el cuerpo de Cristo en brazos. Al menos de su vida a la luz del sol.

Por otra parte, Sarah me hizo notar que todo lo que guardaba relación con Jesús y José, en los días y semanas previos a la muerte de Cristo, sucedía de noche. Esto también era bastante revelador.

El propio Bloch, antes de su vampirización y, por tanto, desaparición a los ojos de Sarah, dejó escrito en sus notas que Cristo, más que probablemente, era también un vampiro. Tal vez Arnus Utz se lo revelara.

Pero era tal la carga posibilista de una herejía así que esta es la mayor razón por la que la Iglesia siempre atacó a los vampiros sin descanso más que a ninguna otra especie saturnal, achacándoles desde el principio una condición demoníaca irrefutable, casi con categoría de dogma.

De hecho —y esto era lo más asombroso aún— los más recientes estudios del círculo vampírico de Sarah estaban descubriendo, gracias a las confesiones y explicaciones de sus respectivos vampiros «de adopción», que el Cristo-hombre, el judío Yehosúa o Joshuá, es decir Josué (que quiere decir Salvador) era miembro de una sociedad rudimentaria de vampiros, de adoradores o bebedores de sangre, o cuasi-caníbales. Gazar en estado elemental o puro.

Solo con imaginarlo me dio vueltas la cabeza.

Lo que dijo Jesús sobre su sangre y su cuerpo lo dijo *literalmente*. Sus desapariciones en el desierto tendrían que ver con los ritos de aquella cripto-sociedad caníbal. Él sentía su cuerpo y su sangre como alimento y bebida. Pero también sentía así el cuerpo y la sangre de los demás. Tal vez en esta clave es como haya que interpretar la multiplicación de los panes y de los peces, o la conversión del agua en vino. Son transformaciones «disfrazadas» de momentos vampíricos caníbales: el pan y el pez equivalen a la carne, y el vino a la sangre. El lugar, un encuentro clandestino de la sociedad secreta a la que él pertenecía. ¿Por qué no pensar que aquella era una

reunión de la Cuarta Esfera?

La vida eterna prometida era una eternidad vampírica, y probablemente en aquellos tiempos sería más humana y normal.

—Le revelaré algo, Thea —me dijo Sarah finalmente—. Hemos encontrado textos de romanos y de judíos helenizados, totalmente despreciables para el cristianismo canónico, que explican de muy diversas maneras un hecho asombroso: al parecer, tanto algunos legionarios enloquecidos como los seguidores de aquella sociedad caníbal de Jesús chupaban la sangre de los crucificados cuando descolgaban sus cuerpos de los maderos. ¡Y pensar que todo el rito cristiano católico procede de una extrapolación de aquellos impulsos vampíricos y devoradores!

Pero la verdadera confesión de Sarah fue que me reconoció haber sustraído la verdadera ampolla de la Santa Sangre que estaba en el altar y que tuvo tan cerca. ¡Incluso me la mostró en su casa, y pude verla, insignificante y magnífica a la vez, líquida de noche y coagulada de día! Sin nada que se lo impidiera, Sarah la había robado en Brujas la noche en que estuvo encerrada en la basílica, cambiándola por otra falsa con dos gotitas de sangre de Nemus.

20. GENTE CASI TAN NORMAL COMO TÚ

Regresemos a nuestra época. En ciertos aspectos, los chupasangres son más normales de lo que pensamos. Son capaces, por ejemplo, de descolgar un teléfono y llamarte, como hacía Nemus con Sarah. Para empezar, denominarlos así, chupasangres, es muy frecuente en determinados ambientes nocturnos, sobre todo si son identificados en garitos y clubes de mala muerte (y nunca mejor dicho, aunque lo de «mala muerte», en este contexto, sea un chiste de humor negro no pretendido). De hecho, «chupasangre» es el término que a veces se le escapaba a Sarah cuando se relajaba delante de una copa de buen Rheingau alemán en el bar del hotel Sistina. Con ello quería dejar claro que no todo es tan gótico y sepulcral en el universo vampírico, aunque lo parezca.

A lo largo de los años, Sarah había llegado a descubrir una insólita normalidad en la existencia de los no-muertos, casi los hábitos de una «vida corriente», en especial en los vampiros solitarios como Nemus. Pero ¿acaso se puede decir que los vampiros sean gente *normal* que lleve una vida *normal*? ¿Son los vampiros, por consiguiente, seres normales como yo misma? Tan normal como tener dos cabezas y que nadie te mire, creo yo.

Sin embargo, a tenor de la experiencia de Sarah, la única respuesta era esta: «Sí». Aunque también le parecía posible dar la respuesta contraria: «No, claro que no».

—Todo depende de si entendemos por normalidad asumir en nuestra vida corriente grandes dosis de una anormalidad aceptable y lógica —dijo Sarah—. Esa es la clave con los chupasangres.

O sea, lo de las dos cabezas.

Por tanto, le volví a formular la pregunta: ¿Son gente *normal* que lleva una vida *normal*? Entonces, desde esa perspectiva, la respuesta cambió: «Normal... hasta cierto punto».

Le hice ver que siempre, en todo lo extraño y paranormal, hay un «cierto punto» que es lo más apasionante.

Luego, acerca de la normalidad, Sarah prosiguió:

—Para Nemus, por ejemplo, es normal acercarse de noche a la zona de chaperos de Via Marsala con gafas oscuras y camisetas ajustadas, haciéndose pasar por uno de ellos, pero siempre con el misterio de una timidez siniestra, hosca. Es su especialidad. Sangre joven y apetitosa. Lo hace también yendo a zonas de chicas universitarias. En ocasiones reconoce a otros vampiros por allí.

»Va hasta el lugar adonde suele ir en uno de los últimos autobuses nocturnos, en los asientos del fondo, clavando una mirada desafiante a quien se acerca hasta él a unos asientos de distancia. Tal vez esa persona que le sostiene la mirada en el autobús sea la próxima en caer.

»En todo caso, Nemus paga el billete. Incluso puede que lleve un móvil en la mano último modelo, o un reloj de pulsera llamativo, o se escude tras la portada de una revista deportiva. Todas esas cosas seguro que le habrán pertenecido hasta hace poco a una de sus recientes víctimas no convertidas, ya me entiende. El caso es que todo es tan normal como si lo hiciese un chapero de verdad, un *ragazzo* de los de verdad, vivos.

Por eso le insistí a Sarah en que todo lo que me había contado hasta la fecha de extraordinario estaba muy bien, pero me temía que en *Factory*, aparte de las elucubraciones sobre Cristo y de las variedades de hechos vampíricos, sus esferas y sus jefes, preferirían darle a los lectores otro tipo de información, del estilo de si se lavan los dientes, si quitan con facilidad el cierre de los sostenes, si eligen la ropa que van a ponerse o si pueden ser esa compañía inquietante que te mira en el vagón vacío del último metro. También si se enamoran.

—El metro, el último recorrido, el convoy sin nadie, los pasos que resuenan por los pasillos, las miradas fijas desde el otro andén, las altas horas de la noche... Todo eso es el marco perfecto para un vampiro que ha salido a cazar en la ciudad, un buen lugar para un ataque. Y muchos ataques se llevan a cabo porque la víctima siente algo que la mayoría de la gente llama amor. Pero, para ser realistas, a estas alturas casi nadie se aventura en el metro de última hora hasta la estación de Cinecittá, aquí en Roma. Han pasado cosas raras por allí. La policía está mosqueada, piensa que hay un asesino suelto. Solo yo sé que se trata de un vampiro, ya sea Nemus, ya sea otro.

Ya he dicho en otra parte de este libro que los vampiros, por regla general, no salen todas las noches de su letargo. La cosa es así: pueden pasar temporadas sin despertar, pero cuando salen siempre están muy hambrientos o sedientos. Es entonces cuando se produce ese uso compartido de nuestra normalidad, se introducen en nuestros hábitos, y adquieren mucha, muchísima vulnerabilidad; tanta como peligro tienen. Van por las calles, ven la realidad que nosotros vemos, interactúan con las cosas y con nosotros mismos, pueden incluso hacer el amor antes de mordernos, o a la vez, y siempre con la cautela de evitar ser identificado por un cazavampiros.

Sobre las singularidades de la vida cotidiana de un vampiro, no todo está en nuestra cabeza, ni el universo vampírico se basa solo en conjeturas. Sarah me demostró que existen evidencias. Llegados a este punto, tomé las siguientes notas, que pintan el grado de interacción con nuestro mundo en algunos casos, y que también podría haber llamado «Consejos de Thea Nimkin sobre costumbres de vampiros»:

Transporte. Los vampiros utilizan los medios de transporte habituales, tales como autobuses, taxis, trenes, pero obviamente jamás se suben a un avión. Tienen especial predilección por los subterráneos, como el metro, ya que la

ausencia de luz solar les permite alargar sus periodos de actividad en los túneles y galerías. Se mezclan con los pasajeros. Su apariencia es la de un viajero más. En este sentido, solo suelen empezar a manifestar su naturaleza a medida que se acerca la hora de cerrar. Es cuando hay poca gente en las estaciones y los vagones van vaciándose de usuarios. En esos momentos, los rasgos identitarios del vampiro se intensifican, crecen notoriamente los colmillos y las uñas, se impregnan de su habitual olor fétido, cambia el color de sus pupilas, la presencia física se torna inmediata, alejándose y acercándose en décimas de segundo, incluso se trastoca su ingravidez (caminan por el techo y por las ventanas laterales dentro del vagón), indicios todos dirigidos a la parálisis hipnótica, por terror, de la víctima. La población de vagabundos que pernocta en el metro es la más diezmada, pero eso no trasciende a la opinión pública.

Trabajo. En puestos de trabajos nocturnos o guarecidos del sol (las minas, los cines, los altos hornos, las fábricas de coches, los servicios de limpieza de los aeropuertos y estaciones, entre otros) puede haber vampiros vestidos como cualquier empleado, dispuestos a vampirizar ocasionalmente a un operario o a un técnico durante largas temporadas, sin llegar a matarlos. Un buen compañero de trabajo no está libre de ser también un buen vampiro.

Ámbito social. Hay vivos que salen con vampiros o tienen relaciones sexuales normales con ellos. Son relaciones consentidas y asumidas, con un alto riesgo de que seamos convertidos o asesinados, en especial cuando se practica el sexo con ellos. Lo más frecuente, dada la fuerza pasional y erótica de la conversión en el ataque vampírico, es que los vivos terminen, tarde o temprano, pasando al otro lado.

Nutrición. En cuanto a esto, solo la sangre sirve como nutriente, todo tipo de sangre, humana y animal, en seres vivos o en bolsas de las reservas de sangre de los hospitales. Si alguien sospecha de que su compañero, o la persona que tiene cerca, es un vampiro, no tiene más que fijarse en si alguna vez lo ha visto comer o beber algo. En caso de que no lo hayan hecho jamás en su presencia, póngalo a prueba vertiendo un poco de sangre de cualquier tipo en algún recipiente, basta con unas gotitas. A la larga el vampiro no podrá resistir la tentación de bebérsela o chuparla. ¡Pero mucho cuidado!: se le despertará entonces un apetito furibundo y necesitará saciarlo a toda costa con sangre humana; no es recomendable estar cerca de él en ese momento.

Residencia. Siempre en sótanos, en tumbas de cementerios, en galerías de alcantarillado, en cuevas de parques públicos o de jardines privados, pero también en lugares ocultos y preservados de la luz diurna que se hallen cerca

de hospitales, de acuartelamientos militares, de residencias, de bares de carretera, de hoteles aislados, de casas abandonadas, de colegios mayores, de clubes de alterne. Y un largo etcétera.

Ropa. Llevan durante un tiempo la que tuvieron puesta cuando se produjo el hecho vampírico de su conversión, pero tienen una enorme facilidad para mimetizar la moda de su tiempo. Adoptan la ropa habitual de las épocas por las que sus vidas van transcurriendo. Siempre es ropa quitada a las víctimas o sustraída en las casas por las que deambulan aunque no lleguen a atacar a sus habitantes. Los vampiros pueden hacer eso: entrar en las casas sin que sus dueños se enteren de su presencia. Nunca achacarán a un vampiro la sustracción de pequeños objetos o de prendas de ropa con las que se encaprichan. Y si por un fatídico error alguien se encuentra con un vampiro en su casa, dos de cada tres veces el vampiro atacará con tal rapidez que las víctimas no llegarán a saber jamás qué les ha ocurrido. La ropa que lleva un vampiro puede ser discreta o muy llamativa, no importa; en ambos casos siempre le sentará como un guante. Hay una elegancia intrínseca en el vampiro.

Comunicaciones. Las pruebas han confirmado que utilizan los avances técnicos de su tiempo histórico para lograr sus fines. Hoy en día el teléfono fijo les permite comunicarse con las personas que eligen en «adopción», como Nemus con Sarah, pero también el móvil. Lo utilizan para llamar, pero no reciben llamadas. Nadie tiene el teléfono de un vampiro. A lo sumo, si alguien recibe una llamada de un vampiro desde un móvil, no es aconsejable dejar grabado el número y devolver la llamada. Puede que sea la última de su vida.

Mascotas. Hubo casos de vampiros que actuaban acompañados de algún animal muy querido que les hacía de mascota; el propio vampiro convertía a su mascota viva en mascota no-muerta. Es este un gesto doloroso, y repugnante también, para el vampiro, quien suele beber la sangre animal solo en caso de extrema necesidad de supervivencia. Les disgusta en grado sumo.

Urbanidad. Son descuidados y sucios, aunque solo en privado. En público son como uno más de entre nosotros. Pero ¡ojo!, solo el olor intenso y desagradable los distingue. Cuando están succionando sangre pueden llegar a ser asquerosos, brutalmente asquerosos, como los vampiros de Detroit que describí en otra parte del libro.

En suma, a la luz de todo esto concluí que llevan una vida aparentemente corriente, pero con bastantes limitaciones, las necesarias para preservar su seguridad y garantizar su subsistencia en materia de sangre. A mi juicio, pese a las insalvables

diferencias, los vampiros están demasiado cerca de nosotros. En exceso.

21. LA LLAMADA FÚNEBRE

Sarah hace a veces preguntas incómodas pero directas, como un duro fiscal de una buena serie de televisión.

—¿Qué es lo más aterrador que le puede haber pasado en la vida, Thea? ¿Un hecho provocado por otros, un encuentro violento, un terrible accidente náutico, un incendio en un avión?

Me pongo a pensar. Lo peor de mi vida fue la muerte de mi hermano, pero prefiero no hablar de eso. No en este reportaje, al menos. Me juré a mí misma en Nueva York: «Nada de cuestiones personales». Pero a veces Sarah, cuando me deja sola, me hace pensar, me retuerce el pensamiento como una de las entrenadoras de baloncesto que tuve en la Universidad, la más sutil de todas, la que más te destrozaba.

—No recuerdo nada demasiado aterrador —contesté.

Sarah, en cambio, sí recordaba algo aterrador. Creo que me hizo esas preguntas para poder hablar de ella misma. Por eso supe que lo más terrible que le pasó a Sarah, curiosamente, no ocurrió en Roma, sino en Londres, y aunque yo no quisiera oírlo me lo iba a contar de todos modos. Ya no era una jovencita en aquel momento. Fue en 1994.

El asunto surgió como consecuencia de mi interés por si existía algún modo de convocar a un vampiro.

—¿Se les puede llamar para que acudan?

—Por desgracia, sí. Pero una sola vez.

La conclusión es que Sarah lo hizo, pero llamó al vampiro equivocado.

En realidad, era algo nuevo para ella. Estaba acostumbrada a ver a Nemus de vez en cuando, claro, pero Sarah nunca lo llamaba, sino que él siempre se presentaba de improviso (pocas veces) o la avisaba por medio del teléfono para verse, como si, previniéndola de ese modo, no quisiera sorprenderla y mucho menos asustarla. Nemus acordaba una cita en lugares dispersos de Roma y pasaban toda la noche juntos, pero a veces transcurrían meses entre un encuentro y otro.

Por lo que nunca había pasado Sarah era por el ritual de convocación para llamar a un vampiro. Nunca lo intentó porque Nemus la advertía de que se trataba de algo muy peligroso. La llamada tenía un irresistible efecto de atracción. Se abría una senda inexplorada. Además, él no podía enseñársela: tenía que acudir a otro vampiro, o mejor dicho, a un *determinado* vampiro.

Esa «llamada» sirve como reclamo para ellos, una manera de invitarse mutuamente a morder si hay una víctima para compartir. Es la frase que usan en sus ataques.

Es un grave error invocar con frivolidad, y la mayoría de las personas que lo han hecho han acabado sucumbiendo definitivamente. Para otros es un «juego»

arriesgado, una especie de ruleta rusa.

El rito de llamada es, en apariencia, sencillo y no consiste más que en decir las mismas palabras que, como un conjuro, los vampiros pronuncian al morder.

Las mismas palabras que sirven para llamar a un vampiro, sirven para alejarlo para siempre, si se pronuncian en su presencia. Si no, acosará toda la vida a la víctima que lo llamó hasta poseerla.

Pero el problema terrible es que quien las pronuncia las olvida al mismo tiempo que salen de su boca.

—La convocatoria —dijo Sarah— es mediante la conocida (y temida) *llamada fúnebre*, pero para ello es fundamental que haya un chupasangres despierto y fresco cerca. Es una oración maldita. No es nada fácil de pronunciar, no son palabras que formen parte de ningún idioma.

Entonces, Sarah añadió:

—Para conocerlas y poder decirlas, solo un vampiro en concreto podía dictármelas. Un vampiro que estaba muy lejos de allí. En Londres.

—Entonces, Sarah, ¿decidió usted ir a Londres?

—Sí, lo hice esa vez. No me llevó ni dos minutos decidirme. ¡Cómo iba a desconocer la *llamada fúnebre*, sobre todo después de haber llegado hasta donde había llegado en el conocimiento de los vampiros! No sé, lo vi como mi deber, aunque arriesgase la vida. No lo volveré a repetir.

Ante su insistencia, Nemus le habló a Sarah del vampiro en cuestión: uno llamado Nelson Clarke. Le dijo que se encontraba enterrado en algún lugar de la iglesia de St. Martin-in-the-Fields. Clarke era el reviniente que poseía aquellas palabras. Sarah tendría que ir hasta el lugar de Londres donde su cuerpo estaba enterrado, si quería conocerlas.

Mientras Sarah me contaba aquello, me puse en su piel y noté que todo mi cuerpo era sacudido por un escalofrío.

Nelson Clarke vivía como un rico terrateniente de Lancashire cuando fue vampirizado en 1780 por su hermana Elisabeth la noche siguiente de su boda con el Conde de Breighley. Elisabeth mantenía una relación incestuosa con su hermano y la boda con el Conde fue un imperativo familiar para ennoblecer la descendencia. En su desesperación, la novia había conseguido que una *troupe* de gitanos ambulante, a los que, por cierto, nadie más vio por la región, le pasara el conjuro para convocar a los vampiros. Tal vez fuera cierto o tal vez no, pero lo que ocurrió es que un vampiro se presentó ante Elisabeth y la convirtió.

Era lo que ella deseaba, pero solo coronaría sus intenciones si podía vampirizar a su hermano y amante. Lo logró la noche del 15 de septiembre de aquel año. Se les enterró, como a otros nobles, en la cripta de St. Martin-in-the-Fields. En esa misma cripta estaba enterrado el pintor Hogarth, de quien Clarke había llegado a ser buen

amigo, incluso hizo de modelo para un retrato. Elisabeth fue desintegrada por un cazavampiros en 1940. El secreto de la *llamada fúnebre* pasó entonces a su hermano, cuyo lugar de letargo Sarah se dispuso a profanar.

22. LA CRIPTA DEL CUADRO DEL MURCIÉLAGO

La iglesia de St. Martin-in-the-Fields está en un extremo de Trafalgar Square; la única torre que alzó Gibbs, su arquitecto, se erigía en la parte central como una aguja. Como una estaca, pensó Sarah al verla. Se diría incuestionablemente robusta. En el atrio de altas columnas había unos peldaños que iban de menos a más, para superar la pequeña pendiente. Los portones rojizos con rectángulos hendidos estaban cerrados, pero por uno de ellos había una portezuela abierta.

En la breve escalinata vio sentados a tres mendigos que acudían a por su ración de sopa caliente; uno de ellos tenía un notorio eccema escamoso en la mejilla, otro era muy enjuto y muy moreno de piel, como sidoso, y el tercero manifestaba síntomas de flacura de yonqui. Los tres llevaban cubierto su cuello con pañuelos. Se pasaban mutuamente una botella envuelta en una grasienta bolsa de papel marrón; sus movimientos eran lentos; no se miraban entre sí. Los tres llevaban gafas de sol, lo que era demasiado llamativo.

A Sarah, en un momento dado, le pareció que más bien vigilaban la portezuela de entrada. Cuando llegó hasta allí, uno de los tres mendigos se le adelantó para entrar, hasta el punto de que casi le hizo perder el equilibrio. Luego penetró por la portezuela antes que ella. Parecía querer precederla a propósito.

En los planos originales de James Gibbs de 1725 se dibujan muchas y misteriosas galerías subterráneas que, una vez construidas, se destinaron a diversos cometidos: unas para guardar objetos y personas, y otras para huir o enterrar cadáveres de muertes sustraídas a la justicia, es decir, asesinatos.

Algunas de esas galerías se emplearon, erróneamente, para cimentar el edificio. Pero se hundían con facilidad. Aquello era un queso gruyer. Luego, a las galerías ya existentes se sumaron otras mayores. Y estas, con el correr de los siglos, acabaron siendo útiles para el metro de los años veinte.

Otras más pertenecían a las que habían hecho las internas de un convento-prisión contiguo, derruido en 1726, el mismo año de la edificación de la iglesia. Las presas tal vez las emplearan para huir o tal vez para turbios secretos que disparan la imaginación, como misas negras y rituales sectarios. Por qué no vampíricos.

Otras galerías se cegaron.

Hay leyendas de lo más increíble acerca del laberinto de túneles que existe en el subsuelo de Trafalgar Square y que ya no conoce casi nadie. Todavía durante los bombardeos de 1940 la cripta se utilizó como refugio. En esa época se descubrieron muchos de los túneles. En la mayoría había restos humanos.

Sarah hizo lo mismo que el mendigo había hecho: entró en el templo por la portezuela para echar un vistazo en su interior y tratar de hallar alguna doble puerta o alguna abertura no explorada. Su objetivo era llegar a la cripta o descubrir un camino

paralelo a la red de túneles.

Las dos antepuertas laterales daban a sendos lampararios con pocas velas encendidas. Las paredes estaban bastante desnudas y lucían muy pocos cuadros. Era una iglesia pobre en ornamentos. Le sorprendió a Sarah lo reducida que era la nave central, pero imponía la gran vidriera luminosa del fondo. El techo en azul se jalonaba en lo alto por unos ventanales con barrotes, vestigios del lugar secreto que fue un tiempo.

En la nave central había dos hileras de bancos, en los que únicamente vio a una anciana sentada en las primeras filas. Ni rastro del mendigo; se había evaporado.

Pero Sarah lo había visto entrar, de eso no cabía la menor duda, tendría que estar por allí, en alguna parte. Recorrió el templo con la mirada; luego avanzó por las arcadas laterales de la izquierda. Todo era nuevo, de los años cuarenta a lo sumo, reconstruido tras el incendio que hubo durante los bombardeos de la guerra, salvo la parte del altar, más antigua. A un lado estaba la entrada a la sacristía, de donde salía el eco de voces masculinas y femeninas, entre risas. No vio por ninguna parte el acceso a la conocida cripta donde reposa William Hogarth. ¿Entonces Clarke? ¿Iba Sarah a dar por perdido el viaje?

Al otro lado del altar, muy escorado y casi detrás de una escueta tribuna, vio un enorme cuadro cuya altura se perdía hacia arriba en la penumbra. Representaba una escena en la que un joven guerrero con armadura brillante y aura de santidad, en actitud de victoria, atravesaba con una lanza la testuz de una especie de dragón, pero a decir verdad, cuando Sarah se acercó más, vio que se trataba de un murciélago gigante.

Sarah pensó que el pintor de aquel cuadro no debía de ser muy bueno porque pretendía representar a San Jorge matando al dragón, pero el único referente que tenía el artista era ese gran quiróptero gigantesco. Estaba con las fauces abiertas y la lanza, clavada en la mandíbula superior, sobresalía por la boca.

Había llegado hasta la zona del cuadro sin ser vista por nadie, ni tampoco ella había visto a nadie, salvo a la anciana que más bien parecía dormida en el banco. ¿Otra vigilante camuflada?, se cuestionó.

Pudo ver que a los pies del cuadro de San Jorge y del gran murciélago había una losa de mármol alargada como una lápida con unos rebordes metálicos, diferente del resto de las losas; en ella había esculpido un solitario círculo negro con un enigmático tres en su interior:

(3)

Y debajo un nombre apenas legible de lo desgastada que estaba la lápida:

Passganus

Sarah entendió enseguida que se trataba de Pasgán, el nombre del jefe vampiro de la Tercera Esfera, y se preguntó a quién creerían los demás que correspondía ese nombre, o esa palabra misteriosa. ¿Lo verían como un latinajo mortuario? Sarah comprendió también el mensaje de Nemus: Clarke era un vampiro importante. Si es que aún vivía como tal.

Pensó que aquella podría ser perfectamente la entrada a una de las criptas de St. Martin. Sin embargo, no tenía ninguna argolla para levantarla ni ningún otro resorte para tirar de él. Y si se trataba de algún mecanismo que la abriera lateralmente, como una trampilla, era evidente que no estaba a la vista.

Rodeó la losa. Cada vez se le hacía más obvio que aquella era la entrada a un sótano o algo parecido. Sarah intuía que por ahí se había metido el mendigo que buscaba.

Uno de los bordes metálicos de la losa estaba pegado casi a dos palmos de la pared, a los pies del cuadro del murciélago. Sarah se situó como pudo sobre ese pequeño espacio que quedaba libre. A continuación, pasó primero la mano por el lienzo, que estaba blando y no oponía resistencia en la parte hueca del bastidor. Luego palpó el marco hasta donde le alcanzaba el brazo. Nada se movía.

Pero de pronto, inesperadamente, en la parte inferior, donde estaba la inscripción con el nombre del cuadro (*San Jorge y el Maligno*, Anónimo, siglo XVIII), algo cedió, metiéndose para dentro, como si apretara un botón. Se oyó un leve ruido bajo sus pies; la losa había liberado un cierre y se había entreabierto.

Entonces ascendió desde la sima de la cripta un bisbiseo, el rumor de unas palabras pronunciadas en voz muy baja. Sarah oyó ese bisbiseo creciente y se aturdió. La cabeza le daba vueltas y creyó que se desplomaría. Tuvo de pronto una agudísima sensación de pánico que la espabiló. No estaba Nemus para ayudarla. Se sobrepuso como pudo.

Entonces percibió a sus espaldas una ráfaga de esas sílabas dichas muy enredadamente. Se dio la vuelta y no había nadie. Pero el bisbiseo seguía en sus oídos.

Aunque bien notaba que lo oía detrás de ella, el sonido de aquella oración procedía de abajo. Creía Sarah que había vuelto a abrir una puerta hipofónica. O una cosa peor.

Cuando reaccionó, todo encajaba. Fue consciente de que estaba ante algo excepcional y aberrante. Veía a sus pies el túnel de la cripta y unos escalones que conducían hasta el interior de donde llegaba la voz susurrada.

En lo hondo solo alcanzó a ver el brillo de dos ojos llameantes. ¿De quién, del

vagabundo, de un animal, un animal enorme?

Sarah tenía un oído muy fino, acostumbrado a escrutar las ondas del vacío sideral durante años. Por eso no tuvo ninguna duda de que aquella voz, rota y gutural como la de Nemus, era una súplica para que bajara.

Empezó a sentirse atrapada, como si el eterno habitante de aquel lugar deseara un encuentro. Sarah no dudó en descender. Sabía que desafiaba algo dentro de sí, pero no pudo evitarlo.

La oscuridad se volvió inestable, móvil. Encendió su linterna. Al abrirse la claridad, vio tierra removida en el piso y al mendigo en el suelo; pero no parecía muerto, como Sarah creyó en un primer momento, sino tal vez dormido o inconsciente. Cuando se agachó a socorrerlo, le gruñó como si estuviese durmiendo una borrachera. Entonces creció el bisbiseo, y distinguió claramente las palabras, incomprensibles para ella, de aquella frase. Era la *llamada fúnebre*.

La oía, pero no podía retenerla en su cabeza. Sabía que la entendía, pero su memoria la repelía. Solo podía librarse del efecto vampírico si alcanzaba a repetirla una sola vez. Con ello, rebotaría, por así decir, en el vampiro y ella se salvaría.

Por el rabillo del ojo creyó intuir el paso fugaz de una sombra. Sarah fue plenamente consciente de que, de entre las sombras que la rodeaban, saldría de un momento a otro el vampiro Nelson Clarke, hambriento y sin control. Se dio cuenta de que no había muchas escapatorias de aquel lugar, y menos si la entrada se cerraba sobre su cabeza.

Recorrió con la mirada el perímetro de la cripta, o tumba más bien, y cuando de pronto el haz de la luz fue a toparse con una figura de la que solo ella llegó a ver su cara cubierta de sangre, las pilas de la linterna se agotaron. Sarah lanzó un grito y subió a escape por los escalones al mismo tiempo que la losa cedía.

Entonces sus labios pronunciaron la oración o murmullo. Las palabras salieron por su boca involuntariamente, pero no se quedaron en su mente. De nuevo, como las había recordado, las había vuelto a olvidar.

¿Qué conjuro u oración o frase arcaica de un idioma tan viejo como el mundo, tan lejano como lejana sería la mujer que dio forma al mito de Lilith, sería aquel?

Una vez arriba, desde la boca de la cripta volvió a oír el escalofriante bisbiseo. Caía de arriba la claridad gris de la iglesia. Abajo no se movía nada. El cuerpo del mendigo ya no estaba en donde Sarah lo dejó echado.

—Pasé mucho tiempo tratando de volver a recordar aquellas sílabas. Tenían que estar en alguna parte de mi cerebro. Era cuestión de dejar que afloraran al hemisferio del recuerdo. Hice todo lo posible por retenerlas, todo. Pero el caso es que no he conseguido recordarlas en todos estos años. Ni he sido capaz de rogarle a Nemus que me las recuerde. De todos modos, él no podría aunque quisiera. Son sus leyes vampíricas, supongo.

Por mi parte he de confesar que, pese a lo horripilante de la experiencia de Sarah, me moría de ganas por preguntarle si Nelson Clarke tomaba *cabs* para ir de un lado a otro por el Londres nocturno; o si se subía a uno de esos autobuses rojos de dos pisos que fascinan a los turistas. ¡La carne nueva de los turistas incautos! Cuando lo hice, Sarah me respondió que los utilizaría como todos, unas veces sí y otras veces no. Sin duda había conocido el Londres de Jack el Destripador y el Londres de Churchill y el de Margaret Thatcher y el de Lady Di, y en todos los momentos de la ciudad, desde aquel lejano —pero presente para él— 1780, Clarke supo cómo moverse por ella sin levantar la sospecha de que era Pasgán, siempre al acecho de la mejor víctima. O en espera de recibir la llamada.

23. CUERPO DE VAMPIRO

¿Cómo será Nemus físicamente? ¿Cambia su cuerpo, sufre alteraciones en sus ataques? Siempre he pensado que lo más impresionante de un vampiro tendría que ser la adaptación corporal a su única función y a sus instintos. Quizá sea verdad, como todo el mundo cree, que sus sentidos se agudizan de manera extraordinaria. Un vampiro, en cierto modo, aun siendo humano, no lo olvidemos, posee como no-muerto una hiperdesarrollada sensibilidad animal. Quizá esta sea la causa de que muchos, sin demasiado conocimiento sobre los vampiros, los deshumanicen a la primera.

Al hablar de vampiros no se puede hablar de almas, solo de cuerpos. Además, estoy segura de que esta es la historia que de verdad interesa a la gente.

Con la excusa de ver expresadas sus fantasías y plasmados sus sueños, Sarah le pidió al dibujante Giulio Macossi, bastante famoso en Italia, que le trasladara al papel las imágenes tal como ella se las iba contando. Macossi solía hacer cómics (fue ayudante de Hugo Pratt durante un tiempo) y también trabajaba para el cine. Sarah le describió el cuerpo de Nemus y sus transformaciones, de algunas de las cuales ella misma había sido testigo directo. Consideró que debía enseñármelos.

—¿Por qué dibujos? ¿Por qué no trató de fotografiarlo? —le pregunté—. Habría sido más directo, una prueba irrefutable.

—¿Quién lo creería, Thea? Dirían que se trataba de un modelo o un truco. De todos modos lo intenté —dijo Sarah—, incluso Nemus se prestó una vez a ello, pero nunca salió nada en el revelado. Tampoco dio resultado con una cámara digital.

Al tratar de ver las fotos digitales en el ordenador, Sarah comprobó que los píxeles convertían la forma de Nemus en un gran aura de colores fríos, grises y azules, como cuando se pasa un escáner térmico y se detecta la ausencia de vida.

Así pues, gracias a Macossi y sus dibujos vi el cuerpo de Nemus. Algunos eran solo esbozos, más o menos detallados, de partes de su cuerpo. Otros eran dibujos hiperrealistas, casi fotográficos. Me acerqué a lo que en realidad todo el mundo quiere saber de un vampiro y no se atreve a preguntar: ¿cómo es su cuerpo?

Mientras los tenía delante, me preguntaba si Sarah me los acabaría prestando para ilustrar el reportaje de *Factory*. Sería de veras una bomba. Pero su respuesta, como bien me esperaba en el fondo, fue tajante:

—¡Ni lo sueñe, Thea! Ni por todo el oro del mundo lo traicionaría así.

Me cerró la boca. Por eso no insistí, sería una guerra perdida. No era mi intención enfadarla. Además, comprendía sus motivos. Sarah, a medida que la iba conociendo, tenía esa clase de integridad que le impide traspasar determinadas fronteras. Y Nemus era su cerrado país privado.

Sobre vampiros, tenemos demasiadas imágenes dentro, bastante intoxicadas por

las exageraciones cinematográficas o televisivas. No logramos desprendernos del cliché y figurarnos algo diferente dentro de la normalidad.

Los dibujos que Macossi hizo de Nemus eran unos treinta. Sarah los había clasificado por partes corporales concretas, las significativas de todo vampiro. Eran estas:

Ojos. Los ojos de Nemus se dilatan, las pupilas se enrojecen, pero tienen una increíble mezcla de salvajismo y melancolía. Son los ojos de un monstruo que pide ser amado. Al verlos, sabiendo como sabía que no era más que un dibujo aproximativo, comprendí la atracción que Sarah debía de sentir por «su» vampiro. Era *deseable*. Los iris son de granate oscuro y las córneas de un tono amarillento. Las cuencas de los ojos se somborean hasta hacerse profundas. Eso es lo que le da ese aire tan siniestro y paralizador. Una combinación de colores así los vuelve llameantes. Sarah me advirtió de que si se mira a esos ojos detenidamente, se acaba percibiendo una imposibilidad de mantener la mirada, ya que el rojo de la pupila, incluso cuando es leve, se vuelve insoportable. Sostener la mirada a un vampiro es como sostenerla sin protección ante un eclipse: acaba produciendo una quemadura irreparable de córnea, incluso se dan casos de desprendimiento de retina (¡si se sobrevive a su ataque, claro!), de ahí la fotopsia o sensación destellante que ocasionan. ¿Sería esta la razón por la que Sarah utilizaba gafas oscuras la mayor parte del tiempo?

Tórax y espalda. Algunos de los dibujos de Nemus parecen los de un cuerpo obeso; en otros, en cambio, el tórax y la espalda de Nemus se han musculado y torneado, son ahora los de un atleta; comparando ambos dibujos, nadie diría que pertenecen a la misma persona en dos fases distintas de una metamorfosis, salvo por el parecido de los rostros. Por otra parte, la columna vertebral se arquea y adopta una forma curva, de espinazo descomunal, para facilitar el alargamiento del cuello y su movilidad en varias direcciones. Eso flexibiliza la mordedura en cualquier parte del cuerpo de la víctima, en la ingle o a la altura del vientre.

Complexión. La transición que se da en un vampiro Macossi la plasmó en un tríptico que recoge los tres niveles sucesivos de un ataque y la posterior succión de sangre: primero, flacura o extrema flacura de Nemus, rostro melancólico. Segundo, hinchazón desmesurada, hasta ser una especie de amorfo, rostro ausente y colmado. Tercero, musculación y potencia estilizadas, rostro malévolo e inquietante.

Encías y dientes. Aquí Macossi se detuvo con detalle. Las encías del vampiro se transforman hasta extremos inimaginables para dar cabida a las modificaciones que experimenta la singular arma de la que dispone: su fortísima y letal dentadura. Los caninos, popularmente conocidos como colmillos, crecen, ya se ha dicho. Pero también aumentan sus características otros dientes, como los incisivos, que afilan más sus bordes para favorecer el corte de la carne, o los trituradores molares, que se vuelven verdaderas mazas. Hay, como hemos visto en otra ocasión, colmillos bifurcados, los de los vampiros *fangs* de Detroit, doblemente dañinos. En realidad, todos los dientes se agudizan, pero en la mitología vampírica solo se habla de los caninos hechos colmillos.

Extremidades. Se alargan y agilizan. Pueden parecer más altos, así como abarcar mayor perímetro con sus brazos. Quizá por eso, en las imágenes irreales, se tiende a imaginar al vampiro con una capa enorme, reminiscencia de las alas del murciélago, también envolventes.

Manos. Los dedos de Nemus se tornan el doble de largos y se agudizan hasta hacerse ganchudos. En ocasiones parecen prótesis. Duros como el metal, terminan en unas prolongadas y filudas uñas, con las que los vampiros suelen ayudarse para agrandar la herida.

Hasta aquí los dibujos.

El caso Greer

Para mi sorpresa, comprobé más tarde por casualidad, cuando preparaba mis notas ya en Nueva York de regreso de mi estancia romana en casa de Sarah, que muchos de esos rasgos con los que Macossi retrató a Nemus figuraban en parte de la documentación del PYP a la que tuve acceso.

Se trata de una ficha redactada por un evaluador de admisiones en la NASA acerca de un tal Michael Greer, cuya obsesión (con aptitudes, no cabía duda) era ser astronauta. Greer hizo las pruebas del curso preparatorio, aunque no logró el ingreso entre los elegidos. Desapareció en Miami, donde se llevaba a cabo el curso, en 2001. Había aprobado los primeros test, y empezaba a dar los pasos necesarios cuando, de pronto, poco después de la descripción del evaluador, se evaporó en la nada. No hubo manera de dar con él.

Transcribo algunos pasajes de esa ficha, firmada por un nombre ilegible de apellido Smith:

Michael W. Greer (Utah, edad, fecha de nacimiento y localidad natal tachadas).

PESO: tachado.

ESTATURA: tachada.

NUMERO DE LA SEGURIDAD SOCIAL: tachado.

OBJETO: aspirante a ingreso.

CALIFICACIÓN ACADÉMICA: no evaluable aquí / titulación universitaria requerida OK.

RANGO MILITAR: West Point, oficial de primera, no alcanzado nivel de teniente.

CONDICIONES PERSONALES CIRCUNSTANCIALES: aduce razones personales para acudir a los test preparatorios vespertinos.

ALEGACIONES: M. G. posee un físico portentoso. Alto y atlético, fibroso y ágil. Largas extremidades superiores e inferiores. Deportista. Mandíbula prominente con una dentadura completa y notoriamente desarrollada.

RASGO DIFERENCIAL 1: en ocasiones se presenta extremadamente hinchado. Desproporcionadas alteraciones de peso. Posibles síntomas de medicación por cortisona. Sus ojos, en ese estado, se le salen de las órbitas. Averiguar si responde a alguna medicación por enfermedad desconocida o concreta. Averiguar historial médico.

RASGO DIFERENCIAL 2: siempre acude a los cursos con las manos enguantadas, y renuncia con vehemencia a quitarse los guantes. Los guantes no son normales, parecen hechos a medida. Tal vez oculten quemaduras o deformaciones congénitas. Apercebido de que ello en sí es motivo de inadmisión, Greer insiste en continuar con ellos.

RASGO DIFERENCIAL 3: su cuerpo emite un extraño brillo fosfórico de tono amarillento, aunque no de manera permanente, lo que vuelve a hacer precisa la averiguación sobre una medicación no declarada.

OBSERVACIONES FINALES: desagradable olor corporal sin exceso de sudoración.

EVALUACIÓN PARA INSCRIPCIÓN EN INGRESO: rechazado.

APELACIÓN: no ha lugar.

FIRMADO: (...) Smith.

Era obvio que aquel individuo era un vampiro o se había convertido en tal en el proceso mismo de su inscripción en la NASA. Si no, ¿por qué había interesado esta ficha de rechazo a un funcionario del PYP del Pentágono? Le había llamado la atención aquella ficha porque en ella se describen rasgos susceptibles de ser característicos de un vampiro. Rasgos, en resumen, similares a los del cuerpo de Nemus.

¿Seguirá viviendo Smith entre los humanos vivos, o será también vampiro? ¿Tal vez volvió a ver a aquel tipo llamado Greer? ¿Quizá Greer lo buscó a él? Son preguntas que ya no podía eludir ni dejar de hacerme.

Pero volvamos al día en que vi los dibujos.

—Sarah, ¿alguna vez lo vio desnudo?

—¿A Nemus?

Asentí. Era obvio que me refería a él, pero así Sarah ganaba unos segundos para pensar.

—Sí. Varias veces se me mostró desnudo.

—No encuentro entre los dibujos de Macossi ninguno así. —Era curiosidad de chica—. ¿Los tiene aparte?

—No, de eso no hablé con el dibujante. He preferido siempre mantener la imagen de Nemus desnudo en mi cabeza. Así la veo cuando quiero.

Pero Sarah no me dijo lo que ella y yo sabíamos como mujeres, es decir, que ella lo deseaba, pero que él le impidió ir más allá. Hubo momentos en que se sintió una mujer y una madre a la vez, ofreciendo su cuerpo y sus venas a la boca inocente y salvaje de Nemus. No quise preguntarle más al respecto, tal vez la hiriera, pero no me resistí a la última cuestión.

—¿Y cómo era su cuerpo?

—Era bello. Tenía cicatrices. Era joven. Lo es aún.

24. ¿DÓNDE DUERMEN Y POR QUÉ HUYEN DE LA LUZ?

Nidos

Ni que decir tiene que el paradero de los vampiros es siempre enigmático. Su secreto mejor guardado, por así decir, es dónde pasan las horas de luz, ya que, de conocerse el lugar donde hacen su letargo, serían presa fácil de los cazavampiros que proliferan por ahí, unos a sueldo de instituciones supranacionales, como en el caso de la Iglesia católica, y otros de gobiernos concretos, como el estadounidense, que los financia con el fin de aportar algún tipo de conocimiento. También existen cazavampiros particulares, mezcla de cazadores de fieras y de servidores públicos. Son personas diametralmente opuestas a lo que pueden representar Sarah Rubin y su círculo, protectores de vampiros a su manera. Pero de los cazavampiros me ocuparé más adelante.

Por tanto: ¿dónde vive un vampiro? Tengo la sensación de que, así planteada, la pregunta es equívoca. Quiero decir en realidad dónde no-vive un vampiro, dónde realiza su letargo diurno, si por letargo entendemos «suspensión de vida y de actividad». ¿Lo hacen en tumbas durante el día, ya que es el lugar donde más comúnmente se puede tener apariencia de cadáver? ¿De lo que se deduce que solo viven donde hay tumbas, esto es, en los cementerios?

No necesariamente.

Ya vimos que Nemus estuvo durante muchos años, casi siglos, en el sarcófago bizantino de los Farnesio, cuya última ubicación era el sótano de un anticuario, antes de que Sarah lo despachara al extravagante museo de una amiga suya en Jafo, en las proximidades de Tel Aviv. Pero desde que se manifestó a Sarah, cambió de lugar para sus ausencias diurnas.

¿Dónde se había alojado Nemus desde entonces? Sarah lo sabía, pero no quiso decírmelo. Primero me remitió a una cripta secreta y recóndita en el jardín de los Farnesio. Luego me dijo que Nemus cambió de nido y que podía estar en algún ámbito húmedo, cerca del Tíber, en el alcantarillado, no muy lejos de la Tiburtina. ¿Me estaba dando una pista? Tal vez. La verdad es que Sarah nunca me señaló el lugar exacto.

Aunque me inclino a pensar que Nemus se guardaba esta carta por algún instinto atávico, uno de esos instintos reflejos de miles de años que hacen que ningún vampiro, jamás, revele el lugar donde descansa.

Pero Roma, como cualquier gran ciudad del mundo, está llena de vampiros, colonias enteras de vampiros que habitan, además de cementerios, sitios oscuros,

sótanos de vetustos palacios con cementerios privados, tumbas bajo losas que se creen nunca removidas, fosas perdidas en la noche de los siglos, dobles paredes, tumbas en capillas esquinadas al fondo de sacristías y otros espacios similares.

Y una cuestión importante: no hay que descartar los nuevos lugares en que se han transformado los viejos. Así, nidos de vampiros podrían ser también, de modo natural, los más recónditos recovecos de un parking (muchos de los vampiros *fangs* de Detroit estaban enterrados en la planta menos cinco de un parking), o de unos grandes almacenes, o de un bloque de oficinas, edificaciones construidas sobre los cimientos no removidos de viejos inmuebles ruinosos. Sin dejar de lado los pasadizos del metro, ni los túneles de las cloacas (Nancy O'Neill, de San Francisco, tenía en un aliviadero de aguas residuales su nido), ni los olvidados cuartos trasteros de los teatros o de los museos, ni los muchos, ¡muchísimos!, jardines públicos o privados donde poder enterrar un cuerpo de manera muy disimulada.

La tesis de Sarah, bastante lógica, es que en cualquier espacio donde quepa un cuerpo no-muerto, pero enjuto y aplastado hasta ser un pellejo, allí reposa un vampiro en ciernes. De noche, se transformará en un cuerpo vivo en su apariencia. Y habrá llegado hasta ese lugar solo o con la ayuda de otros semi-vampirizados. Lo que no puede faltar es un puñado —ciertamente bastaría con una pizca— de tierra.

—Este asunto de la tierra he de decir que no es menor —me explicó Sarah como una maestra a su alumna.

La principal condición del letargo es que sea un estado fronterizo con la muerte, pero sin llegar a *pasar al otro lado*. Para ello es básico que exista esa frontera física. Y lo único que la representa y simboliza es la tierra pútrida donde se descomponen los cadáveres, porque es de la tierra de donde venimos y adonde vamos. Todas las culturas lo tienen como mito fundacional, y en esto no se distancian de las versiones más científicas. El sueño del vampiro solo se produce si se da en ese tipo de hábitat terroso.

Es necesario, por consiguiente, que en el lugar del letargo exista cierto contacto, aunque sea mínimo, con la tierra del sitio donde fue convertido en vampiro. Sin esta presencia catalizadora muchos vampiros no alcanzarían jamás a sobrevivir, ni siquiera a despertar del letargo; entrarían en un estado de ausencia de *ruaj* (sangre) que les llevaría a la desintegración. Suele valer con un puñado de esa tierra. O, como he dicho, con una simple pizca.

Nocturnidad

Al hablar del lugar del letargo diurno, he de referirme ahora al hecho que lleva parejo: la nocturnidad.

¿Solamente salen por las noches de sus tumbas, sea donde sea el lugar en que estas estén ubicadas? ¿En qué consiste y qué gravedad encierra la fotofobia

vampírica?

Sarah me enseñó a definir la noche en su doble vertiente: como lapso temporal y también como un territorio mental. Esta es la clave para entender el vampirismo: qué es la noche y qué puertas cerradas y secretas abre en el ser humano.

Respecto al tiempo (ausencia de sol entre su puesta y su salida), está clara su demarcación. En cuanto al territorio psíquico o mental, hay que apelar a la mística de lo negro, la creencia en el otro lado de las cosas, cuyo escenario es inevitablemente oscuro y misterioso. ¿No decían los místicos que hay una noche del alma? Pues de ese mismo modo hay una mística del vampiro. Y la mística del vampiro, como la de los grandes santones de cualquier religión, tiene mucho que ver con el deseo oculto que busca satisfacción y con el placer del vampiro, y viceversa.

En el acto del mordisco y de la succión de la sangre ya vimos que se despierta un agudo sentido erótico-sexual en doble dirección: en el vampiro y en su víctima. La noche ampara esa búsqueda irrefrenable de deseo desde la perspectiva saturnal, demoníaca, pero sobre todo extraña, perversa y desinhibida. La noche y el subconsciente tienen también, en el psicoanálisis, la otra cara de la noche y la vigilia. La noche es sueño, pero también la noche es la vida de los sueños. En este segundo plano se desarrolla el vampirismo.

Vivir la noche es sobrepasar el límite de los sueños para adentrarse, conscientemente, en ellos. El vampiro es el artífice que lo posibilita, ya que, al no poder vivir el día, es el único y absoluto Señor de la Noche: su dueño.

La víctima halla en el vampiro un poseedor y una posesión a la vez, alguien a quien servir y alguien que le entrega con sus colmillos en cualquier parte del cuerpo un anhelado placer: alguien, en todo caso, que *te vacía*.

Por eso la luz solar es la primera enemiga del vampiro.

Y quizá sea así desde el origen, cuando la mujer-vampiro que simboliza Lilith fue condenada a vagar por las sombras y a beber sangre.

Sarah me lo explicó muy gráficamente:

—La luz del sol destruye al vampiro. Ante los rayos solares entra en combustión y, al llegar a cierta temperatura de ignición, explota en miles de pedazos amorfos que enseguida se convierten en cenizas.

Pero conviene aclarar aquí que no siempre es como dice el tópico. Existen vampiros, en especial los de la Segunda Esfera o de Patel —a la que pertenece Nemus—, aunque también los de otras esferas, que pueden controlar a voluntad la fotofobia y la fotolisis, y así manifestarse de día si lo desean. Sin embargo, han de asumir que con ello tientan a la suerte, ya que solo pueden romper su letargo no más de tres veces en toda su existencia.

Esto lo pueden hacer siempre y cuando adopten un sinfín de medidas protectoras, como gafas de sol muy negras, gorros y sombreros, ropa que les cubra el cuerpo en

casi su totalidad, guantes, movimientos por zonas muy sombrías y bajo techo, y evitación radical del mediodía. La luz cenital del mediodía es letal para el vampiro.

Aun así, la resistencia a la luz que los vampiros puedan soportar es el núcleo en torno al que gravitan los más avanzados trabajos del PYP del Pentágono. Los estudios más recientes al respecto van orientados a desarrollar investigaciones tendentes a eliminar la fotofobia voltaica, que es la más desintegradora en el vampiro, y a lograr como objetivo, en términos de éxito, que un vampiro acabe sirviendo al gobierno las veinticuatro horas del día. Como un robot. Así de claro y de sencillo. Y así de estúpido, en mi opinión.

Sarah no dejó de ironizar cuando le conté estas cosas:

—¡Vaya, nuestros muchachos quieren vampiros bien despiertos! —dijo entre risas apurando uno de sus cigarrillos.

La verdad es que acabarán consiguiendo un medicamento o una vacuna contra el descenso vital (llamado indistintamente «biopib frío», «cota menos cero» o «infracero», en el lenguaje críptico del Pentágono) que la ausencia de sangre ocasiona en el vampiro, razón por la cual han de mantener su cuerpo en letargo durante las horas de luz.

La conexión entre la noche y la activación de la sangre, a un nivel científico, aún no se ha logrado descubrir. Las investigaciones han acabado en verdadero desastre. Lo único cierto es que, en el cadáver de un vampiro en letargo, del corazón, reseco y endurecido, mana sangre. Por eso Sarah prefiere la teoría de la mística o la psicoanalítica. Sea como sea, a la larga, el día es letal para los vampiros al cien por cien.

Cuando deciden estar entre los vivos a determinadas horas diurnas, llevan las protecciones a las que he aludido más arriba y se les nota siempre muy pálidos y apestosos. No es nada fácil identificarlos o distinguirlos, salvo por el olfato, pero es un sentido muy equívoco. Para empezar, hay gente que carece de olfato, incapaz de percibir tanto el mal olor como el bueno; y es un sentido muy subjetivo: no todos los olores son iguales para todas las personas.

Cuando un vampiro deambula de día por sitios a cubierto del sol, nada exterior, en ese momento, se manifiesta en él, ni siquiera sus rasgos físicos habituales. Es más, no se conocen casos, o al menos no han sido identificados por los informantes que nutren el archivo de Sarah, de ataques vampíricos diurnos. Sí, en cambio, de relaciones vampíricas habidas de día que se han completado de noche con un ataque total o parcial. En el informe de Bloch se hacía alusión a determinadas incursiones matutinas de Arnus Utz, el vampiro caníbal, pero solo para explorar el terreno y buscar víctimas que serían vampirizadas la noche de ese mismo día.

Debo repetirlo de nuevo: ¡mucho cuidado, no hay truco para eludir la arrogancia del no-muerto! Los pocos vampiros que salen de día están entre nosotros y nos rozan

cercanos, se tornan de pronto inquietantes y atractivos (no se sabe por qué atraen e inquietan tanto), pero lo único que están haciendo es vigilarnos y, lo que es peor, eligiéndonos para su ataque de la noche, como quien va al mercado de la sangre fresca.

25. VAMPIROS CON CAUSA

Muchas veces la gente se pregunta a quién sirven los vampiros. O, como diría Sarah, «en qué dirección reman». Unos hablan del vampiro satánico, el vampiro que sirve al mal. Sarah sabe que es una gigantesca tontería, pero es respetuosa con las creencias de la gente.

Otros opinan que el vampiro sirve a un interiorizado plan genético, como un estadio en la teoría darwinista de la evolución. Plausible de verdad.

Para Nemus el asunto estaba claro, no en balde lo conocía bien: un vampiro solo se sirve a sí mismo. A veces actúan a beneficio del mejor postor, sea este otro vampiro que precisa ayuda o sea un humano vivo que necesita eliminar a alguien. Se comportan como sicarios cuya recompensa final siempre es una víctima nueva de la que extraer sangre también nueva. Pero esto es del todo excepcional.

Los vampiros, mírese como se mire, sirven exclusivamente a la sangre. Todo lo que no sea esto, es un fatal error de óptica.

Aunque hay teorías que discrepan. Tomemos, por ejemplo, la doctrina cristiana. En este sentido, la Iglesia se empeña en remar en una única dirección: Satán. ¿Por qué la Iglesia y el cristianismo en general identifican a los vampiros, en toda época y lugar, con lo diabólico?

No creo que los teólogos católicos y luteranos sean tan incapaces de admitir, ellos que creen en la vida eterna y en la resurrección de los cuerpos, que pueda existir un espacio vital entre la vida propiamente dicha y la muerte propiamente dicha. Está demostrado que existe un tercer estado psico-físico diferente de los otros dos, un estado en el que se participa de ambos lados por igual, de la vida y de la muerte, sin ser ninguna de las dos y las dos a la vez.

Bonito acertijo, bien mirado: la no-muerte y la no-vida, sumadas, dan como tercera vía el vampirismo. Es decir, el vampirismo es una suerte de mestizaje, un híbrido de vida y muerte mezcladas en un cóctel indistinto.

Ese estado o tiempo necrobiótico (es el término que utilizó Sarah), que en parapsicología está perfectamente normalizado y se conoce como la Zona Exterior, en la estrategia ideológica del cristianismo se convierte en un estado satánico, un imperio del mal Demoníaco. ¿Hay algo más fantástico que la doctrina católica? Dicho así, los vampiros sirven al Diablo, son su instrumento, y no hay más que hablar. Punto dogmático irrefutable.

—Por absurdo que parezca, la existencia del Diablo da mucho juego —dijo Sarah—. Se le pueden atribuir muchas cosas, sobre todo las malas. Y los vampiros no dejan de ser una «cosa mala», ¿no es así? Bueno, es así, en realidad. Sobre todo para la Iglesia. Les echan por tierra todo su magnífico castillo de naipes, empezando por el Vaticano. Thea, ¿se imagina un Vaticano con tumbas de vampiros? ¿Con tumbas de

embajadores del mal? Pues hay más de una en su interior, por lo que yo sé. Y no es literatura. Hablo de hechos reales.

Pensé en las veces en que Nemos habría entrado y salido del Vaticano. En los revinientes que deambularán de noche por las salas barrocas. En cardenales vampirizados. En un papa vampiro... algún día. El delirio.

¿No es, por tanto, la de la Iglesia una cerrazón dogmática? Y, como toda cerrazón, ¿no esconde detrás un miedo cerval a la verdad? La Iglesia siempre ha desactivado estas preguntas con su proverbial cinismo, reduciendo la condición vampírica a una cuestión de posesión satánica y su correspondiente exorcismo aplicado.

Así, para la Curia, es preferible pensar que todo vampiro sirve a Satán antes que dar por buena su existencia «natural» como seres de la Zona Exterior. Aceptar esto pondría en cuestión toda la arquitectura cristiana (montada desde san Pedro hasta Benedicto XVI, quien ha ratificado la existencia real del Diablo), y limitaría la figura de Cristo a su papel verídico en la historia y no al papel divino que se le ha querido otorgar. En el fondo responde al miedo a que se extienda la versión herética —pero muy probablemente cierta, como sostienen muchos expertos vampíricos— del vampirismo de Jesús transmitido por medio de José de Arimatea.

El caso Bolt

Sin embargo, diga lo que diga la Iglesia, en cuanto a la voluntad de servicio de los vampiros, lo más sorprendente es que, otras veces, muy pocas para ser exactos, algún vampiro ha servido a una causa justa.

—Pero justa con cierta reciprocidad —matizó Sarah—. Siempre hay algo que dar a cambio. Y ese algo se llama sangre, téngalo presente.

Sarah Rubin me habló de un par de esos casos «justos» que ella había estudiado con ahínco. Uno fue el que investigó en 1957 la psicóloga británica Josephine Spinardo. A lo largo de su investigación, por lo visto, perdió su vida sin que todavía se sepa si fue para siempre o fue para pasar a ser una no-muerta.

Josephine era una mujer de origen rumano, enfermiza y de carácter inestable, que por aquel entonces estaba en pleno proceso de su divorcio. Su marido, Michael Donleavy, empleado de banca en la City, no había aguantado las depresiones de su mujer ni su permanente abatimiento, carente de vitalidad y de alegría. La melancolía la devoraba sin motivo, o quizá fuese un profundo aburrimiento. Por eso Donleavy, no menos hastiado, había decidido que cada uno siguiera por su camino.

Para sorpresa de todos, incluido él mismo, un día Josephine dio un giro de ciento ochenta grados a su personalidad. Apareció eufórica, hablaba por los codos como una cotorra, se mostraba risueña y positiva; se había transfigurado. Estaba febril, poseída por una droga, lo que le escamaba a Michael. Pero todo se debía a que su mujer había conocido a alguien cierta noche de unas semanas antes, un encuentro casual en Hyde

Park. Alguien que la cautivó. Y desde entonces lo había visto cada noche. Se las arreglaba para hacerlo, él se presentaba ante ella. ¿Cómo lo hacía? Josephine no sabría explicarlo fácilmente.

El hombre solo se identificaba como Heinz. Pero ella no mencionó su existencia a nadie. Sentía debilidad y ligereza cada vez que lo veía, como si la poseyera una ebriedad continuada, y no había razón para compartir aquel raro placer con quien no sabría apreciarlo.

Josephine Spinardo supo al poco tiempo que había contactado en realidad con Heinz Bolt, un vampiro alemán surgido en el París de 1943. Bolt, piloto de la Luftwaffe, compañero de juegos de Leni Riefenstahl, había sido vampirizado en Stalingrado, donde cayó derribado su Junkers JU 87 Stuka al otro lado de las líneas soviéticas.

Seguramente habría que añadir algo de canibalismo a su conversión. Un espíritu de inmenso odio hacia sus compañeros de armas y a los oficiales que los mandaban se quedó en su cerebro de reviniente, hasta el punto de que decidió alimentarse solo de soldados alemanes que no llegaba a convertir en vampiros, tan solo los dejaba vaciados de su sangre y muertos del todo.

Bolt llegó a París y por medio de sus actos llamó la atención de la Resistencia desventrando alemanes de noche. Todo empezó el 3 de octubre de 1943 con una oscura masacre de *boches* cerca del 133 de la avenida Malakoff. En adelante, unas veces junto a la *brasserie* Viel, en el bulevar de la Madeleine, donde habían abierto una sede de ayuda social al NSDAP de los nazis, y otras en los alrededores de la estación de metro Porte-Molitor, Bolt actuaba a sus anchas.

Cuando los encontraban a la mañana siguiente, los cuerpos alemanes no tenían ni una gota de sangre en sus entrañas, conservaban un rictus de horror en sus desencajadas facciones y les faltaban trozos del hígado y de otras partes del vientre.

La investigación no pasó a la Gestapo en un primer momento, sino que se llevó a cabo por inspectores de la Kripo, la policía criminal, sin ningún resultado. Pero pronto empezaron a aparecer oficiales asesinados con ese mismo ensañamiento, y la Gestapo tomó cartas en el asunto, al considerarlo un sofisticado acto de sabotaje. Indudablemente para ellos se trataba de una maniobra judía de venganza.

Hubo represalias y fusilamientos. Bolt, después, eliminaba a los soldados que habían actuado en la represión. Los mataba uno a uno, y por separado. Durante los meses de octubre y noviembre del 43 hubo en París un total de cuarenta y nueve muertos en esas circunstancias, de los cuales once eran oficiales con rango de *Leutnant* (subteniente), pero uno de ellos era *Oberst* (coronel). El resto simples *Schütze*.

La ola de crímenes desconcertó a las autoridades militares, que daban bandazos sin saber a quién culpar, si a células comunistas o a delincuentes comunes. Detenían,

por si acaso, a sospechosos de ambos lados. Finalmente la autoría de aquellos hechos repulsivos se atribuyó a la Resistencia gaullista. Pero nadie entre las filas de la clandestinidad sabía quién era el verdadero causante de aquella acción terrorista que tan buenos resultados dio contra los invasores. Nadie, tampoco, se atrevió a reivindicar su autoría en falso. El vampiro Heinz se volvió un justiciero colectivo y sin rostro.

Acabada la guerra, siguieron buscando al invisible héroe desconocido. Fue condecorado en ausencia. El propio general De Gaulle, con desconcierto, prendió la Medalla al Valor de la República sobre una bandera, la misma que ondeó desde el balcón del Ayuntamiento durante varias semanas en honor del anónimo verdugo. Cuando eso ocurrió, Heinz Bolt, como una Pimpinela Escarlata del vampirismo, había pasado a Inglaterra. Allí se manifestó a Josephine y le contó su historia.

Esto no es propio de vampiros, salvo que Bolt tuviese una intención encubierta, como así era, por hacer un daño mayor a las tropas de la Wehrmacht, aterrorizar y confundir al ejército en el que había servido. Bolt era un vampiro culto, según Spinardo, un tipo erudito a la manera de Ernst Jünger (este escritor, por cierto, fue precisamente el único alemán a quien Heinz vampirizó en París).

En cuanto a Josephine Spinardo, Sarah me hizo notar que no existía ningún documento sobre su divorcio. Tal vez se perdió. O tal vez no se llevó a cabo. Puede que su marido, al verla tan eufórica y renovada, decidiese no continuar con la solicitud de separación. Pero tampoco existe ninguna referencia sobre Michael Donleavy, salvo su partida de nacimiento en Manchester. En cambio, sí se puede hallar, con cierta dificultad, una lápida en el Tower Hamlets Cemetery, de Southern Grove, que lleva el nombre de Josephine Donleavy. ¿Son ahora, ella y Heinz, vampiros? Nadie ha abierto jamás esa sepultura, ni nadie lo ha considerado necesario tampoco. Sarah apostaría que dentro está únicamente el cuerpo de Josephine, de soltera Spinardo, en perfecto estado de conservación e incorrupto, pero ni rastro de su marido, tal vez consumido por Heinz Bolt hasta vaciarle por completo de su *ruaj*.

El caso de Marubhati

Aún no se habían ido de mi cabeza los ecos de la historia del «buen» vampiro del París de la Ocupación, cuando Sarah me habló de otra «causa justa» no menos singular. Vi luego el informe en el archivo. Había poca documentación, apenas los datos sustanciales y un enigma:

Fue en la India, en un pueblo del estado de Uttarakhand. Un vampiro degolló con sus dientes y se bebió la sangre de toda la corporación municipal del pueblo de Marubhati después de que los ediles aprobaran un plan para anegar los arrozales del pueblo e incluso el pueblo mismo.

El precio que puso el vampiro por su gesto fue convertir en vampira a la

muchacha más bella del pueblo.

Al principio la muchacha se resistió, pero a las pocas semanas dejó de hacerlo y, ¡al cabo de treinta años!, el vampiro la llevó definitivamente al otro lado con él. Mientras tanto, como Sarah a Nemus, aquella joven había servido de alimento al vampiro —en amor recíproco— hasta que se hizo una mujer madura. El pueblo de Marubhati se había salvado gracias a los dos. Para recordarlo, erigieron un monumento en el que un hombre y una mujer se funden en un abrazo como si se mordieran. El rostro del hombre desapareció enseguida de la estatua. El de la mujer fue desdibujándose con el tiempo por la erosión.

26. ¿CUÁNTO VIVE UN VAMPIRO?

Duración vampírica

La certeza de la eternidad es la gran quimera del hombre, algo que se le escapa al ser humano. Puede ser una aspiración, todas las religiones y movimientos espirituales la buscan y prometen, pero en vida no deja de ser más que un deseo oscuro, sin forma, ya que no existe ninguna experiencia empírica sobre ella. La eternidad no es palpable ni vivible.

La eternidad sería un estado biológico inmóvil desde el que verías pasar el tiempo de los otros como coches por una autopista. ¿Quién ha pasado por eso? Si hay alguien, es que está muerto.

Los únicos seres que realmente superan la prueba natural del tiempo (de su paso y de su desgaste) son los vampiros, cuya anomalía vital se basa precisamente en la duración sin límites de su estado físico en suspenso... siempre que haya sangre de por medio.

¿Cuánto vive un vampiro?

Tal vez sea la pregunta más inevitable que le hice a Sarah en Roma. Pensé también que era la más obvia, la que todo lector de mi reportaje en *Factory* se acabaría haciendo en cuanto abriese la revista y leyera el titular «*Todo sobre los vampiros*, por Thea Nimkin».

La respuesta de Sarah tuvo algo de trampa y de nostalgia:

—Una eternidad, solo que relativa.

Trampa porque no es cierto que los vampiros vivan eternamente, aunque sí tanto tiempo que la expresión «una eternidad» es válida si se aplica a mucho más, muchísimo más, de lo que varias generaciones pueden abarcar.

Y nostalgia porque la vida de un vampiro prolonga el tiempo, rompe los moldes del calendario biológico y congela el presente en una juventud constante. ¿No es ese el anhelo, viejo como el mundo, de la eterna juventud, de la fuente de la edad, del agua reparadora del Grial, de las hibernaciones, del renacimiento en un tiempo anterior a todo lo que se ha vivido hasta entonces?

Por eso Sarah envidiaba, a su manera, a los chupasangres. Envidiaba a Nemus.

Que viven más que los humanos, eso está fuera de toda duda. Siglos enteros, centenares de años en ocasiones. Pero su eternidad no es tan «eterna»: tarde o temprano, un vampiro acaba desintegrándose, porque también, tarde o temprano, su fuente de vida, la sangre nutricia de los otros, escasea hasta llegar a desaparecer de su entorno.

Será cuestión de cuatrocientos, seiscientos años, pero habrá una vez, una primera

vez, en la que el vampiro no logre morder a una víctima viva; o quizá habrá una vez en la que tenga que arriesgarse tanto para conseguirla que termine empalado o sacrificado por las púas de un cazavampiros, o reventado en añicos por el efecto demoledor de la luz solar.

Letargos prologados

El tiempo que un vampiro puede estar sin sangre es mucho, pero limitado. Ya he dicho en otra parte que pueden estar jornadas enteras sin salir del letargo, y por tanto sin necesitar atacar a ninguna víctima. Pero al cabo de ese lapso de tiempo, cuyo límite está en los ciento diez años, el vampiro sin sangre que llevarse a los colmillos se convierte en un pellejo endurecido en su tumba, su corazón se seca y se reduce, las cuencas de sus ojos se hunden y al final todo su cuerpo, osamenta incluida, se desintegra en una fina malla de polvo. Solo habría que soplarlo.

Un vampiro que no beba sangre al cabo de esos ciento diez años, como máximo, enflaquece definitivamente, traspasa un umbral ya sin retorno, hasta llegar a ser una piel pegada a los huesos, que es el límite de su putrefacción.

La pregunta es: y luego, ¿qué? A partir de ese límite entran en un letargo más acusado aún, previo a la desintegración absoluta. Algo así como si entraran en un coma del que solo pueden salir si otro vampiro los saca de él vertiendo unas gotas de su propia sangre en los labios resecos.

Se ha dado el caso de personas supuestamente fallecidas y metidas en tumbas, cuyas familias desconocían entonces (pero tampoco han conocido después) su condición vampírica, y que, en vez de estar muertas, permanecían en ese prolongado letargo durmiente.

Se calcula que hay millones de seres así por el mundo, en toda clase de nidos, en espera de que otro vampiro los reanime.

La única vía salvadora es darles a beber un mínimo de sangre. Pese a ser algo tan sencillo, no sucede casi nunca. Hay un alto porcentaje de vampiros, por tanto, que están larvados y en espera de un golpe de fortuna sangriento. Son un ejército en potencia de vampiros durmientes, aunque tal vez ni ellos mismos sepan que lo son.

A estas alturas, por tanto, es bueno preguntarse cuándo sabe un vampiro que es un vampiro.

El vampiro adquiere conciencia de su condición solo por dos vías: a) si ya es un vampiro, pero está en letargo; b) si todavía no es vampiro, pero ha sido mordido.

En cuanto a la vía a), si ya es un vampiro pero está en un letargo prolongado, se dará cuenta de su verdadero estado cuando sea despertado de su sueño por otro vampiro. Ya hemos visto cómo. Pero, yendo al extremo, puede suceder que alcance a saber quién es tan solo por unas décimas de segundo, cuando abra los ojos en el instante en que un cazavampiros le clave la estaca que lo matará. Muchos vampiros ni

siquiera han llegado a chupar ni una gota de sangre, aunque hayan permanecido como no-muertos durante décadas.

Y en cuanto a la vía b), si no es vampiro aún pero han chupado su sangre, tendrá conciencia de ello unas horas después de ser convertido en tal por otro vampiro.

Sueños y despertares

Otra cosa interesante acerca de los letargos: son tiempos muertos, nunca mejor dicho, en los que los vampiros duermen.

¿Duermen como los humanos vivos, esto es, sueñan? ¿Qué sueñan los vampiros? ¿Podríamos imaginarnos alguna vez a un vampiro en el diván de Sigmund Freud? Ridículo o no, sería un interesante desarrollo, penetrar en el subconsciente vampírico, sazonado de perversas orgías sangrientas y poderosamente sexuales. Como en una película porno.

Aunque Sarah sabe bien lo que sueña un vampiro. Nemus se lo ha dicho. No es nada que pudiera pasar al cine erótico. Los vampiros sueñan, única y recurrentemente, con el Valle de los Huesos, un lugar primigenio, como un extraño útero, de la Zona Exterior, o sea, más allá de la muerte y más allá de la vida, descrito por vez primera por el profeta Ezequiel y al que me referiré más adelante, al hablar de las resurrecciones.

Ya hemos establecido que los letargos son tiempos en que los vampiros dejan de serlo, al menos por el mero hecho de estar en una situación de inconsciencia. De ahí su enorme vulnerabilidad, ya que supone el único momento en que pueden ser destruidos. Es el momento en que se les puede matar.

Pero el letargo, al igual que el sueño, tiene forma de curva, y posee un momento-entrada y un momento-salida. Corresponden, esos momentos, a determinadas horas del letargo en las que el vampiro o no ha entrado del todo en el sueño o ya está saliendo de él; son, por tanto, momentos en que sería posible despertarlo y reanimarlo, ya que la luz diurna aún no es completa ni cenital.

Lo que está de sobra probado es que esos momentos críticos son extremadamente peligrosos. No conviene despertar a un vampiro a esas horas ambiguas: si se hace, enfurece hasta perder el mínimo control y se vuelve casi en su totalidad una fiera que te destruiría de un bocado.

Recuerdo que, cuando era una niña, mi madre siempre me decía antes de acostarme: «Ya sabes, nunca despiertes a un dragón dormido». ¿Tendría algo que ver con eso? Me vino a la cabeza el dragón-murciélago de St. Martin-in-the-Fields.

27. EL CHIP DE MEMORIA DE TODA LA ESPECIE

Los vampiros no tienen infancia. Ni siquiera los vampiros-niño, esos seres vampirizados cuando no eran más que unos mocosos o a lo sumo unos muchachos. No hay una edad inicial para un vampiro, un punto de partida; no hay, por tanto, ningún nacimiento.

Los vampiros-niño, en cuanto se convierten en tales, reaccionan y actúan como un vampiro adulto joven. Esto es debido a que no tienen pasado, y viven en un mismo tiempo perpetuo de edad y presente.

Los vampiros maduros se comportan igualmente como un joven, con su vigor y su energía, pero en absoluto como un viejo.

El vampiro *es solo y siempre* vampiro joven. De ahí que sea impulsivo, sexuado, brutal. Es ideal para unos y material para otros. Como la fuerza de la juventud.

Sarah me lo decía como si me lo reprochara.

Desde que es convertido por otro vampiro, un chupasangre pasa a ser ya vampiro eternamente, no tiene historia por delante ni historia por detrás, en el tiempo. Como mucho ve una sucesión de hechos pasados que se van borrando de su cabeza por oleadas, a medida que se aleja de ellos.

—Los vampiros acaban siendo huérfanos de sus recuerdos —matizó Sarah.

Todo su pasado se transforma en una nebulosa de sensaciones modificadas.

Y en cuanto al futuro, sencillamente no existe ni lo concibe. Él está más allá del futuro, porque es, en principio, eterno.

Nemus, por ejemplo, solo recuerda retazos de la vida que llevaba inmediatamente antes de ser objeto del ataque de Merisio, en aquella oscura orgía escenificada por el cardenal Farnesio, pero no se acuerda de nada que hubiese ocurrido unos años antes. Nada de sus padres, nada de sus juegos de niño.

Pensé que también eran huérfanos para compartir los recuerdos.

Sarah estudió mucho esta relación del vampiro con la desmemoria. Viven en un estado que podría llamarse amnésico permanente, o puede que posean una memoria primitiva, que se les borra más aún cuando absorben la sangre, en el momento de paroxismo vampírico y de máxima excitación.

Se ha demostrado que el exceso de sangre en el cerebro, por ejemplo, produce la parálisis temporal de algunas de sus funciones. Una de ellas es la memoria. En laboratorios de Alemania, donde llevan años estudiando la enfermedad de Alzheimer y la memoria, han experimentado con ratas a las que se les bombea el triple de sangre en las venas del cerebro. Las que sobreviven se quedan aturdidas, inmóviles, sin recordar un camino de regreso o una apetencia. Los vampiros bombean a su cuerpo (incluido su cerebro de una sola función) hasta diez veces más sangre que un humano vivo.

Barbara Markoulis, la descubridora de los *fangs*, los vampiros de colmillo bifurcado, trabajaba en 2002 como transformadora anímica en su consulta de Detroit cuando tuvo relación con un vampiro. Averiguó que su «adoptado» apenas si recordaba cosas parciales de lo que habían hecho juntos unas semanas atrás. Estas lagunas la llevaron a profundizar en el tiempo y la memoria.

Supo así más cosas de los *fangs*, como que estos vampiros compartían acción con muchos otros vampiros como ellos y actuaban en manada. Eran vampiros que procedían de mundos plurales en diversos ámbitos laborales, en especial la fabricación de automóviles, las industrias cárnicas y de latas de conserva.

¿Quiénes eran? Fue fácil deducirlo: gente desaparecida de la ciudad, gente dada por muerta, chicas a las que habían violado, padres de familia a quienes habían despedido y vagaban por las calles sin atreverse a entrar en sus casas; y esa misma gente luego está a tu lado por la noche en un bar de a dólar noventa el trago, vestida tal vez con una sudadera como tú o un traje sexy o una camiseta ajustada, gente que no conoces, gente que hará luego, en la oscuridad de las callejas de los barrios laborales de la ciudad, cosas extrañas y violentas con tu sangre (en un ascensor, en un garaje, en un callejón). Cosas que más tarde no recordarán.

Para Barbara Markoulis, los *fangs* viven entonces en un estado temporal de presente constante. Todo es inmediato: alargan la mano y te cogen, cogen tu garganta. En eso consiste la eternidad. Una garganta mordida, vaciada de toda sangre rica. Y eso, según me puntualizó Sarah Rubin, puede hacerse extensivo a todos los vampiros. Como he dicho, tanto un niño vampirizado (es decir, succionado) como un viejo vampirizado (hecho este, ya sabemos, muy excepcional) pasan a tener la edad de un joven, siempre vigoroso, siempre neutro y siempre sin final, aunque sus apariencias físicas sean otras.

Se puede concluir, entonces, que para los vampiros, en realidad, el tiempo no transcurre, y si tienen alguna pauta de vida, es la que marcan los letargos: despertar, morder, dormir. Casi como los osos panda.

—Y si hay algo que es tiempo y ritmo puros, eso es la música —dijo Sarah—. Pues bien, fíjese, Thea: la música les es totalmente ajena. Nada de música. No la oyen, no la entienden, no la piensan. Puede que la apreciaran tal vez en vida, pero en su estado de no-muertos la han perdido para siempre: se puede decir que son los únicos seres de la Creación que carecen de oído rítmico. Solo hay silencio en su cabeza: su memoria auditiva está vacía, virgen de todo «do-re-mí», en realidad. Les sobreviene a los labios tan solo, cuando van a atacar o necesitan sangre, esa oración fúnebre, ese bisbiseo en forma de conjuro hecho de frases muy cortas de ningún idioma conocido que ellos pronuncian como si las oyeran siempre por primera vez.

—Entonces, ¿qué recuerdan los vampiros?

—Solo lo que les afecta como tales a partir del momento en que se convierten en

vampiros. Pero nada más.

Tienen, no obstante, un poder que les hace superiores: solo almacenan la memoria de todos los vampiros que hay y que ha habido. Tienen una endo-memoria, literalmente, enorme.

Pero no es tan portentoso como parece, ni tan excepcional, ya que la memoria del vampiro es un instinto. Funciona como un instinto, automáticamente. Por eso no requiere autocontrol, solo dejarse llevar por él. Es prácticamente lo que ha hecho que muchos vampirólogos los tengan más por animales privilegiados que por humanos con un hándicap... el hándicap de la eternidad, claro.

Con la conversión, entre otros fenómenos psico-fisiológicos que se producen en la mutación de su cuerpo, el más acusado es una suerte de involución neuronal en el hemisferio de la memoria. En otras palabras, se les despierta algo desconocido para nosotros en el cerebro, fruto de una reacción química, equivalente a la inserción de un chip, un único y potente chip, con el historial memorístico de toda la especie vampírica de golpe.

En cierto modo, esto confirma la teoría de Sarah acerca de que todos los vampiros conforman un solo tejido, del que cada uno es una parte celular. Toda célula tiene la memoria del conjunto del cuerpo y de cada una de las demás células. Por eso, tal vez, no sea propio ni adecuado hablar de *un* vampiro, como individuo, sino de *los* vampiros, como entidad colectiva en la que se han borrado las individualidades.

Como muestra que corrobora esta colectividad, para Markoulis, Detroit es uno de esos espacios saturados que se conocen como *fanglands*. Patrias de vampiros o tierras de vampiros, son equivalentes. Lugares en los que los vampiros, probablemente de la Cuarta Esfera o de Gazar, forman un bloque monolítico que caza unido. Y deja amasijos de carne por todas partes. Carne, eso sí, desangrada.

Los vampiros, y en especial los de Gazar, lo saben todo de cada uno de ellos desde que son vampiros: cómo se convirtieron, quién lo hizo, por qué sucedió, dónde anidan ahora, cómo actúan, a qué esfera pertenecen, cómo es su rostro. Cada vampiro es como un gran ordenador que almacena millones de bytes de memoria. Lo que se presta al juego de palabras según el cual también almacena millones de «mordiscos» (*bites*).

Es increíble e inaudito porque, en realidad, un vampiro es únicamente cuerpo (sangre, músculo, vísceras regidas por la sangre...). Pero algo se activa en el cerebro del vampiro con el exceso descomunal de hemoglobina (de oxigenación, dirían algunos científicos, como los alemanes). Un chip que almacena cientos de miles de vidas y de épocas.

No era, pues, de extrañar que Nemos supiera tantas cosas de los otros vampiros, y por él Sarah acabó conociendo el alma vampírica como nadie.

En el PYP existe una línea de investigación sobre esa capacidad mnemotécnica

del vampiro, incluso pensaron en las posibilidades reales de implantar un microchip en un vampiro, al igual que hicieron planes muy avanzados para clonar vampiros. En todos los casos, la manera de abordar la memoria del vampiro solo conducía a hacer de ellos unos robots. Unos robots que chupaban la sangre, pero tenían todas las vulnerabilidades de los robots, la primera de ellas era que podían ser destruidos con armas convencionales. Aunque no hay informes concluyentes aún, no creo que sea una línea de investigación con futuro.

Muchas veces, desde que la conozco, he pensado que Sarah podría contribuir mucho a desarrollar ese programa mnemotécnico. Tiene cuanto necesitan saber. Desgraciadamente, la desagradable experiencia de los desatinos propagandísticos de la Comisión Napolitano, en la que fue poco menos que calumniada al no avenirse a colaborar, la han alejado de todo apoyo a las políticas gubernamentales en materia vampírica, aunque pertenezcan a su país. O precisamente por eso, no sé. Lo cierto es que Sarah prefiere ir por libre y guardarse sus descubrimientos para sí misma y su entorno. Un entorno en el que me hizo sentir integrada desde el primer día que estuve con ella.

28. MALVADA SONRISA VAMPÍRICA

Espejos

Una noche hacía mucho frío en la habitación de Sarah, en Roma, cuando llegué.

Sarah se dio cuenta de mi escalofrío y de mi tiritona posterior.

—Sé lo que piensa. Y no, no está conmigo Nemus, no está ni siquiera en la casa, que yo sepa.

Ante sus palabras, que interpretaban aquel descenso de la temperatura tan brusco, mi reacción fue la de echarme a reír. Me reía sin parar, y contagié a Sarah con mi risa nerviosa. Fueron unos momentos simiescamente divertidos. Empezamos a bromear sobre Nemus y sobre los vampiros. Ni siquiera pensé si allí estaba segura o no, al hablar con frivolidad de ellos. Me reía y me reía sin parar. Sarah hacía lo mismo.

¿Estábamos seguras?

—No, nunca se está tranquila con un vampiro cerca —dijo Sarah sin dejar de reír—. Pero él tampoco lo está.

Redoblaron las risas.

Sin embargo, era evidente que no existía la seguridad con los vampiros que se abrían a los vivos. Ni ella misma lo estaba nunca con Nemus. Cuando él le chupaba la sangre de alguna parte de su cuerpo, no tenía total certeza de que no fuese a ir hasta el límite ni a dejarla sin una gota de sangre, vampira o cadáver posterior, quién sabe. Además, un vampiro «cálido» y cercano es aún peor, porque controla menos sus instintos. Y sus dientes.

—De ahí su humor siempre negro, siempre *gore*.

Hay algo de humor chocante en los vampiros. Pero no olvidemos que una decapitación puede producir una sonrisa malvada en un vampiro del tipo de los voraces *fangs* de Detroit.

La maravillosa película de Román Polanski *El baile de los vampiros* (1967), con Sharon Tate de protagonista, rodada un poco antes de que fuera asesinada, es una comedia inteligente y llena de ironía, pero en cierto modo también muy acertada. Participa como ninguna otra obra de ficción del humor situacional de los vampiros. Un humor muy extraño.

Recuerdo de aquella película el baile final en el que todos los vampiros del castillo llenan la sala, pero en los espejos frontales no se ve a ninguno de ellos reflejado. Dato erróneo.

En Roma, cada día que pasaba y me miraba en un espejo, era un alivio reconocerme en el reflejo. Era como decir: ESTOY VIVA. Pero pronto supe por Sarah que eso es una tontería: los vampiros sí se reflejan, como nosotros, en los espejos.

Aunque nunca lo hacen si hay humanos vivos cerca. Es una especie de perversión que les divierte. No se reflejan en presencia de alguien que no sea vampiro. El objetivo es aterrar aún más, si cabe. Cuando solo son vampiros que están entre vampiros, entonces sus cuerpos se reflejan normalmente si pasan delante de un espejo.

Lo de reflejarse o no es un mito más de los muchos que existen. Pero hay que entenderlo dentro del extraño sentido del humor al que me refería, es decir, una situación cruel que les produce una sonrisa.

Diversiones perversas

Hubo un tiempo en que se aplicaba el (relativo) humor vampírico a su transformación en bolsas de sangre, a su carnosidad agrandada —*obesizada* sería la palabra— tras un hecho vampírico. Si tenían que caricaturizar a un vampiro, se convertía su imagen en una gran bola redonda y repleta del viscoso manjar rojo.

Pero, para ellos, la más ridícula de las aproximaciones humorísticas humanas es la idea de que pueden adoptar formas de animales. Como la del murciélago, que se queda pegado al cuello de las doncellas en algunos cuentos fantásticos. También se ha asimilado los vampiros a los gatos, animales injustamente considerados hematófagos y chupasangres desde los tiempos de los faraones.

—¡Pobres gatos! —exclamó Sarah—. ¿Se imagina alguien a un gato con sus dientes clavados en un blando cuello? Yo tuve varios y no son más que cojines que incordian.

—Sí —dije—, me los imagino perfectamente, clavados en un cuello y en cualquier otra parte.

—La verdad es que ha sucedido alguna vez —admitió Sarah—. Yo he visto con mis propios ojos a un buen número de gatos mordiendo a la anciana que los alimentaba hasta cubrirla por entero. Luego llegó Nemus y remató el asunto, no sin llevarse por delante alguno de los gatos sanguiuela, mordidos por él con repugnancia. Hubo una peli sobre un hecho similar. ¿No se acuerda, Thea? ¿Cómo se llamaba esa película? Era desagradable, la verdad.

Sarah sonreía irónicamente diciendo estas cosas. Un vampiro habría hecho lo mismo.

Como parte de la «diversión» despiadada de un vampiro, por llamarla de algún modo, hay que entender su juego con nuestros terrores cotidianos, a la hora de aparecer ante la víctima causándole el mayor sobresalto posible.

1. La más común de sus «diversiones» es la de esconderse debajo de las camas. Saben que eso produce mucho terror en las personas, pero mucha atracción hipnótica también. No es solo cosa de niños. Todavía, ya de adultos, muchas personas, antes de acostarse, miran debajo de la cama por si acaso hubiese allí algo monstruoso. ¿Algo? ¿Alguien? ¿Qué puede haber, si no es un vulgar ladrón? Pero hacen bien: lo más

seguro es que sea un vampiro al acecho. No es broma, es cierto que es lo más seguro. Pero, una vez más, quien lo comprueba no vive para contarlo. Esto en sí no tiene la menor gracia para la víctima, pero sí le divierte al vampiro. El cazador siempre ha jugado con la presa, no se limita únicamente a matarla. Quiere su escalofrío, su desconcierto.

2. Lo mismo sucede con los fondos de los armarios, al final de las frondosas capas de perchas y más perchas con oscura ropa opaca. De súbito, en la noche, una mano deforme te agarra y te lleva dentro de ese armario, como si primero te abdujeran el cuerpo y luego te sacaran toda la sangre, que mana a borbotones por la aceleración del corazón agitado debido al susto producido.

3. O en los trasteros de sótanos y buhardillas, donde siempre aparece un vampiro para abatirse sobre nosotros desde detrás de un bulto alto y oscuro, misterioso, que no identificamos claramente, o detrás de una enorme caja cuyo contenido ya hemos olvidado, o dentro de la caja misma que se abre de golpe.

4. Y también tras la cortina de la ducha, cuando después del trabajo llegamos a casa agotados y metemos la mano para que vaya manando el agua caliente mientras nos desnudamos. No hemos descorrido la cortina. Ni siquiera nos hemos percatado de que estaba ya corrida cuando hemos llegado. ¿Habrá alguien detrás? Probablemente no. Pero también probablemente sí. Y de haber alguien, ¿por qué no un vampiro?

* * *

Sin embargo, si en esas situaciones una ligerísima alarma se dispara en nuestro cerebro, si un pequeño freno interior nos impide mover la caja del sótano, descorrer la cortina de la ducha, bajar la cabeza desde la cama hasta darnos contra el suelo o sacar unos vaqueros del armario es porque hay un peligro real acechante. No se tiene miedo sin que exista la posibilidad de que ese miedo esté justificado.

La razón hay que buscarla en que los vampiros emiten una señal de presencia previa que captamos en nuestro sistema sensorial más profundo. Es como si emitieran ondas que se percibiesen por los vivos en forma de ansiedad, de miedo, de inquietud, de pánico extremo.

Todo es maldita curiosidad, en el fondo.

Lo de la simple cortina de la ducha, por ejemplo, supone una prueba muy determinante: la víctima sabe que hay alguien o algo detrás y no puede reprimir el deseo de averiguarlo. Cuando corre la cortina, lo que ve es una sombra que se escapa, un destello mate y negro que luego, en otro momento y lugar de la casa, se materializará en vampiro. O puede que allí, en la ducha, vea al vampiro mismo, que la abraza y la hace suya totalmente desnuda. O sea, un charco de sangre.

29. LOS NITCHEVO, EXPERIMENTO DE LABORATORIO

El agente de la CIA John R. Langdon tenía una gran seguridad en sí mismo, por eso nunca se dejaba llevar por la curiosidad. Eso le salvó la vida cuando contactó con un vampiro ruso. Fue en un viaje de trabajo a Moscú, en el año 2000, a finales. Una noche, en el corredor interior de acceso al parking del hotel Metropol de Moscú, se interpuso frente a él un joven misterioso cubierto con la capucha de una sudadera. De pie, con la cabeza gacha hasta casi tocar el pecho con la barbilla y los brazos caídos a lo largo del costado, podía ser un enfermo o un zombi. Al principio, Langdon creyó que se trataba de un joven deprimido, tal vez un drogadicto, sin descartar la posibilidad de un atracador.

Lo inusitado era que parecía murmurar un rezo con voz grave. Palabras ininteligibles.

Enseguida su fino olfato (pues de pronto empezó a apestar) le dijo que aquel joven que le cortaba el paso era un vampiro. Los conocía porque eran su afición, o más bien su obsesión, desde que trabó amistad con Sarah Rubín. Tal como le contaría luego a ella en un *mail*, consiguió enseguida dominar su pánico. En lugar de avanzar hacia el joven, se giró y retrocedió para volver por la escalera por donde había venido. Tenía que salir de allí a toda velocidad. Entonces el extraño joven lo llamó por su nombre. Quería hablar con él. Era obvio que sabía quién era. O lo que era.

El vampiro se identificó como Viacheslav Dushkin. Dijo que era soldado. Por lo que Langdon sabía, podía tratarse de uno de los conocidos como *nitchevo*. Los llamaban todavía así en la Rusia de Putin, aunque el término se acuñó en los años sesenta, en vida del líder soviético Leonid Brézhnev.

Son vampiros melancólicos, indolentes, vagabundos por los anillos exteriores de Moscú o San Petersburgo (entonces aún Leningrado), pero muy fieros en sus ataques, que suelen ser funestos siempre. No suelen dejar muertos, sino que vampirizan a casi todas sus víctimas, sean bellas o no. Funcionan con instinto de número, de ejército. Muchos vampiros solitarios interconectados con la idea vaga de la expansión a toda costa. Algo, según Sarah, excepcional y casi contra-natura en un vampiro.

Casi todos ellos eran, cuando vivían, soldados o policías que habían sido dados por muertos en los conflictos sangrientos del país. Pertenecían a los caídos en la última etapa de la Guerra Fría hasta, posteriormente, las guerras de Chechenia y Afganistán, y otras más locales como la de Azerbaiyán o la de Georgia, pero en realidad eran, y son aún, víctimas pasivas de algún tipo de acto vampírico.

Se les enterraba en fosas comunes, en los mismos campos de batalla o en los cuarteles de los alrededores de Moscú, y desde allí actuaban al acabar sus letargos. Muchos oficiales precavidos estaban al tanto de la razón de que sus tumbas

o fosas se mostrasen frecuentemente removidas.

A sus familias siempre se les dijo que se les dio por desaparecidos. Están sus fotos dentro de marcos de plata sobre televisores o clavadas en las paredes, en las casas de sus parientes diseminadas por las regiones y repúblicas de la antigua URSS, pero de sus cuerpos y cenizas, en cambio, no saben absolutamente nada.

Langdon pensaba que el aliento del *nitchevo* Dushkin era indescriptible y nauseabundo; sus pupilas se ennegrecían al fondo de unas cuencas que parecían retirarse hasta el centro mismo de la cavidad craneana. Había algo de maligno en él, y también algo de idiota. Eso produjo en Langdon un rayo de ternura más que de terror, pese a ser muy consciente de que el *nitchevo* podría atacarlo en cualquier momento.

Sin embargo, Dushkin se reprimió o no necesitaba la sangre del americano. El caso es que habló con él durante varias noches sucesivas, siempre en los sótanos del Metropol, donde estaba su nido y el de otros *nitchevo* como él. Langdon escuchó con espanto las deslavazadas confesiones del vampiro-soldado.

Entonces a Langdon se le iluminó una luz interior. Su sexto sentido de espía bien informado sospechó que todo lo relativo a los *nitchevo* podía ser una pseudovampirización, es decir, el desarrollo biotecnológico por parte del KGB y de sus adláteres policiales para llevar a cabo algún sistema de control mortífero. Una chapucera manipulación genética, en realidad. Esto fue lo que se sospechó en la Agencia durante muchos años, y después de perder un buen número de magníficos espías. En resumidas cuentas: los *nitchevo* podían ser un arma secreta de la que nada se logró averiguar, desde Kennedy hasta Clinton. Un arma que, a lo sumo, se volvió contra el propio Kremlin. Al menos, eso es lo que se cree.

En el contexto de la Guerra Fría encajaban perfectamente esta serie de locuras, entre las que la «fabricación inducida» de vampiros basada en soldados muertos (o por matar) no sería la más disparatada. Tan solo el enésimo intento soviético de ir por delante de los norteamericanos en algo.

El vampiro Dushkin le dio la razón a Langdon, pero solo a medias. Unos *nitchevo* eran vampiros «fabricados», en efecto. Pero otros no. Él era de estos últimos, él era un vampiro real.

La historia de los *nitchevo*, verdaderos o falsos, arranca, en todo caso, en los tiempos de Brézhnev. Desde 1961 a 1979, el KGB, sobre todo siendo su director Yuri Andrópov, estudió casos vampíricos sin resolver cuya «creación» atribuyó a los norteamericanos. Para Sarah Rubin no había duda de que se trataba de casos reales, Nemus de otras partes del mundo, pero tanto en Washington como en Moscú creyeron que eran experimentos de laboratorio.

El Pentágono, a su vez, hizo lo mismo en los inicios de su programa PYP: sospechar que los rusos también trabajaban en crear vampiros domeñables. Incluso hubo acciones de espionaje mutuo que se mantuvieron en un áspero silencio

diplomático.

El caso es que algunos de los *nitchevo* eran vampiros de verdad. Y allí empezó el riesgo y el peligro.

En los años sesenta, el novelista Graham Greene estuvo investigando hasta donde pudo en las dependencias del MI5 londinense, oficina donde llegaban los informes sobre los *nitchevo*, también llamados en estúpida clave *windpipes*^[1], pero le daban con la puerta en las narices cada vez que se acercaba demasiado a algo que él ni siquiera sabía qué era. Greene solo buscaba argumentos para una novela de espías. A Sarah, por cierto, le encantaba Graham Greene desde que lo había conocido en una recepción y se había carteadado con él. Fue Greene quien le contó cosas que, más adelante, confirmaría Langdon.

Pero volvamos a los rusos.

Los *nitchevo* chupaban a sus víctimas para beber su sangre. Y no solo para ello: también para transmitir cierto contagio vírico bastante tosco, con graves riesgos epidémicos, del que seguro que ellos no serían conscientes. El KGB, por algún inexplicable medio, había llegado a inocular ese virus en la cadena sanguínea de los *nitchevo* falsos, que se lo pasaron a los verdaderos. Y los científicos rusos, caso de que lo fueran, no midieron las consecuencias, ya que al cabo de un tiempo el *nitchevo* se autodestruía en su tumba. O dondequiera que fuese el lugar en que los guardaban como un ejército de atrezo. Buscando una nueva forma de inteligencia, desataron los instintos básicos más eternos.

Pero todo empezó por la pantomima de una «representación» de vampiro real, una farsa siniestra.

Había un tipo de tortura en las dependencias del KGB, en la Lubyanka, que consistía en aterrar al torturado con la simulación del ataque de un vampiro. Todo era una invención, incluso el mordisco del falso vampiro se hacía con una máquina protésica, de afilados dientes de metal, que el actor-torturador se adaptaba a la boca. Muchos murieron desangrados. A otros más, por la impresión, se les paraba el corazón. Pero, a partir de un cierto momento, el torturador ya no era del KGB sino un vampiro real. Un *nitchevo* de verdad.

¿Cuándo empezó a suceder eso? ¿Quién lo sabía? ¿Quién lo programó? ¿Quién lo autorizó?

—Fue mérito de Yuri Andrópov la idea de «amaestrar» vampiros, por así decir — me explicó Sarah.

El propio Andrópov, en su mandato, incrementó el programa hasta el extremo de generar una gran confusión de identidades entre unos vampiros y otros. Cruzó, así, un umbral maldito. Incluso la muerte de Andrópov tuvo algo de extraña: se dijo que fue envenenado. Pero no lo fue de la manera que se creyeron en la CIA, sino por su propia ambición: quiso ser un vampiro y acabó siendo convertido en uno de ellos.

Las únicas pruebas están en poder de Langdon, a quien se las pasó Dushkin. Ahora Langdon está en paradero desconocido, incluso para Sarah, que no tiene noticias de él desde hace unos años. ¿Le sucedió como a Nikita Fonderviakin, el periodista ruso asesinado en el ascensor de su casa en 1996 después de acabar un largo informe-reportaje sobre los *nitchevo*? Lo cierto es que, después de su encuentro con el vampiro-soldado Dushkin, el informe-reportaje de Fonderviakin había caído en manos de Langdon, quizá depositado en ellas por el propio *nitchevo*.

—En la época de Andrópov hubo dos millones de casos de vampirismo en la URSS —dijo Sarah.

Pero el asunto clave para el KGB era cómo lograr la soledad de los vampiros. Que actuaran solos era fundamental, pero no conocían las Esferas Vampíricas y cometieron el error de invocar, acertando con la nomenclatura vampírica, a la Sombra, al Gran Vampiro, un Vacío que rige la constelación de los upires. Abrieron una puerta que no se ha podido cerrar desde entonces en Rusia. La consecuencia fue que los ataques, que llamaban actuaciones, no han dejado de aparecer como plagas periódicas.

Los hospitales de Moscú fueron diezmados.

Las guerras aumentaron. Y no se han pacificado aún, solo están latentes. ¿No es curioso que las guerras rusas acaben siendo como «guerras en letargo», al igual que lo que les sucede a los propios vampiros, pero a escala genérica? Esto es así sencillamente porque los vampiros *nitchevo* vagan por los campos de batalla, las ciudades destruidas, matan a sus anchas en un mundo en el que lo normal es estar muerto. Nadie los reclamará, ni a ellos ni a sus víctimas.

Langdon supo que, en los escenarios bélicos, las fosas comunes eran muchas más de las que la gente sabía, que los vampiros crecían en número, que se abatían sobre ciudades enteras. El oscurantismo informativo ruso los amparaba. Las desapariciones achacadas a escapes nucleares, las catástrofes naturales, los atentados terroristas a gran escala y demás hechos escalofriantes no eran más que tapaderas del devastador avance de los vampiros *nitchevo*, los reales y los falsos, en cualquier caso fundidos ambos en un mismo Gran Vampiro.

El principio de la solución se tomó con el trágico suceso del Kursk, el submarino nuclear que se hundió en el mar de Barents en agosto del año 2000 con su tripulación de ciento dieciocho hombres de dotación al completo.

¿O habría que preguntarse si fue hundido?

¿Quién estaba dentro? Según algunos expertos de la Marina que ya han desaparecido también, iban a bordo vampiros *nitchevo*. Sobre todo las cepas principales del virus de esos vampiros. Suponía un último y desesperado experimento de destrucción de esos virus, para, más tarde, si daba buen resultado —y no cabe duda de que lo dio—, aplicarlo como método de exterminio de los vampiros

incontrolados. Ya habían empezado a extenderse por las ciudades rusas más orientales, y su amenaza se empezaba a prolongar hacia el Este, hacia China. Dos mil millones de chinos vampiro habrían acabado con la vida en la Tierra en pocos años.

¿Volvían a hacer acto de presencia historias diezmadoras como las plagas de Egipto que recoge la Biblia? ¿Preludiaban los *nitchevo* un apocalipsis que se avecinará en el siglo XXI o en el XXII? ¿Lo preludian todavía? ¿Son los *nitchevo* el virus que todos creen buscar y nadie encuentra?

Sarah Rubin diría que, en tanto que hipótesis seductora, tal vez sí. Pero ella, como siempre, tenía otra versión de las cosas, amasaba otra teoría.

30. LOS TRECE PRINCIPIOS

¿Una epidemia potencial?

La llamada Comisión Napolitano, tal como pone en su web, lleva el nombre, nada encubierto, de *Commissione parlamentare di inchiesta sul fenomeno dei chiroterri e vampiri riferito alla vita umana*. Con sus investigaciones y encuestas acerca del supuesto virus vampírico, se planteó en su seno una cuestión muy interesante acerca de la cadena de contagios provocados por mordeduras de vampiros: la cuestión de su transmisión epidémica.

En este sentido, los sucesivos miembros de la Comisión a lo largo de los años habían llegado a una conclusión más o menos parecida a la de sus homólogos rusos. En las altas esferas de algunos gobiernos líderes del mundo, y pongo dentro del mismo cesto a mis compatriotas del Pentágono, alguien se enfrentaba a la posibilidad de una pandemia vampírica. Artificial o no, eso era lo de menos. Lo demás era que quizá no fuese controlable.

Sarah me recordó, al relatarme todo lo relativo a la Comisión Napolitano, el terror que causó el virus de la rabia en una época ahora distante. La rabia, sobre la que se sabía muy poco y a la que siempre, debido a sus repelentes manifestaciones, se la había emparentado con lo mágico y lo sobrenatural, asoló Europa en el siglo XVIII. Si era un virus lo que había detrás del vampirismo en aquel entonces, lo más normal era que respondiera a una mutación de la rabia. Y, en consecuencia, que los contagios existentes fueran por vía de mordedura, saliva o sangre.

Esta simple reflexión estaba, además, avalada por la historia: no olvidemos que el vampiro, en las culturas populares de todos los países y continentes, pero muy especialmente en Europa, ha abundado en épocas de grandes plagas, pestes y epidemias de todo tipo, muy especialmente en el siglo XVIII, hasta ser el propio vampirismo, por qué no, una epidemia más.

Tenía que ver, claro, con hambrunas feroces que dejaban, además, un rastro de canibalismo por todas partes, y en las que una gente mataba a otra gente para comerse sus entrañas o beberse su sangre caliente. Como ocurrió, de manera sistemática, en las diversas y frecuentes hambrunas de Ucrania y Bielorrusia, la última en los años treinta del siglo pasado.

Pero también aquellos eran casos reales de vampiros reales, epidemias reales de vampirismo, y fueron muchas más de las que se cree. Sin embargo, lo pagaron los inocentes: se exterminó a muchas personas hambrientas creyendo que se estaba eliminando así a un no-muerto.

La Ley Vampírica

—Lo más sorprendente —dijo Sarah— es que la Comisión Napolitano en sus informes, muchos de ellos a disposición de quien quiera consultarlos, aunque la mayoría de sus investigaciones son material clasificado... lo más sorprendente, digo, es que, al hablar de la posibilidad de que el virus vampírico se extendiera como una epidemia, y de que se reprodujeran situaciones similares a las pandemias pasadas, recogía con toda naturalidad los Trece Principios del vampirismo.

Sarah apenas si me había hablado de ellos y solo de pasada. Yo, desde luego, no sabía a qué se estaba refiriendo, así que puse cara de desconcierto. ¿Qué Trece Principios eran esos?

Era evidente que Nemus le confirmó alguna vez, punto por punto, aquellos Trece Principios, cuya elaboración y estructura eran un calco bastante simétrico de ciertas leyes judaicas. Esto no quería decir en absoluto que lo vampírico, en sí mismo, tuviera que ver con el mundo judío, ni que el mundo judío, por otra parte, se hubiera caracterizado por concederle importancia al universo vampírico. Sin embargo, en algún momento de la historia de la humanidad, quien había hallado un relato coherente en la figura mítica de Lilith, la mujer díscola y oscura de Adán, condenada a beber sangre y habitar las tinieblas de la noche, había descubierto también en la Ley hebraica una cara oculta, una copia en negativo, al menos como guía para legislar, esquemáticamente, la existencia y singularidad de los vampiros, sus herederos.

Hay, por tanto, una Ley Vampírica (¡y es ni más ni menos que la Comisión Napolitano quien lo dice, remitiéndose a ella sin cuestionarla y haciéndose eco de una mezcla heterogénea de leyendas y realidades insanas, políticamente del todo incorrectas!), una Ley calcada de la *Mishná* hebraica, que tiene Trece Principios dogmáticos basados en una especie de *Brith* (Alianza).

¿Una Alianza?, me pregunté. ¿Una Alianza entre quiénes? ¿Entre los cuatro jefes vampiros de las cuatro esferas o Sefirot? No podría ser otra alianza que esa entre ellos. A no ser que se tratara de una alianza entre la vida y la muerte, para crear un estado nuevo, un híbrido de los dos, el estado reviniente o *nosferatu*, pues ese es su verdadero nombre.

Sea como fuere, constituían la base esencial del vampirismo: eran los dogmas de la Zona Exterior.

Sarah los venía estudiando durante años, inducida por Nemus, quien se los había revelado tiempo atrás. En cierto modo, me dijo, constituían una plataforma tan amplia y ambigua que servían de orientación a vampirólogos rigurosos, como ella, pero también daban alas a los intereses de cardenales vaticanistas expertos en demonología y exorcismo, e incluso a personas incautas y crédulas que habían hecho del vampirismo de opereta una religión negra y oscura.

Cómo habían llegado a poder de Sarah esos dogmas era todo un misterio. No existe, obviamente, nada escrito ni documentado sobre una Ley Vampírica definida.

Solo son transmisiones orales, frases contenidas en la «megamemoria» de cada vampiro, en su «disco duro». Están, por así decir, en su código genético, el que se ha venido formando en la cadena de sus miles de sangres mezcladas después de cada conversión de un humano en vampiro.

Sarah me pasó por *mail* los Trece Principios-dogma. Son estos (creo que los hago públicos por primera vez):

Primero: *Existe el vampiro.*

Segundo: *El vampiro tiene un cuerpo universal.*

Tercero: *El vampiro es cuerpo y no-cuerpo.*

Cuarto: *El vampiro tiene eternidad.*

Quinto: *El vampiro es irresistible.*

Sexto: *El vampiro tiene jerarcas y se manifiesta en ellos.*

Séptimo: *El vampiro busca el aliento (ruaj).*

Octavo: *El vampiro es humano y no lo es.*

Noveno: *El vampiro es fiel a sí mismo y es mutable.*

Décimo: *El vampiro conoce el tiempo y se anticipa a él.*

Decimoprimer: *Solo el vampiro sabe cómo puede morir.*

Decimosegundo: *El vampiro es insaciable.*

Decimotercero: *El vampiro nace de la resurrección de los muertos.*

Lo verdaderamente sorprendente es que, al compararlas, algunas de las conclusiones de los trabajos de la Comisión Napolitano tenían mucho que ver con estos dogmas, lo que certifica su autenticidad, en cierto modo. Véanse algunos ejemplos que pude transcribir de esos trabajos, tal como los encontré en los archivos de Sarah:

ítem comm. parlamentare. «Es una verdad incuestionable que existen los vampiros. Demostrarlo tiene sus riesgos, el mayor, la pérdida de la vida (...)».

ítem comm. parlamentare. «Cada vampiro es la suma de todos los vampiros que existen y que han existido. (...) Cada uno tiene la memoria de todos. Cada uno es parte de todos. Pero, por eso mismo, tienen la capacidad de

extenderse por toda la tierra como una enfermedad o una peste, ya que los vampiros no encuentran obstáculos *inter pares*, es decir, entre ellos mismos, sino que son suma y multiplicación de sus respectivas potencias. (...) Este aspecto universal e ilimitado del vampiro es lo que ha de ser más merecedor de estudio y desarrollo por parte de los programas militares del gobierno de la República creados a tal efecto (...)».

ítem comm. parlamentare. «A su universalidad se debe la facultad de traslación en el tiempo y en el espacio; a ella, también, se le atribuye un peligro vírico-pandémico de incalculables proporciones (...)».

ítem comm. parlamentare. «El vampiro no muere, aunque puede ser matado (...)».

ítem comm. parlamentare. «Su capacidad seductora, erróneamente asimilada a la hipnosis, procede de una envolvente sensación de parálisis ante la presencia de un reviniente y de una adicción a la violencia de su ataque (...)».

ítem comm. parlamentare. «Entre los vampiros, denominan como “aliento” a la sangre, ya que en realidad es para ellos el *hálito de vida* (...)».

Un número especial

El número vampírico por excelencia es el 613, para lo bueno y para lo malo. ¿Por qué ese número y no otro? ¿Y por qué un número? No se sabe la razón, tal vez sea una formalidad aleatoria, pero el caso es que se hallan de nuevo equivalencias simétricas (a la inversa) con la Torá hebraica, cuyo número de preceptos es exactamente ese mismo.

Se han dado casos de vampiros que no han atacado a personas que tenían esa cifra tatuada. Les servía de rechazador vampírico, ya que es un número atávico para ellos, y, además, representa una cifra que contiene una cifra que contiene una cifra ($613=6+1+3=10$; $1+0=1$). Algunos cazavampiros se la tatúan en la frente.

Llegados a este punto, Sarah hizo que fijase mi atención en algo curioso acerca de esa cifra desplegable. Al parecer, la Comisión Napolitano había anunciado recientemente que acabaría por fin sus trabajos en una fecha no muy lejana, dentro de la legislatura. Lo haría con la publicación de parte de sus conclusiones, al menos de aquellas que podían hacerse públicas en el contexto de una comisión parlamentaria sufragada con el presupuesto del Estado. Lo paradójico era que el número de los trabajos acabaría siendo 613. Ni más ni menos, después de tantos años de pesquisas, informes y debates, habían llegado a ese número cuya suma total de sus números

entre sí daba 1, es decir, la cima monoteísta o el centro del abismo.

—Fíjese, Thea —me dijo aquella vez Sarah—, lo sorprendente es que, a día de hoy, el número total de esos trabajos me consta que ya es de 612. El informe de las conclusiones será, por tanto, el número 613. ¿No le parecen muchas coincidencias? ¿No es demasiada cercanía con el verdadero mundo vampírico? ¿Por qué saben lo que yo sé? ¿Quién preside realmente esa Comisión? ¿Quién los asesora?

«¿Nemus?», pensé yo, pero mantuve la boca cerrada. Me empezaba a resultar obvio.

31. EL ARCHICONOCIDO LORD RUTHVEN

—Es imposible no abordar, en un libro de vampiros —le dije a Sarah—, el caso totalmente literario e hiperexplotado de lord Byron y su médico Polidori.

—¡Thea, no me interesa nada! A lo sumo me hace gracia lo confundida que está esa gente que se llama a sí misma «estudiosa». ¿Estudiosa de qué? ¿De lo que ya ha decidido aprender?

—Pero no me negará que la historia se presta a fabular sobre las más descabelladas elucubraciones: la personalidad violenta del propio Byron, la confesión que hace del vampirismo como fuerza romántica, la reunión con sus amigos en la Villa Deodati para escribir cada uno la historia más espeluznante.

—Sí, obviamente todo eso forma parte de la leyenda, y así ha pasado a los libros de historia literaria. Todo tonterías de maestra puritana. Para empezar, le diré que existe, pese a todo, una base real poco o nada conocida por esos pazguatos eruditos de Oxford. Una realidad que es mucho más desagradable, al menos para mí.

—¿A qué se refiere?

—El asunto de Byron hay que enfocarlo correctamente, esa es la diferencia entre los británicos y nosotros, los norteamericanos. Nosotros solemos dar menos rodeos en cuanto al enfoque.

—¿No teme ser injusta con el gran mito?

—Me encanta deshacerme de los mitos. Y al de Byron no le debo nada, incluso sus versos me aburrían en la universidad, así que puedo juzgarlo hasta las últimas consecuencias y sin que por ello traicione una leyenda fundacional de la esencia anglosajona.

—Los británicos son grandes creadores de leyendas fundacionales que les sirven para tapar la verdad.

—¡Y que lo diga! Le pondré un ejemplo, Thea: ¿se imagina usted que la reina Isabel fuese una vampira?

—¿Qué reina Isabel? ¿La *actual* reina Isabel? ¿*Esa* reina Isabel?

—Sí, sí, Isabel II, la de los sombreritos, la de la película esa.

—¡Ja, ja, ja! Me cuesta creerlo, aunque conozco a algún que otro escocés que lo juraría cien veces. Se podría pensar que es una representación deliberada, que estuviera disimulando algo o haciéndose pasar por otra persona. Creo que una vez la vi en la tele y lo pensé.

—Pues le aseguro que si fuese una vampira, el MI5 o el MI6, no sé cuál de los dos se encarga de esas cosas, ya habría tomado cartas en el asunto para fabricarse un cliché inamovible e impenetrable. Una buena nube de humo, un cambio de foco, eso es lo que hacen. ¿Me sigue? Nos mostrarían otra verdad, sin tener que decir una mentira.

—¿Como cuál?

—Pues como que quien era vampira de verdad era ni más ni menos que Lady Di. El pueblo británico, incluso en las viejas colonias, India incluida, venerarían ahora el vampirismo y Elton John viviría a base de transfusiones. ¡Canta esas canciones tan tontas!

—¡Ja, ja, ja! Yo prefiero a los Doors.

—¡Ah, sí! Jim Morrison. Otro vampiro. Lo sé. Vaya a París y lo verá.

—¿Está de broma? Bueno, ya veo que no. ¿Y qué tiene que ver esto con lord Byron?

—Nada en concreto. Tan solo me refería a que los británicos gustan de variar el foco para desviar la atención de lo importante. Y con Byron hicieron eso. Byron tiene algo de Lady Di de su época, al menos la magnitud del mito. Como el propio Byron escribió, «no podías penetrar en su alma, pero descubrías con horror que él había hallado el camino a la tuya».

—¿No es eso precisamente lo que hacen Nemus y los demás vampiros?

—Sí, más o menos. Pero también lo hace su contrario. Eso es lo preocupante.

—Yo creo que Byron, hoy en día, es un mito literario. Su existencia real importa poco. Lo que importa es la imagen que cada uno se ha formado de él en su cabeza.

—Pero sí que existió, Thea, y no fue precisamente como se imaginan ni los detractores ni los partidarios. Sostengo una teoría al respecto.

—¿Y guarda relación con el don juan vampírico que fue Byron, con todas las mujeres que amó?

—No, desde luego que no. Porque, en realidad, quienes sostienen que lord Byron fue un vampiro están absolutamente equivocados. Y quien afirme que la persona que supo descubrirlo fue el bueno de John William Polidori en su parco libro *El vampiro*, en el que atribuye a su personaje, lord Ruthven, la personalidad frívola y los hechos perversos del propio Byron, como en una novela en clave, yerra de parte a parte. Ya sabe la historia, ¿no?

—Bueno, solo por encima. Lo que sabe todo el mundo. Que Lady Caroline Lamb, la amada desechada de Byron, en su novela *Glenarvon*, y Polidori, en la de *El vampiro*, enmascararan con el nombre de lord Ruthven al personaje del verdadero Byron, a quien por cierto ambos guardaban algún tipo de rencor.

—En efecto. Yo diría que lo odiaban. Byron había contratado los servicios de Polidori como médico, pero en realidad era porque le hacía gracia llevar consigo a todas partes a un criado culto al que humillar.

—Pero los dos pensaban que era un vampiro de verdad.

—No. Lady Caroline creía que era un vampiro metafórico, que la había chupado la sangre del alma. Era Polidori quien creía que su señor era un vampiro de verdad. Él enseñaba, a quien quería verlas, las marcas que aún llevaba en su cuello. Marcas

falsas, obviamente.

—¿Y qué pasó?

—Bien. Llegó el famoso viaje a Ginebra, en el Lago Lemán, la famosa velada del 18 de junio de 1816 en Villa Deodati, con los Shelley y su prima, de donde salió la famosa novela *Frankenstein o El moderno Prometeo*, y la propia novelita corta de Polidori. Una velada para la historia. En fin, lo que todo el mundo sabe. Sin embargo, algo ocurrió entre ellos, una de esas noches de desvarío, que motivó la distancia entre Polidori y Byron, hasta el extremo de que este se deshizo de él despidiéndolo.

—No es de extrañar. Creo que Byron era un poco hijo de puta con todo el mundo.

—Sí, eso parece. Iba de castigador y soberbio, se forzaba en ser maldito. Pero con Polidori lo era un poco más. Le gustaba reírse de él, burlarse de su aspecto, tratarlo como a un sirviente, fulminarlo en cuanto abría la boca. Le puso el mote despiadado de «Polly-Dolly», hiriéndole en su afeminada condición homosexual. Seguro que lo hacía para no asumir las relaciones sexuales que mantuvo con él, cuando lo conoció como estudiante en Edimburgo.

—Lo que he leído en algún sitio es que tenía un modo de mirar torcido y malévolos, que producía espanto en las mujeres.

—Y en los hombres. Era su manera de camuflarse. Lo hacía como un actor ante el espejo. Se sentía señalado, marcado. Más que amarlo todo con pasión, lo despreciaba todo con pasión.

—¿Entonces Polidori se vengó?

—Polidori era un idiota. Y como todo idiota, peligroso, porque dice la verdad. Además, su libro es infame y ridículo. Pero de una manera un tanto retorcida, sí lo hizo, sí se vengó. Lo pintó como un vampiro despreciable, cuando en realidad no lo era. Más bien le confesaré que era todo lo contrario. Esta es la cruda verdad de Byron, que era otro diferente a quien quería parecer ser.

—¿Tanta seguridad tiene en ello, Sarah?

—Absoluta. No me cabe la menor duda. La respuesta está en un pasaje de la vida de Alice Brown.

—¿Quién es Alice Brown?

—Verá, Thea, le diré algo de Alice Brown. Alice, que falleció en 1932, era a finales del siglo XIX una reputada espiritista y escritora motivista. Todos la consultaban. El motivismo era un movimiento que pretendía sacar de cada individuo el médium que lleva oculto. Según los motivistas, cuyas teorías aún se sostienen, todos podemos relacionarnos de algún modo con el más allá... si se dan determinadas condiciones para desbloquear nuestro interior. Pero esa es otra cuestión. El asunto es que Alice Brown lo desbloqueó y el 15 de febrero de 1880, en una famosa sesión en el palacio de Buckingham organizada por el príncipe Arturo, uno de los hijos menores de la reina Victoria, entró en las tinieblas. Y en el otro mundo halló a

Polidori, quien le habló solamente a ella esa noche. He comprobado que H. G. Wells, que estuvo en la velada, lo registró en uno de sus escritos. La médium no admitió preguntas.

—¿Y qué fue lo que le dijo?

—Lo que hizo Polidori fue dictarle a Alice Brown párrafos enteros de su propio diario, precisamente las páginas censuradas por su hermana Charlotte y que ella arrojó al fuego debido a que, entre otras cosas, referían con detalle los amores entre su hermano y Byron. Pero lo que esa noche le dijo a Alice, en presencia de buena parte de los amigos del príncipe Arturo, fue que acompañó a Byron en una acción contra un vampiro que el poeta buscaba en Ginebra, en la cripta de la Catedral de San Pedro, donde se hallaba un vampiro que, para Byron, era el mismísimo Calvinus.

—¿Juan Calvinus, el reformista protestante?

—El mismo. Conocido hoy más como Calvino. Es decir, ¡Byron se reveló como un cazavampiros! ¡Como un maldito revientapechos! Para mí eso lo vuelve odioso. Todo lo que tenía de atractivo pasa a ser despreciable. Pero surgen severas incógnitas. ¿Por qué el propio Byron se definió a sí mismo, en varias ocasiones, como «enemigo de su raza»? Tal vez, consciente de lo que se decía por ahí acerca de su naturaleza vampírica, y sin querer revelar del todo su voluntad cazadora de vampiros, jugaba ante los demás a esa ambigüedad. O tal vez se había vuelto un mercenario del Vaticano, uno de esos llamados *capistranos*.

—¡Así que el gran poeta era un cazavampiros, él, que parecía ser más vampiro que nadie!

—Lo que he podido deducir de los textos del propio Byron, leídos desde esa nueva perspectiva, es que en realidad tenía devoción y fascinación por los cazavampiros. Les otorgaba cierta cualidad de aventureros enfrentados al mal. Como unos Indiana Jones de la época, para entendernos. Y el hecho de que Byron sea un cazavampiros no me lo hace simpático, Thea, no me lo hace en absoluto.

—¿Y por qué no se ha extendido más esta imagen del poeta? Al fin y al cabo, para muchos lo libera de las fantasías sobre su vampirismo y lo pone, por así decir, del lado de la justicia y del bien.

—¿La justicia, Thea? ¿El bien? No comparto esa visión de la justicia ni del bien. Permítame que le ayude a comprender. No se puede aplicar la noción de justicia a los vampiros. Son amoraless. Actúan como actúan para sobrevivir y para generar un modo distinto de eternidad, no lo olvide. Los cazavampiros son antinaturales. Casi diría, siguiendo el educado lenguaje de hoy, que son «antiecológicos». Pero siempre, siempre, son reaccionarios. Un cazavampiros sirve al orden establecido. Tal vez ese orden sea el bien, no se lo discuto, pero no me gusta lo más mínimo. Le diré, por otra parte, que estoy segura de que quien preside la Comisión Napolitano es un cazavampiros, y también lo es quien dirige ese programa PYP de nuestro gobierno

del que usted habla tanto, y lo es quien está detrás de todas las acciones pasadas y futuras de los servicios secretos rusos. Pondría la mano en el fuego.

Hubo un largo silencio. Sarah, que se había hiperventilado un poco, tomó aire.

—Hay unos versos de Byron —prosiguió con voz muy lenta— en los que se puede leer entre líneas su acción cazavampírica. Apenas retuve estos:

My embrace was fatal...

I loved her, and destroy'd her.^[2]

—Para mí solo son hermosos.

—Pues para mí son terribles.

32. VAMPIRISMO DE MANADA

Todas las mañanas echaba un vistazo a mi blackberry por si había algún mensaje de Vic Armstrong. O de casa. Pero solía ser cero. Cero mensajes. Así casi todos los días. No recuerdo en qué momento me di cuenta de que, más que un reportaje, lo que estaba escribiendo era este libro, pero debió de ser a raíz del enésimo *mail* que le mandé a Vic, mi editor, cuando, en una respuesta suya, se alegraba de que hubiese empezado con tan buen pie y me animaba a que hiciese una versión más amplia, «para las familias». Literalmente usó la palabra «familias».

Lo del libro ya lo había pensado en cuanto vi el rico caudal que era el archivo de la casa de Via dei Greci, pero no lo de las familias. Lo consideré buena idea, hacer un libro para todos los públicos. Eso me llevó a plantearme algo que no me había planteado en ningún momento hasta entonces: el hecho de si existe la familia vampírica y qué tipo de familia tiene un vampiro. Si es que la tiene.

Sarah no se anduvo por las ramas; me dijo que unos sí y otros no. Unos son seres individualistas que actúan en la más absoluta soledad, como Nemus, y otros forman una variante tribal, en la que se fortalece el parentesco como un vínculo defensivo, propio de grupos cerrados. Y especialmente sanguíneo, aunque las sangres de todos los vampiros son impuras, mestizas, nada «familiares». Son los llamados vampiros de manada.

Me interrogaba, entonces, sobre cómo actuarían esos vampiros de manada cuando constituyeran familias enteras, esto es, cuando todos sus miembros hubiesen sido vampirizados.

La respuesta llegó unos días después.

Fue la jornada en que hubo que hacer una sesión de fotos con Sarah para ilustrar el reportaje. El fotógrafo que trabajaba para *Factory* era un *freelance* que vivía en Génova. Y vive allí aún. Se trasladó a Roma para la sesión. Es muy bueno; se llama Daniel Verbinski y tiene la nacionalidad argentina, pero había vivido en su juventud en Israel.

Sarah habló con él con gran locuacidad. Al oírle citar Israel, le habló de su amiga Ilana Goor. Verbinski conocía perfectamente el museo de Ilana Goor en Tel Aviv. Para completar el reportaje, se comprometió a ir hasta Jafo a hacerle una foto al sarcófago bizantino, ahora vacío.

Mientras avanzaba la sesión de posado fotográfico en el marco escogido, los alrededores de Via Véneto con el fondo de la iglesia de los Capuchinos, en cuyo osario Sarah estaba convencida de que se aletargaban vampiros de manada, se quedó obsesionada con el rostro de Verbinski. Se había encendido una luz en ella. Dijo de pronto que le recordaba al único retrato que había visto de Arthur Knight. El retrato con el que fue buscado durante un tiempo por varios estados.

Ni Daniel ni yo sabíamos de quién se trataba, aunque su historia era relativamente reciente.

El caso Knight

Arthur Knight, de cincuenta y seis años, casado y con tres hijos sanos, era un programador de ordenadores de Alamosa, Colorado, que había pasado por un taller literario para escribir novelas de ciencia ficción, su vocación frustrada. En el año 1997 consiguió, por fin, publicar a sus expensas su primera novela en una pequeña editorial local. La novela se titulaba *Green Blood of a Remote Galaxy* (*Sangre verde de una galaxia lejana*).

En resumen, era una novela de corte fantástico en la que unos vampiros extraterrestres —sus favoritos desde la infancia—, unidos entre sí por las mismas leyes de una manada, atacaban de noche el World Trade Center de Nueva York. Fue extremadamente premonitoria de lo que sucedería cuatro años más tarde, pero, como era de esperar, pasó totalmente desapercibida. Vendió 194 ejemplares, y todos en Alamosa.

A raíz de aquella insignificante publicación, en la que, entre otras cosas, había una sobreabundancia de sexo, el honrado programador de ordenadores Arthur Knight tuvo un revés social: fue reconvenido en público por el reverendo Byrne y apartado de la comunidad anabaptista de Alamosa, en San Luis Valley, que Byrne presidía y a la que pertenecían los Knight.

Ya se sabe que los anabaptistas son troncalmente unos puritanos que aspiran a las esencias del cristianismo primitivo. Tienen, como los antiguos cristianos a los que imitan, un estricto sentido de la unión, de la familia y de la comunidad. Algo que el propio Knight sentía muy arraigado en sus valores más íntimos.

La expulsión trajo consecuencias fatales para todos. Como reacción, nació en Arthur Knight un torturante e insaciable rencor hacia sus viejos correligionarios de iglesia. Vivió la expulsión como una degradación y un rechazo. Entonces, en su cabeza de novelista fantástico, urdió un extravagante plan que podría ser divertido en una película de Robert Rodríguez, si no fuera porque en realidad acabó siendo terrible: matarlos a todos vaciándolos de su sangre, y que el crimen supusiera vampirizar a muchos, un número suficiente como para convertirlos en una manada vampírica, llevarlos quizá a una *remote galaxy*.

Había leído que el número ideal y límite de una manada vampírica es de 613 miembros. De nuevo aparecía en mi trabajo la cifra modular del vampirismo.

Era obvio que Knight había enloquecido, porque para lograr su sangrienta meta, el primero que tenía que asumir su muerte era él mismo. Es más: asumir el azar de ser o no ser vampirizado por un vampiro, única vía de contagio conocida. Aunque, como diría Sarah, «Knight había enloquecido de lucidez».

Su plan dio resultado.

Después de buscar por todas partes y de informarse con todo tipo de fuentes, expertos y recursos, animado por la venganza, encontró la pista de un vampiro real en Salem, Oregón. No hay información clara sobre ese reviviente, pero es irrelevante. Knight fue vampirizado en 2002. Se desconocen las circunstancias, solo se sabe que, a efectos legales, Knight desapareció sin dejar rastro del viaje, supuestamente de negocios, que hizo a Salem.

Unas semanas después, la familia de Knight, es decir, su mujer Martha y sus hijos Art, Lucy y Olney, de quince, diecisiete y diecinueve años respectivamente, habían fallecido en una extraña intoxicación, aunque sus cuerpos, enterrados precipitadamente a causa del olor que desprendían, habían pasado a ser vampiros.

Un mes más tarde, la mayor parte de la comunidad anabaptista de Alamosa, a la que pertenecieron Arthur Knight y su familia, había sucumbido a los continuos ataques de los vampiros. Primero unos pocos, luego una legión. De ese modo, al cabo de solo unos meses más, la comunidad entera, a efectos sociales, se había disuelto totalmente. Con los Knight a la cabeza, era ahora una manada vampírica como la de los *fangs* que asoló Detroit por esa misma época, casi reflejo de la que inventó Arthur en su novela de aficionado.

Parientes y vecinos

No es muy frecuente, pero algunos vampiros actúan sobre sus parientes más cercanos o sobre sus círculos sociales más íntimos. Siempre es porque algo lo motiva, ya sea una venganza, como en el caso del herido rencor de Knight, ya sea una manera de protección, al convertir a los familiares en seres eternamente unidos y eternamente no-muertos. Algo así como una gigantesca y feroz hibernación.

—Visto desde esa perspectiva —aclaró Sarah—, el vampirismo puede ser un acto de amor familiar, una manera de sacar adelante a los tuyos. Casi una responsabilidad de cabeza de familia.

—Pero Arthur Knight utilizó a los suyos como parte de su venganza. Fue un irresponsable egoísta. Lo odio como padre. Siempre lo peor de nosotros procede de lo mejor.

—Es cierto. Pero de paso los protegía, a los suyos —insistió Sarah escuetamente.

—Los protegía en exceso y, en mi opinión, de forma totalmente equivocada, ya que me recuerda a esos padres que matan a sus hijos para que no tengan luego que pasar por los sufrimientos que les deparará la vida. ¡Líbrenos Dios de semejantes papáitos!

—No si son chupasangres. Si son chupasangres, en el fondo, equivocados o no, te están salvando.

—Como el buen padre asesino, ni más ni menos.

Lo cierto es que el asunto tiene algo de cíclico. Cuando se produce esa inusual cadena de conversiones vampíricas dentro de una misma familia, las víctimas siguientes empiezan a ser cercanas. Se entra en una espiral vertiginosa y fatídica.

Después van los primos, los tíos, los novios o novias de los hijos y de los primos, luego la vecina a quien se saluda a diario o el vecino al que se le presta un cortacésped, y los compañeros de trabajo, y los miembros de la misma iglesia. La cadena es imparable.

En realidad, Knight, creyendo que actuaba por venganza, tan solo estaba desarrollando el devenir normal de esa variante del vampirismo que es la manada. Hay algo instintivo en ello. Los vampiros de Patel o de la Segunda Esfera, ya lo hemos dicho, actúan en solitario, pero los de Gazar, o Cuarta Esfera, actúan tejiendo una malla de familiares, amigos, conocidos, vecinos... hasta detener su inercia por una razón inexplicable.

Forman un círculo. A medida que se alejan de ese círculo, el número de extraños es más aleatorio, porque enseguida, al atacar a una persona ajena a ese círculo, suceden dos cosas: o se crea un círculo nuevo, o se detiene la cadena bruscamente.

Se ha dado el caso de familias enteras vampirizadas, que, luego, en sus vidas nocturnas, tratan de recuperar lo que fueron y de reproducir su vida normal. Fue lo que le ocurrió a un juez de paz de Woodland Hills, en Cleveland, Ohio. Convertido en vampiro, el juez, quizá por amor, vampirizó a toda su familia. Siguió siendo un amante padre y sus hijos eran obedientes. Buscaron una ciudad nueva para establecerse, una casa apartada y discreta donde poder hacer sus letargos en la tierra, se rodearon de los vampiros más próximos, pero, como todo vampiro, actuaban con brutalidad a la hora de succionar la sangre de sus víctimas mortales. Y todo lo hacían amparados por la seguridad que les daba la tribu.

—Es ridículo lo que le voy a decir —explicó Sarah—, pero aquella parodia de la Familia Adams de la tele, todos esos monstruos grotescos para la época que pasaban desapercibidos como gente rara pero normal, respondía a un poso de verdad: hay familias totalmente vampíricas vestidas como usted y como yo. Nada les delata. Salvo la violencia extrema. Como aquella del juez de paz de Woodland Hills.

—¿Y cuál es el máximo gesto de entrega a la manada? ¿Es acaso posible?

—Es posible, claro. Es el hecho de morderse a sí mismos para alimentar al resto —dijo Sarah—. Es el máximo instinto del vampirismo de manada.

Me explicó que solo sucede en casos de extrema necesidad, y únicamente si encuentran algo de sangre en ellos mismos. Si no, están condenados a la desintegración también de manera consecutiva. Para alcanzar la supervivencia, cuando se hallan en esa situación de radical carencia de sangre y ante ninguna posibilidad de renovarla, solo es eficaz morder, o devorar, el corazón de otro vampiro cercano. Ya se sabe que el corazón de un vampiro es lo último que deja de manar

sangre.

Uno se sacrifica por todos, dándose a ser comido. Suele ser el líder de la tribu, el padre-origen causante de la espiral de contagios. Esto sucede en los de la Cuarta Esfera, los vampiros-manada, precisamente.

—Tal vez fuese así como terminó desintegrándose Arthur Knight, alimentando a los suyos con su propio corazón. Demostró ser un buen padre, al fin y al cabo.

33. PODERES Y LIMITACIONES

Descubriría más adelante que al PYP del Departamento de Defensa lo que más le interesó, desde su creación, fueron los poderes extra-psíquicos que dimanaban de los vampiros. Con su habitual lenguaje eufemístico, los llaman «hechos susceptibles de profundización». El gobierno los considera armas en potencia. Los estudios gubernamentales de percepción extrasensorial o hiperextrasensorial son abundantes y reveladores, muy reveladores, y sobre todo insospechados.

Cuando me preparaba para escribir el reportaje de *Factory*, tuve acceso al PYP y me percaté de que la mayoría de los informes del Ejército, en el PYP, tenían tamponada en una esquina la sigla ES (*Extra Sensory*).

¿Quién diría que el Departamento gasta al año millones de dólares en ellos? ¿Sabía usted, lector, que el Estado invierte en el «lado oscuro de las cosas»? ¿Sabía usted que sus impuestos ayudan a entender lo oculto? No es que el Estado haya aceptado la magia, sino que ha comprendido discretamente que la realidad es poliédrica. Por así decir, de puertas adentro ha reducido considerablemente la lista de las cosas imposibles.

Fue con Sarah con quien aprendí la amalgama de verdaderos poderes y limitaciones de los vampiros que interesaban al Pentágono. Si se pudieran manipular, revolucionarían el concepto de «arma convencional» y dejarían atrás la planificación militar tal cual la entendemos hoy. Tal vez sería bueno, o tal vez sería peor, nadie, por ahora, lo sabe.

1.– Capacidad de invertir la gravedad

Esta cualidad es la que hace posibles movimientos inverosímiles, como caminar por el techo, o levitar unos palmos del suelo a lo largo de unos metros. Seguro que la física puede explicarlo mediante las curvas de Hawkins y Taylor, pero quienes han visto a un vampiro gatear por las paredes, o han estado en contacto con uno, saben que los vampiros pueden moverse y trasladarse por el aire unos metros, igual que pueden levitar unos palmos del suelo, ya que dominan la suspensión temporal gravitatoria debido a la condición de inanidad de todas sus células y materia, incluida la ósea. En otras palabras, los vampiros son grandes masas de una sustancia cenicienta a las que la sangre les confiere otra forma, otro color y otro aspecto.

2.– Traslación aérea y celeridad

También, derivado de la anterior cualidad, los vampiros pueden trasladarse a una velocidad extremadamente rápida, tanto que no es captable por el ojo

humano, lo que aumenta su potencial aterrador y subyugante. Los ves en un punto y un segundo más tarde están en el otro extremo; los ves cerca y en un parpadeo se han alejado decenas de metros. Ante esa celeridad de movimiento, la víctima tiene una clara sensación de que no existe escapatoria ante la presencia de un vampiro. Se mueva hacia donde se mueva, uno siempre será agarrado por él. El vampiro cierra el paso.

3.– Ubicuidad bilocal

Se trata de la capacidad de tener doble ubicación o bilocación, también conocida como desdoblamiento de presencia y simultaneidad de apariencia física en un mismo momento histórico-temporal.

A este respecto, Sarah me contó el caso de los vampiros magiars del sitio de Viena. Corrió por la Centroeuropa del xvii una leyenda que todo buen vampirólogo no debe despreciar ni pasar por alto. Un tiempo después de que Viena fuese sitiada por los turcos del visir Mustafá el Negro, se dijo que había habido multitud de chupasangres actuando de manera calculada y aterradora, diezmado de este modo la ya de por sí bastante diezmada población. El sitio duró siete semanas, desde julio a septiembre de 1683.

Aunque tienen para Sarah el grado de conjeturas, lo que parece ser muy probable es que la Gran Puerta (como se conocía al poder del sultanato turco) había empleado un ejército de vampiros para aterrar por las noches a los vieneses, haciendo ataques sorpresivos en diversos puntos de la ciudad, en especial en bosques y jardines. Se contabilizaron quince ataques organizados, con centenares de víctimas.

Era en realidad un microejército de unos centenares de vampiros turco-húngaros que utilizaban su poder de simultaneidad, traslación e inmediatez para infligir el mayor daño. En pocas palabras, se bilocaban de manera masiva al grito aterrador de «*Kan! Kan! Kan!*^[3]».

Los bosques que rodean Viena se llenaron de leyendas sobre esas bilocaciones. Y de sombras que levitaban y aparecían de pronto de las maneras más inauditas, boca abajo, súbitamente, en lúgubres grupos, sorprendiendo a los pocos infelices que se aventuraban por ellos de noche y antes de abatirse sobre las casas y palacios más próximos a las ominosas arboledas. Se decía que estaban por todas partes, hasta cinco testigos juraron haber visto al mismo otomano atacar y morder a la vez en cinco puntos distintos y distantes de la ciudad de Viena.

4.– Bilocación histórica e invisibilidad ocasional

Es la duplicidad de presencia en distintos momentos histórico-temporales.

Aquí cabría preguntarse si un vampiro de otro siglo puede actuar en los tiempos actuales, y si un vampiro de hoy puede retrotraerse a otro siglo. La verdad es que sí puede hacerlo, pero únicamente él sabe que está sucediendo, la gente normal lo verá siempre como un contemporáneo, sea cual sea su apariencia física o su ropa. Es una de las experiencias únicas que todo vampiro tiene, un efecto, digamos, propio de su fisiología.

Nemus contó en una ocasión que se trasladó a la batalla de Culloden (Escocia) del 16 de abril de 1746, deseoso de sangre y de orgía visceral, y allí encontró a otro vampiro con las mismas ansias devoradoras, un vampiro de San Diego convertido en el 2001. Se gruñeron entre sí, pero solo ellos sabían quiénes eran y lo que estaban haciendo.

Hay que añadir que cuando un vampiro viaja hacia atrás en el tiempo, se torna invisible. Por eso durante la batalla nadie los vio, salvo ellos mismos.

En cambio, no sucede así cuando viajan hacia adelante: un vampiro del XVII, como el propio Nemus, siempre será visible cuando ataque de noche en la Calle 49 de la Nueva York de 2006. Eso le aconteció al taxista Rufus Caldwell, atacado cerca del Bronx por un vampiro de otro siglo que tomó como cliente. Pese a las terribles mordeduras en cuello y costado, Caldwell pudo contarlos. Nunca olvidaría su cara.

5.- Telepatía

La telepatía de los vampiros es de las pocas cosas que han pasado a la mitología popular y es una cualidad real. Son telépatas, también conocidos como psíquicos. Leen la mente de manera aproximativa: reacciones, impulsos, sensaciones, sentimientos, miedos.

La telepatía la pueden orientar hacia la víctima, de ahí que la manipulen hasta aparentar un acto de seducción hipnótica. Responde a una manifestación hiperestésica e hipertrófica, es decir, un exceso de sensibilidad mental y sensorial. Hay múltiples casos de telepatía entre el vampiro y su víctima, y de vampiros entre sí.

6.- Fotofobia voltaico-molecular aguda

Limitación de su naturaleza saturnal que les lleva, como ya se ha visto en otras ocasiones, a huir de la luz solar, cuyo efecto ocasiona la muerte definitiva mediante la desintegración o la implosión. Estallan por dentro en millones de fragmentos pulverizados.

7.– Destructividad

Es una de sus más extrañas limitaciones, si entendemos como tales aquellos actos que llevan a los vampiros a una situación de riesgo o vulnerabilidad.

Tienen un furor destructivo. Les sobreviene una enajenación violenta. Además de chupar la sangre de toda una familia o de un círculo social, pueden llegar a destrozar cuantas pertenencias suyas encuentren a su paso. También lo hacen cuando los ataques son a víctimas individuales.

No siempre proceden así, claro, pero puede ocurrir de vez en cuando. En esos casos, están durante horas destruyendo los objetos personales de esas víctimas, hasta pulverizarlos. Es, según Sarah, la expresión de posesión absoluta, de anulación total, al simbolizar la suma del vaciado de la sangre (interior) más la eliminación de las pertenencias personales (exterior).

Esta destructividad tan arbitraria puede llamar la atención de los cazavampiros y situar al vampiro en franca inferioridad, al distraerlo y hacerle perder un precioso tiempo antes de llegar a su nido todavía de noche.

8.– Incapacidad de presciencia

Otra limitación que los debilita. No tienen presciencia. Esto quiere decir que no saben qué pasará con ellos al minuto siguiente. En esto comparten la incertidumbre de cualquier humano, ya que carecen de conocimiento e intuición acerca del futuro. Esta es su máxima limitación.

No son capaces de ir más allá del presente, por eso —salvo que les guíe el instinto— son imprudentes, impulsivos e incapaces de medir las consecuencias. Un vampiro no imagina el futuro y vive lastrado por escenas o fogonazos del pasado que cada vez se le hacen más tenues y desdibujados. Tiene un recuerdo también limitado, como hemos visto en otra parte. Pareciera que se les hubieran borrado bloques enteros de pasado, tal vez para dar cabida a tanta memoria colectiva de siglos, como la memoria de un computador.

* * *

Quizá por todas estas capacidades y limitaciones, incontroladas e incontrolables por poderes fácticos como las distintas iglesias o los gobiernos de todas las épocas, se les adscribió enseguida al campo satánico. Aplicaron la ley simplista de que todo lo

que no es comprensible es maligno, todo lo que no es manipulable es condenable, en resumen: todo lo que no es santo de lo mío es satánico de lo de los demás.

También, por lo mismo, se ha tratado desde siempre de encontrar el modo de apropiarse de esas fuerzas y debilidades para emplearlas a beneficio de unos pocos. ¿Qué fuerzas de élite del Ejército se podrían crear con vampiros destructivos, ubicuos bilocalizables, sin ninguna capacidad crítica sobre las consecuencias de sus actos y capaces de recibir órdenes por telepatía!

¿Es posible imaginar que cualquiera de esas cualidades, fuerzas liberadas por la acción del vampirismo, cayeran en poder del crimen organizado de las mafias italiana o rusa; o en manos de los terroristas de cualquier cuño, islamistas o latinoamericanos; o en el ámbito de los grandes grupos financieros, industriales o narco-mercantiles, como pasó, en su día, con el sultán turco frente a la sitiada Viena?

Sin embargo, a tenor del devenir del mundo, muchas veces parece que ya hubieran pasado a ese lado de la línea roja y fuera en realidad un ejército de vampiros quienes gobernasen el crimen mundial. Un mundo, el nuestro, ya sitiado.

34. SUMMERS Y LA *ORDO ÆTERNI SANGUINIS*

He de hablar ahora del círculo de vampirólogos que preside Sarah Rubin. Aunque se haya generado en torno a su persona, es heredero de una sociedad cripto-vampírica mucho más antigua, creada por el vampirólogo más famoso del siglo XX, el reverendo Augustus Montague Summers, a quien Sarah venera y respeta como la máxima autoridad hasta la fecha en materia de chupasangres.

Otro importante vampirólogo, su sucesor, el alemán Rudolf Unselde, fue quien transmitió a Sarah los conocimientos y estatutos de la sociedad creada por Summers. Unselde asumió la presidencia de la sociedad desde la muerte de Summers, en 1948. A su vez, cuando Unselde falleció en 1990, Sarah pasó a ser la número uno de la extraña Orden. Una figura incuestionada, como pude comprobar durante mi prolongada visita a su casa.

La sociedad cripto-vampírica de Summers tenía, y tiene aún, dos objetivos: uno es avanzar en el conocimiento del universo vampírico hasta sus últimas consecuencias, sean cuales sean estas; y el otro objetivo aspira al contacto directo con los vampiros a cualquier precio.

Todos sus miembros son o han sido visitados por vampiros, son de los llamados «adoptados», y han enriquecido la Biblia Vampírica con sus testimonios, relatos y experiencias. Muchos vampiros se han expresado por medio de ellos y han confesado sus acciones a esas personas. Algunos de los miembros de la sociedad han pasado, por voluntad propia, a ser vampiros ellos mismos, o a ser nutrición de vampiros en algunas ocasiones. Todos son miembros secretos.

Aunque, como concibió Summers, «la sede de la sociedad está allí donde dos de sus miembros se encuentren y se identifiquen», su ubicación real está en algún lugar ignorado de Salónica, en Grecia. Solo los miembros saben la dirección exacta; nunca jamás se ha filtrado a los profanos.

Como buen clérigo, aunque herético y marginado por la Iglesia, Summers le puso un nombre en latín a su organización vampírica: la *Ordo Æterni Sanguinis* (también conocida como la OAS, Orden de la Sangre Eterna). Era, en origen, una sociedad muy básica. No tenía más reglas que las que rigen cualquier orden secreta, salidas todas de las estructuras de las logias masónicas: desarraigo de sus miembros, renuncia a las patrias, negación de pertenencia, jerarquía piramidal, unicidad de objetivos, feroz autodisciplina.

En el caso de la *Ordo Æterni Sanguinis* el único precepto de obligado cumplimiento era el de «sangre, más sangre y después sangre», tal como todo miembro debía tatuarse, en francés y en letras góticas muy menudas, en el tercer espacio intercostal izquierdo:

Sang, plus sang et puis sang

Es el único caso de sociedad vampírica que se conoce. Creían en los Trece Principios a rajatabla, tenidos como una Ley sagrada. Su cupo nunca podía exceder de más de 613 miembros (como en las órdenes templarias, curiosamente). En esto, como en otras muchas cosas, Summers demostró una vez más saberlo todo acerca de los vampiros.

Todo empezó porque, desde muy joven, a Augustus Montague Summers le fascinaba la viscosidad de la sangre, la densidad de esa sustancia deslizándose entre sus dedos antes de coagularse. Quizá de ahí proviniese su creciente pasión por el lado sombrío de la sangre, y por los seres nocturnos que la bebían y transmitían: los vampiros.

Seguro que conoció a algún vampiro. Seguro que se dejó morder por él y por otros. Seguro que ahora es un vampiro más, pero Sarah lo niega.

Summers llegó a la fama del vampirismo por ser el autor de dos libros clásicos (y bastante realistas, pese a lo fantástica que es toda la literatura gótica de tema vampírico): *The Vampire. His Kith and Kin*, publicado en 1928, y *The Vampire in Europe*, obra de 1929.

Era clérigo y, aunque pareció toda su vida un santón extravagante, era un hombre de enorme cultura y propensión a los excesos de todo tipo. Firmaba como reverendo Summers, pese a haber abandonado el anglicanismo por el catolicismo, aunque en ambas confesiones fue excomulgado. Estudió teología en el Trinity College de Oxford. Se ordenó sacerdote anglicano, pero en 1908 sucedió un reprochable escándalo que marcó su vida: se le acusó, con pruebas fehacientes, de pederastia.

Al año siguiente, antes de que lo expulsaran de su iglesia, tomó la iniciativa de pasarse al catolicismo haciéndose ordenar como cura por un obispo hereje y anatematizado. ¿Pertenece ese obispo a la herejía de los seguidores de José de Arimatea, los *arimateicos*, una de las mayores herejías «subterráneas» del cristianismo, como ya hemos visto, considerada como venenosa por León XIII y Pío X, este último el máximo partidario de la hostia como cuerpo de Cristo? Probablemente sí, aunque Summers nunca profesó simpatía especial por los *arimateicos* y los derivados del Grial.

A él siempre le atrajo lo oculto. Y pronto halló en el vampiro la máxima expresión de eso oculto por excelencia. Se sintió fascinado por la Zona Externa de la vida-muerte, y si se acercó a la religión, siendo como era un hombre atraído por los placeres del cuerpo e incluso algo anticlerical, fue porque creyó que, de todas las disciplinas humanas, la religión era la que más cerca de esa Zona Externa situaba al hombre.

Habló en sus escritos, por primera vez, en 1909, de unos misteriosos «hombres de negro». Eran extrañas criaturas que, tal vez, fuesen en realidad una variante vampírica, aunque él las publicitó también como alienígenas extraterrestres, quizá para lograr un efecto más teatral, como haría años después, con licencias fantásticas, Arthur Knight en su novela *Green Blood of a Remote Galaxy*.

Los últimos escritos de Summers son los más crípticos y misteriosos. En concreto su *Diario para no ser leído en vida* (ese nombre se lo puso el propio Summers en la portadilla), que permanece inédito por razones desconocidas. Sarah me dijo que la única razón es la seguridad de la Orden, ya que en el diario se hace alusión explícita a los aspectos más secretos de la OAS y al modo de invocar vampiros.

El diario data por entero de 1948, el año de la muerte de Summers en Richmond, Surrey. En sus páginas hace, al parecer, un recuento de su saber vampírico y con ello, tal vez, preparaba la sucesión para Unseld. El diario original está depositado en la sede ilocalizada de Salónica, el lugar donde, en 1955, lo encontró Unseld, quien hizo una copia conservada en algún lugar, no menos secreto, de la laberíntica casa de Sarah.

Fue lo único, creo yo, que Sarah no me dejó inspeccionar nunca, esa copia del diario de Summers. Ni siquiera me la mostró. Pero me contó algo de lo que había en él.

—Allí escribió Summers lo que sustrajo a sus otros libros —dijo Sarah—, y eso que escribió más de treinta. Summers pretendía introducir el Baphomet o Baphometo templario (su ídolo pagano y secreto) en la OAS; es decir, que hubiese un vampiro real presidiendo la sociedad bajo la apariencia de un sabio que hiciese la mordedura de la iniciación. Dejó escritas las instrucciones necesarias para cumplir su última voluntad. No es más que eso. Pero es algo que incumbe solo a los miembros.

Para Summers, el Baphometo era la traslación de las palabras de un oscuro rito iniciático griego: «entrada en la sabiduría». Quizá por eso la sede invisible está en Salónica.

—No era más que el deseo de que todos los miembros acabasen siendo una encarnación vampírica.

—¿Vampiros todos?

—Sí. En cierto modo, sí.

—Pero ¿qué sabiduría cabe entre los vampiros? —pregunté yo con cierta insolencia.

—La única verdadera, Thea, la de la sangre que se agolpa en una vena a punto de estallar. Esa es la sabiduría vampírica, simple y directa. Summers lo entendió muy bien: la sabiduría que da el placer de la mordedura.

Entonces, cuando Sarah me contó lo del Baphometo, comprendí que ella, en su interior, seguía un plan. Un plan meticuloso para que Nemus acabara siendo la

encarnación del rito *baphomético*. Con ello conseguiría el objetivo final perseguido por Summers: que la OAS fuera presidida por un vampiro real como número uno, como Sombra. La mordedura inicial, el reguero de sangre por todo el mundo.

35. AMOR/SEXO: LA DISCOTECA DE HAMBURGO

Amor vampiro

Creo que ya estaba preparada para hacerle a Sarah *la pregunta importante*, la pregunta sobre el amor de un vampiro, pero una pregunta llevaba a otras. ¿Había amado ella a Nemus? ¿Se puede amar a un vampiro? ¿Un vampiro puede amarte? ¿Pero puede amarte como aman los seres humanos... vivos? ¿Cómo es la posesión *total* de un vampiro? ¿Qué sientes? ¿Terror? ¿Hay sexo con los vampiros? Sarah no rehusó las respuestas, aunque me advirtió que este era el asunto que más exageraciones y ridiculeces había hecho florecer en la imaginación de escritores, dibujantes y cineastas. Pero lo primero que me aclaró fue que ella nunca había sido amada por Nemus, al menos en el sentido «convencional» del amor, y que el único acto amoroso, por así decirlo, había consistido, durante años, en el ofrecimiento del caudal de sus venas a Nemus hasta llegar a la extenuación, hasta abocarse al borde mismo de la Zona Exterior. ¿O fue un orgasmo?

En cuanto al amor, reconoció, no se puede deslindar del sexo; el amor es un sentimiento que los vampiros conocen y experimentan, pero tan solo por apenas unos segundos, porque enseguida les ciega una pulsión pasional. Es, no obstante, un sentimiento muy rudimentario, porque el campo emocional, en un vampiro, es muy físico: sienten, pero de inmediato ese sentir se mezcla con el deseo, la posesión y con querer alcanzar un clímax en el que saciarse a toda costa.

Un vampiro es ansioso en el sexo, pero algunos a eso lo llaman amor. Sarah me explicó, quizá por experiencia propia, que se trataba de algo emocional y primitivo, más que sentimental.

—El sentimiento del vampiro —dijo— no está elaborado, es del orden de los instintos, como el sexo.

»La herida, la mordedura o el picotazo del colmillo, ¿qué representa? ¿Un beso brutal, una penetración, un desgarró? ¿O es más bien un origen, un arranque, como se dice de un parto, en cierto modo?

»Todo eso es válido, Thea, y todo eso, en su proporción, sucede. La mordedura del vampiro desgarró tu piel y también sientes en todo tu cuerpo cómo te penetra algo acerado que duele y da placer a la vez. Pero, sobre todo, es un inicio, como el amor es también el inicio de algo en cualquier vida, ¿no cree?

La voz de la Sarah más solemne, desde su pequeña estatura, había dicho eso. Sonaba a místico.

Así que la mordedura vampírica es, por tanto, un inicio. Como lo es la mordedura de cualquier ser humano que se hace en el juego de la pasión, deduje. Y produce una

consecuencia que también se podría asimilar al ámbito del amor: el contagio. Todo contagio, bien mirado, también es un inicio. Como si se empieza una aventura.

El vampirismo en general está basado en el contagio. No hay otro modo de ser vampiro si no es porque te muerde otro vampiro, y *te contagia lo que él es*.

En el caso de los vampiros que se aman entre sí, cuando lo hacen actúan como leones y leonas que se muerden, y en ese acto, que puede parecer salvaje a ojos de un extraño, mezclan sus sangres. Entre vampiros, esa mezcla de sangres es el máximo símbolo de supervivencia y de amor. Pero está lejos de la conciencia, sigue siendo instintivo.

Sin embargo, es raro el amor entre vampiros, como es raro el mordisco entre vampiros. Lo más normal es el amor entre un vampiro y un no-vampiro, *antes* de que el segundo se convierta en uno de la misma especie.

—Todo vampiro que *se enamora*, y esto del amor vampírico, Thea, tómelo con prevención, no lo olvide, vampirizará al ser amado.

O sea, que si Nemus se hubiese enamorado de Sarah, la habría vampirizado. Quizá por eso Sarah sabía que él no la amaba, porque ella solo le daba su sangre, pero permanecía entre los vivos. O, tal vez, el juego del amor al límite, como una ruleta rusa, fuese demasiado peligroso y precipitado para ella. Aún le gustaba este mundo, aún no quería pasar a la Zona Exterior. Estaba en su derecho.

Cuando se acerca un vampiro siempre se produce una sensación extrasensorial de preaviso. Los que han pasado por ello lo definen como una situación en la que crece la certeza de que va a ocurrir algo extremadamente excitante. Entonces un escalofrío terrorífico recorre el cuerpo. El sudor se vuelve frío y pegajoso. Se experimenta una aguda impresión de que alguien se acerca a ti muy rápidamente. Luego, ese mismo ser presentado se queda inmóvil a un palmo de tu cuerpo. El terror de la amenaza dispara el sentimiento fantástico, la adrenalina sube a cotas adictivas: va a suceder, voy a ser víctima de algo, voy a morir, o lo que es peor, ¡voy a sufrir! La espera te destroza. El segundo siguiente es un caos: todo pasa rápido y lento a la vez, la carne se abre, la sangre brota. Incluso puede suceder desear el abandono en la muerte.

Como en el amor, más o menos.

El caso de la discoteca de Hamburgo

La historia que mejor ilustra la relación de amor y sexo en los vampiros es la que documentó, en 1998, la vampiróloga Sylvia Kronnham. Su informe está en los archivos de Sarah y se conoce como «El caso de la discoteca de Hamburgo».

Sylvia Kronnham estudió los sucesos de una apartada discoteca de las afueras de Hamburgo. Se convirtió, de la noche a la mañana, en una discoteca maldita que trajo de cabeza a la policía federal debido a las desapariciones de jóvenes y a los inconcebibles crímenes que tuvieron lugar en ella durante un periodo muy corto de

tiempo: tan solo dos días.

Al final, cuando todo acabó, las autoridades censaron veintidós personas desaparecidas (¿vampirizadas?) y hallaron diecinueve cadáveres, todos ellos sin una gota de sangre en sus venas y plagados de mordeduras, algunas muy violentas, como producidas por una máquina forense, una trepanadora o una taladradora. La policía no encontró, por supuesto, ningún utensilio de esas características por los alrededores.

Sylvia Kronnham, llevada por su sexto sentido, se presentó en el lugar en cuanto el *Bild* y la demás prensa sensacionalista de Hamburgo se hicieron eco del rumor de que algunos cuerpos tenían esas atroces marcas en diversas partes del cuerpo, marcas, según los forenses, de dentelladas.

La discoteca era un claro reclamo al juego vampírico: se llamaba Alp und Blut. *Blut* es sangre, y los *alp* son una variedad de vampiros alemanes de las tradiciones populares. A nadie se le escapaba el sentido último del nombre, y menos aún a Sylvia Kronnham.

También, o sobre todo, la discoteca era un lugar para hacer *castings* y pruebas de voz a cantantes pop aficionados. El mundo de las artistas que empiezan se rodea de drogas de diseño, éxtasis, coca, productores de discos pervertidos y alguna que otra sorpresa deslumbrante que te pone al filo de la navaja o al filo de tus propios límites. Eso siempre atrae a la gente, el límite.

Tomaban drogas. Lo llamaba «el coito químico». El cóctel de amor, pasión, posesión, seducción y sangre es el mejor camuflaje para un vampiro que vaga por la ciudad nocturna en busca de solitarios noctámbulos. O de solitarios sumergidos en medio de multitudes. Como sucedía en las discotecas, como sucedía en la Alp und Blut, un lugar lo suficientemente alejado como para refugiarse en ella hasta el amanecer.

Se les llama íncubos (masculinos) o súcubos (femeninos) a los seres saturnales o demoniacos que tienen apariencia de hombre o de mujer y mantienen relaciones sexuales con el otro sexo o con el mismo. Los vampiros, para muchos, son una especie de íncubos o súcubos. Por eso se confundían con la gente en la discoteca: pasaban por ser unos raros clientes más.

En la Alp und Blut había una piscina en medio de un jardín lateral. Se teñía el agua de rojo para crear un efecto macabro y gótico, incrementado por los focos luminosos del fondo. Pero no siempre era un efecto pretendido, ni tampoco lo que manaba a chorros de los caños era agua teñida.

Según averiguó Kronnham, allí, durante dos noches consecutivas del mes de julio —las del 15 y 16 de ese mes—, había habido una orgía vampírica. Los cuerpos vampirizados se sumaban a los vampiros más viejos, y aumentaban las víctimas y los ríos de sangre. Los restos rojizos y negruzcos que halló por su cuenta, en los bordes

de la piscina y en los caños de agua, eran muestras inequívocas de la sangría.

—¿Un vampiro se mete en una piscina?

—De noche, ¿por qué no? —contestó Sarah.

Durante aquellas dos madrugadas, los vampiros, que fueron creciendo en número, mezclados con los usuarios de la discoteca y amparados por el reclamo fascinante de la piscina gótica, atacaron aleatoriamente a sus víctimas, incluso dentro de la piscina.

Hubo gritos y aspavientos, gestos de desesperación, pero la mayoría de la gente los tomaba como parte de la diversión, el resultado de la histeria del momento, reacciones por el agua fría, por el descaro de los que quitaban la ropa a unas y otros, por el abrazo inesperado de un desconocido que hundía su cara en el pecho de una chica... Todo era posible y confuso. Los gritos se tomaron por los alaridos de la fiesta.

Fue una matanza.

Una de las noches posteriores, cuando todo había pasado, después de que la policía científica hubiese peinado el recinto con sus sistemas de investigación microscópica, Kronnham volvió a la discoteca Alp und Blut y se coló a hurtadillas en el jardín de la piscina.

La discoteca estaba vacía, no había nadie a la vista, ni siquiera vigilantes privados. La piscina también había sido vaciada. Pero en el borde había alguien en cuclillas. Miraba hacia el centro del estanque vacío. Allí, en el fondo, había un pequeño círculo brillante, un disco reluciente, lo que para Kronnham podía ser, sin duda, un DVD.

La persona que estaba en el borde de la piscina llevaba el pelo recogido en una coleta. Se irguió y se soltó la melena quitándose una goma que tiró lejos. El pelo abundante cayó sobre los hombros. Era un chico de unos dieciocho años y llevaba una gran chapa en la cazadora con la cara de Gorbachoy. Parecía mayor. Se alzó una capucha roja sobre la cabeza. Entonces sintió la presencia de la vampiróloga. Pero en lugar de asustarse o de huir de allí, la miró a los ojos con insolencia adolescente.

Sylvia vio el rojo inyectado de sangre en las pupilas y la expresión siniestra y amenazante de los vampiros. Las uñas se alargaban por momentos en sus dedos. Oyó que crujían.

Pero, en lugar de atacarla, el chico la rodeó y de un salto, sin ningún esfuerzo, bajó hasta el fondo de la piscina vacía y recogió el disco compacto. De otro salto, como en un parpadeo, se presentó de nuevo ante Sylvia. Todo pasó en unos segundos.

Se lo entregó. Pero como Sylvia estaba paralizada, el chico le abrió la palma de la mano y depositó dentro el DVD. Sin embargo, no le soltó el brazo, la sujetó por la cintura, pasó la lengua por su cuello y rozó con sus colmillos su barbilla. La mejilla del joven rozaba su mejilla.

El olor era nauseabundo, pero Sylvia se contuvo y no se desmayó. El vampiro la

besó los labios, y luego la lengua; metió la lengua en su boca; Sylvia enseguida notó el sabor a sangre y a moho, notó el movimiento de algo que solo podía asociar a los gusanos dentro de su boca. Entonces se apartó, impulsada por el asco.

El joven alargó el brazo e hizo un pequeño arañazo con la punta de la uña en su cara, debajo del pómulo izquierdo. Se acercó lentamente para beberse la rayita de sangre que manó de la herida.

—*Mira esto y sabrás lo ocurrido. Hubo aquí una gran noche.*

Fue lo que dijo el chico sin apenas mover los labios, con una voz excesivamente rota y apagada.

Sylvia experimentó el roce de la piel de los vampiros: fría como el hielo, iba haciéndose cálida progresivamente, como si subiera su temperatura a medida que era tocada por una piel humana o tenía cerca la presencia de un manantial de sangre (un surtidor), es decir, un ser vivo.

A partir de ese momento Sylvia Kronnham pierde la consciencia de los actos que se suceden, no recuerda lo que ocurrió, ni siquiera qué fue lo que causó los moratones y heridas con los que fue encontrada por la policía al amanecer, tirada en el jardín de la discoteca. Sentía, no obstante, un extraño bienestar y la sensación que conservaba era la de un profundo agotamiento y un gran zumbido en la cabeza, como si hubiera estado toda la noche sumida en una pesadilla de la que no podía desprenderse.

Habían excavado en ella, o eso pensaba.

Pero sabía la verdad. En algún lugar de su cerebro estaba esa verdad y era cuestión de tiempo que aflorase. Tal vez le llevara una semana o un año, pero saldría, esa verdad saldría.

Lo puso en su informe para Sarah. Allí hablaba de una gran fuerza sexual, de una posesión, de gritos inaudibles y de un deseo indescriptible por seguir aferrada a los brazos que la asieron durante todo el tiempo que fue penetrada por el joven. Fue dominada por la carne y la sangre en estado puro.

El vampiro la había amado, de eso estaba segura, pero en realidad lo que había experimentado era una especie de violación sin dolor, una violación en la que a la pérdida enorme de sangre se añadía la extraordinaria sensación de un placer sexual inaudito. No se convirtió en vampira o sencillamente en cadáver, como las chicas de la discoteca, porque el vampiro no había querido.

El recuerdo vago era este: el chico que llevaba una chapa en la cazadora con la cara de Gorbachov hizo que las mandíbulas se aferraran a su omóplato. Sylvia, semiinconsciente y contra el suelo, notaba el espacio desproporcionado que esas mandíbulas ocupaban, sentía su tamaño, era como un cepo sobre su cuello. Le desesperaba no poder ver nada de lo que le estaba sucediendo, trataba de girar el cuello, que la cabeza fuese para otro lado, pero el cepo de las mandíbulas se clavaba más y más y sus ojos angustiados se le salían de las órbitas. Algo líquido fluía por su

piel, bajaba por su espalda. Trató de agitarse para que el cepo se le desprendiese. No podía, y al dolor se le unía la ansiedad, pero por encima de todo sentía un creciente placer, el placer de dejarse ir, como si todos sus sentidos empezaran a claudicar.

El chico de la cazadora parecía haber concentrado todo su esbelto y delgado cuerpo en esa parte de sus vértebras; las garras de sus manos se hundían unos milímetros por los músculos del pecho y del brazo. Manó más sangre. Entonces Sylvia, desconcertada porque sus sentidos se habían encendido, intuyó de pronto algo terrorífico, supo que iba a morir. Esperó la fractura de su columna, el ruido seco al partirse.

Pero su desconcierto, por segundos, aumentaba, ya que aquella inminencia de la muerte había dejado de importarle. El chico sobre ella había empezado a pesar una tonelada y ella solo trataba de fijar en un punto la mirada nublada, intermitente por la increíble sensación de vacío absoluto y de ligereza total.

Creó que zigzagueaba por el cielo como un globo de goma propulsado por el aire que se le escapa.

Algunas mujeres llegan al orgasmo al ser vampirizadas, quiero decir *mientras* son vampirizadas. Probablemente fue eso lo que ocurrió a *Frau Kronnham*. Y en cuanto a los hombres, algunos, no todos, tienen una violenta e incontrolada erección. De ahí que la vampira-mujer forme parte de las fantasías habituales de muchos hombres, como en el cine porno, por ejemplo.

Alguien lanzó un grito desgarrador:

—¡Aaaaaahhh!

Pero, aunque no la reconoció como propia, aquella voz de mujer era la suya, la de Sylvia. Y el chico, entre jadeos, con voz más ronca y cortada aún, murmuraba que tenía que hacerlo, que tenía que hacerlo, y que llegaría hasta el límite, pero ella no moriría.

—¡No morirás!

Otra vez Sylvia imploraba que esperase, trataba de disuadirlo de que siguiese. Hubo otro grito. No hubo más voces. Luego llegaron los susurros. El chico succionaba con rapidez, agitaba la cabeza, Sylvia se iba por sus venas. La oración fúnebre se estaba pronunciando.

La policía llegó al amanecer y encontró a Sylvia Kronnham aún con vida. Sus órganos genitales, cuando fue examinada en el hospital, revelaron que había tenido una continua y extrema actividad sexual. La policía la interrogó como si fuese una prostituta.

El DVD que estaba en su bolso resultó ser una *snuff movie* de los hechos acaecidos en la discoteca las noches del 15 y 16 de julio —la pantallita indicaba la fecha y la hora en un extremo—, las noches de la matanza de jóvenes. Quién la había grabado y con qué fines, nunca se supo. Tampoco se vio en ella a los vampiros, a lo

sumo eran formas delicuescentes y borrosas que se movían entre los cuerpos desnudos de los chicos y las chicas, que eran atacados y prácticamente devorados mientras se desesperaban a gritos.

—La relación con el vampiro es física, concreta y peligrosa —dijo Sarah. La gente que está con un vampiro o lo identifica como tal, y además se siente atraída por él, corre riesgos, ya lo creo. Más de los que parece. Y está en verdadero peligro ante ellos.

Seguro que alguno de aquellos muchachos y muchachas de la discoteca, tal como dedujo finalmente Kronnham, sabían que estaban tonteando con vampiros o seres de otra naturaleza. Pero prefirieron seguir hasta el final, atraídos por una fuerza superior, que se llama deseo y desafío, autodesafío incluso. En resumen: fueron unas víctimas inocentes de vampiros hambrientos.

—¿No es eso lo que pasa en el amor?

—Demasiado pesimista, Sarah, pero sí, me temo que es eso lo que pasa en el amor.

—¿Cómo cambiar eso? ¿Cómo combinarlo con la idea de que el contacto con los muertos produce (porque la ha producido siempre) una enorme repulsión? Aunque atraiga y envuelva, hay que huir del beso del vampiro.

—El amor de los vampiros es el viaje de la repulsión a la pasión. Algo, por lo demás, muy humano —dije yo.

Sarah no contestó. Ese viaje ya lo había hecho ella antes. Se limitó a decir, en un mal francés:

—«*Je suis de mon coeur le vampire*». Baudelaire. Un magnífico chupasangre.

36. ¿CÓMO SE LES CAZA?

Un cazavampiros tiene un nombre más técnico, pero apenas se usa, y menos entre los expertos. Se les denomina, en puridad, «aplastadores» o *crushers*. También son identificados en algunos documentos como «rastreadores» de nidos de vampiros. Entre ellos, sarcásticamente, se definen como «finalizadores», en alusión al hecho de que terminan con la estancia del no-muerto en la Zona Exterior. Sarah odiaba a los «aplastadores» o «finalizadores», es decir, a los Van Helsing del mundo. Abraham Van Helsing, tal es el nombre que le puso Bram Stoker en su *Drácula*, es un perfecto y puro «aplastador». Stoker se identificó tanto con él que decidió llamarlo como él mismo; era, además, el personaje que él quería ser, su preferido en la novela, y le traspasó incluso sus rasgos físicos, estatura y rostro, proyectando en su audacia y su aventurerismo heroico aquello que le habría gustado ser en otra vida.

También hubo un tiempo en que se premiaba con recompensas conseguir desintegrar vampiros. Se pagaba un dinero por un vampiro sacado de su letargo para, inmediatamente, en presencia de los proveedores de la recompensa, proceder a su eliminación. Ese trabajo lo hacían los *vampire-hunters*, una variante de los *crushers*, herederos prosaicos del arquetipo Van Helsing, llevados a la pantalla hasta la saciedad, por lo general bastante paródicamente.^[4]

—Thea, cuando usted me habla de cazar un vampiro —me dijo Sarah—, no se referirá a esa chica horrible y cursi de la tele, esa Buffy, ¿no? Tiene algo que me recuerda a mis peores pesadillas. ¡Qué repelente señorita metomentodo!

—Por supuesto que no —le dije.

Bromas aparte, los *vampire-hunters* más organizados eran, hasta la fecha, los Hermanos Capistranos. Sarah me habló de ellos con detenimiento.

El origen de esta hermandad semi-secreta se remonta a varios siglos atrás. Está documentado por la historiografía que su creación fue idea de dos inquisidores dominicos bajo el papado de Inocencio VIII. En su obra, famosa durante décadas y escrita en 1486 por indicación del Papa como manual de la Inquisición, el *Malleus maleficarum* (Martillo de las Brujas), los dominicos Sprenger y Kramer hicieron una apostilla final recomendando la creación de una hermandad o una cofradía.

Se trataba de una orden de hermanos menores encargada de perseguir y dar caza a los revinientes o no-muertos, cuya naturaleza identificaban, clara e indistintamente, como demoníaca e israelita. Lo más curioso es que quien lo tradujo al inglés fue ni más ni menos que ¡Augustus Montague Summers! ¿Con qué intención? Se desconoce, aunque seguro que la tendría por una obra anticuada y anecdótica, fuente valiosa de información sobre el mal.

Sin embargo, la Hermandad Capistrana (creada en honor de san Paleólogo Capistrano, santo dálmata que introducía una hostia consagrada en la boca de los

embruados recién empalados en las afueras de las ciudades) no se constituye hasta el Concilio de Ruán, en 1581.

La Hermandad Capistrana está formada a imagen y semejanza de los Caballeros de Malta. Tuvo una enérgica y extendida actividad en la Roma barroca, actuó incluso contra Caravaggio y su amante, el cardenal Del Monte, creyendo que ambos eran vampiros (lo que nunca se ha demostrado). Y también contra Nemus, quien tuvo que huir de ellos. Sabemos por Sarah Rubin que, en cuanto a Nemus, no lograron su objetivo, aunque sí eliminaron a Merisio, su convertidor enmascarado, entre otros muchos.

La orden vaticana de los *capistranos* se funda con todo tipo de religiosos excedentes. Fue una de las que estudió el Pentágono para crear el PYP. La orden se dedicaba sin freno a deshacer y empalar vampiros confirmados y vampiros posibles. El Vaticano II acabó con ellos y con su poder, desviándolos de sus actividades hasta formar parte de los servicios secretos vaticanos, organizados y sostenidos por el cardenal Marcinkus y la Logia P2.

Luchaban a muerte contra los vampiros. Algunos sucumbieron a la fuerza que se les resistía y pasaron a ser vampiros a su vez, otros sencillamente murieron en su acto de fe. Pero, en todo caso, en la Europa del siglo XVII y de mediados del XVIII, los *capistranos* (según registran sus libros de anales) habían eliminado trescientos sesenta y dos mil vampiros y semivampiros, de los cuales siete mil lo fueron en las colonias de Virginia y Baltimore.

Hoy en día hay todavía *capistranos*. Al menos, que se sepa, existen como tales en Canadá. Allí fue donde Cathy Kerrigan, periodista divulgativa de Toronto, hizo un hallazgo importante. En 1976 encontró una película con un desenterramiento vampírico.

Por lo visto, los *capistranos* se habían modernizado y habían llegado a grabar en celuloide una de sus acciones de caza. La película se conoce como la *Película número tres* y está en poder de Sarah, en cuya compañía asistí en privado a su proyección cuando estuve en Roma. Cathy Kerrigan en persona se la había entregado a ella.

Son apenas quince minutos de película, unos doscientos metros de rollo. Todo en la filmación, inevitablemente, está muy borroso y tiene un aire amateur, pese a ser tomada por uno de los miembros de la banda de cazavampiros. Sin embargo, Sarah conserva esa película como oro en paño. La grabación es bastante antigua, fechada en 1931, y se llevó a cabo en Edimburgo, en una cripta hallada en las cavas del sótano de la casa del puritano reformista. John Knox mientras excavaban para rehabilitarla como museo. Era la tumba de un *imblocatus*.

Los *imblocati* fueron estudiados con detalle en 1927 por el matemático e historiador de las religiones Sir Matthew Lawrence, amigo de Summers (¡su nombre

vuelve a aparecer otra vez en nuestra historia!). En la Edad Media se llamaba *imblocati* a aquellas personas que habían muerto bajo tortura para que abjuraran de Satanás o habían padecido tormento por ser consideradas demoníacas y enajenadas. La Inquisición recomendaba, como exorcismo final, algunos aspectos relativos al modo de su enterramiento. Se les amortajaba con lino teñido de rojo (¿para disimular la sangre derramada, tal vez?) y se les disponía bajo grandes losas de mármol o pesados bloques de piedra, lejos del contacto con la tierra, para que fuesen aplastados por su peso.

La grabación de la *Película número tres* recoge el momento en que, ayudándose de un armazón de poleas para alzar uno de esos grandes bloques de piedra, se abre la tumba del *imblocatus*. Fue identificado posteriormente como Honorius de Ciseux, deán del *Castle* de la ciudad, obsesionado por la sangre de Cristo y la idea herética de que el Salvador era un cripto-vampiro. ¿De dónde le venía al clérigo tal idea? ¿Acaso la herejía estaba más extendida de lo que hoy se piensa? Honorius de Ciseux vivió en el año mágico de 1331.

Pude ver con mis propios ojos cómo dos hermanos *capistranos*, vestidos con túnicas oscuras, procedían a introducir un ladrillo en la mandíbula del cadáver antes de separar su cabeza con una pala afilada. Luego, después de unos segundos en los que la cinta parece burbujear y estar deteriorada, la proyección se detiene justo cuando uno de los hermanos que ha hecho la decapitación posiciona una estaca de hierro en el pecho para que otro machaque sobre ella. El cadáver vampiro se ve etéreo, como desenfocado y deforme en todo momento, pero, por el aspecto de sus ropas, parece el de un hombre joven en traje eclesiástico.

No me cabe la menor duda de que ahora habrá muchas más películas y de calidades muy superiores, digitales incluso. Pero no sirven de nada, como tampoco sirve la *Película número tres*, salvo como testimonio. En ellas no podrán grabar por mucho tiempo a un vampiro, salvo las pocas horas con luz de día, y además solo podrán matarlo a continuación. O dialogar con él, si se deja.

Los cazavampiros actuales están pagados por los gobiernos de manera encubierta y bajo mano. El Pentágono, la Comisión Napolitano u otras agencias gubernamentales de servicios secretos financian pequeños equipos de élite para lograr hacer viable el acceso a un vampiro de verdad. En épocas anteriores al siglo xx estos mismos «aplastadores» fueron financiados por el Vaticano o por la Iglesia de Inglaterra, pero también por ricos excéntricos, muchos de los cuales hallaron la muerte —aunque no la eternidad— debido al arriesgado capricho romántico de imitar a lord Byron.

La lección de todo esto es que es un error despertar a un vampiro, abrirse a él o invocarlo, como hemos visto en otra parte. Esto hay que dejarlo en manos de los «aplastadores».

Solo el vampiro que se dirige a ti, el que te busca, el que sale a tu encuentro, puede albergar unas intenciones diferentes y no solo extraerte la sangre. Si no, el vampiro con el que te encuentras o al que acabas buscando tú, lo más probable es que termine matándote. En este sentido, por desgracia siempre —y recalco siempre— es así.

Mi estancia con Sarah me lo ha enseñado con creces.

37. MÉTODOS DE ELIMINACIÓN

Los vampiros, cuando mueren, se desintegran. Sus restos pasan a ser polvo y fragmentos diseminados en un amplio perímetro. Ello es debido a que, al morir por cualquiera de los procedimientos por los que se llega a matar a un vampiro, toda posible sangre, todo posible sustento orgánico, desaparece de inmediato. Son cadáveres no-muertos, pero sí envueltos de una fina capa de polvo que se puede desvanecer como por un golpe de aire. Un vampiro, y esto nunca mejor dicho, es pura nada cuando va a morir para siempre.

Veamos a continuación una serie de métodos y procedimientos característicos relativos a la muerte y anulación de los vampiros:

A.— Los vampiros mueren por tres causas:

- 1) son anulados —eufemismo de asesinados o rematados— por la *acción de un humano vivo*, no siempre ni necesariamente un cazavampiros, pero siempre —y esto es fundamental subrayarlo— siguiendo unos mismos procedimientos y no otros, como veremos.
- 2) son eliminados por la *acción de otro vampiro*, pero esto es extremadamente inusual, casi contra natura, ya que un vampiro no puede violentar a otro vampiro, salvo excepciones muy anómalas; en todo caso, si eso sucediera, el vampiro agresor ha de llevar a cabo los mismos procedimientos que ejecutaría un humano vivo.
- 3) se *autodestruyen* en una situación de ausencia extrema de sangre nutricia y siempre que ningún otro vampiro, como hizo el vampiro Arthur Knight, pueda ofrecer su corazón.

B.— A los vampiros solo se les puede matar cuando están inmóviles y en letargo en su nido, por tanto siempre durante el día y con plena luz solar.

C.— A los vampiros se les puede matar si se les deseca, atraviesa, arranca, desintegra o elimina la única parte de su cuerpo que no deja de tener sangre durante todo el letargo: su corazón.

D.— Un vampiro puede morir si se le clava un estilete agudísimo de plata en tres partes del cuerpo a la vez. Es fundamental que sea al unísono. Para ello, si se emplea este procedimiento, han de estar presentes tres

personas: la primera ha de clavar el estilete en el pecho a la altura del corazón, la segunda en ese preciso momento ha de hacerlo en uno de los ojos, y la tercera lo clavará en la boca hasta la garganta.

E.– Un vampiro puede ser espantado, pero no muerto, si se aplican determinadas sustancias entorno a la posible víctima. Tradicionalmente se ha hablado de rudimentos un tanto ridículos, como las ristras de ajos, las cruces en el cabecero de la cama, los cuencos con agua bendita repartidos por los vanos de la casa, como puertas y ventanas, el rezo de oraciones en latín, etcétera. Ninguno de estos métodos es, en sí mismo, eficaz. Los vampiros ni siquiera los consideran. Pero, como cuando el río suena agua lleva, es cierto que sirven para algo.

Por ejemplo, el *ajo* no espanta a un vampiro por ser ajo, pero está comprobado que esta hortaliza de las liliáceas se compone de dos sustancias, la aliina y el disulfuro de alilo, que poseen unas propiedades altamente coagulantes.

Lo del *crucifijo* es mera superstición, pero los crucifijos de plata pueden ser empleados como repelentes de vampiros, ya que la plata es uno de los metales que bipolariza la hemoglobina de la sangre del vampiro, produciendo un entumecimiento con síntomas de quemazón abrasiva. Arden por dentro.

Lo del *agua bendita* es una auténtica falacia cristiana, aunque ha habido casos, perfectamente documentados en Serbia y Croacia, de un tipo de vampiros llamados «seminocturnos», es decir, servidores de vampiros, que no son vampiros reales del todo y que huían del agua al ser su piel excesivamente polvorosa y acartonada.

F.– Uno de los métodos más seguros es el del empalamiento por el ano, pero es un método desagradable. A algunos les horrorizaría. Para ello se precisa, de nuevo, el concurso de más de una persona, ya que requiere manipular el cuerpo del vampiro en su nido para darle la vuelta, de manera que el empalamiento se lleve a cabo limpiamente. Es un procedimiento que se emplea en regiones del norte de Grecia y en Moldavia. Una vez empalados, suelen erigir el cadáver atravesado y dejarlo así a la intemperie durante dos días y dos noches, tiempo suficiente para comprobar si realmente el empalamiento ha alcanzado su objetivo.

G.– Lo más frecuente y pragmático es la eliminación por decapitación. Pero conviene advertir que ha de hacerse rápidamente y con sequedad, de un solo tajo, ya que en caso contrario los músculos del cuello del vampiro

pueden tener una contracción tal que los endurezca como una piedra. Es el procedimiento más seguro, arrancarles la cabeza.

H.– Los que se dedican a cazar vampiros proceden, a veces, a desangrar al vampiro. Se les llama «extractores» o «sacasangres», en el argot de los introducidos en el tema. Esto solo funciona si la acción contra el vampiro se ejecuta dentro de la primera hora del letargo. Para disecar a un vampiro hay que colgarlo por los pies y darle varios tajos en cuello, costado, ingle y muslos. Cuando la mayor parte de la sangre ya se ha vertido, es necesario que se proceda a la decapitación.

I.– Otros, como los conocidos *spongers* o «esponjadores» (también *engroseders*), son matavampiros que los desangran antes de meterles una estaca en el pecho.

J.– Ni las armas de fuego ni las de descarga eléctrica son eficaces frente a un vampiro. No deben emplearse jamás, ni debe confiarse a ellas toda la seguridad ante el ataque de un no-muerto.

K.– Para las decapitaciones, las armas han de ser:

- la catana o espadas similares. Pueden valer, aunque son un tanto sofisticadas e incluso anticuadas;
- es preferible la utilización de un hacha bien afilada;
- no emplear cuchillos, ya que hacen el corte lento;
- lo mejor: simultanear el hacha con la ballesta de arpón de acero o con la estaca metálica, siempre y cuando estas atraviesen el cuerpo a la altura del corazón;
- la sierra eléctrica es muy recomendable;
- recientemente, el más sofisticado sistema empleado es el láser hipersaturado de dióxido de carbono y haz ultravioleta de espectro gamma.

L.– La estaca en el corazón es el procedimiento que ha trascendido a la cultura popular. Junto con la decapitación, es el modo más eficaz de eliminación e, históricamente, respondía a una razón simbólica, que era la de sujetar el alma del vampiro a la tierra, de manera que no pudiera escapar de la putrefacción y refugiarse en el cielo.

No todas las estacas son válidas, obviamente. Las leyendas hablan de estacas de abeto o de otras maderas duras, pero lo cierto es que las

estacas vegetales no surten efecto (salvo que se combinen con la decapitación o con el empalamiento anal).

Las estacas han de ser de hierro o de acero; de plata o de aluminio, preferiblemente; hoy en día cualquier metal blanco vale. Pero, ojo, nunca ha de aplicarse una madera de ciprés ni de cedro. Esas maderas, tal como descubrió la historiadora y apasionada de los upires Patrizia Scianfini, fortalecen al vampiro.

M.– Desencajar o desquiciar la mandíbula. Este método, unido al hecho de verter centenares de pétalos de flores en los ataúdes o tumbas, es muy común en Europa del Este.

Dicen algunas leyendas de esos países que un vampiro sin mandíbula ha de contar todos los pétalos que le rodean, lo que puede llegar a enloquecerlos. Lo cierto es que, según Sarah, esto no pasa de ser una broma ingeniosa y un tanto arbitraria, ya que los vampiros reales no enloquecen (sí, tal vez, los «seminocturnos» o servidores de vampiros, ya que son personas vivas aún). No obstante, según Sarah, si los pétalos de flores se mezclan con una mixtura de incienso y de «aqua vitae», el resultado es que el vampiro se *cuece*, por así decir, en su propia sangre, y se produce una extraña variante de autodestrucción.

El «aqua vitae», también conocida como *agua divina*, fue un invento macabro del doctor Edward Ascot en 1700, que consistía en tratar de dar con una pócima que aportara beneficios a los vivos sacados de los muertos. Se inventó una receta *sui generis*: hay que partir de un cadáver sano que haya fallecido de muerte violenta (no valen, por tanto, los que lo hayan hecho por enfermedad); trocearlo todo él en pedacitos muy menudos, carne, huesos, vísceras... Luego, el picadillo resultante ha de mezclarse y licuarse en un alambique. Pero lo básico de su receta era añadir al final una buena cantidad de sangre de un ser humano vivo. Todo ello se agita y se lleva a ebullición. El resultado es una sustancia viscosa y repugnante que, mezclada con el incienso, podía ser corrosiva. Actúa como un ácido en el vampiro y lo destruye.

N.– Sin ninguna duda, en los tiempos actuales la química se ha revelado la clave, como tal vez en el pasado, pero entonces se desconocía su eficacia. El ácido hidroc্লórico es muy corrosivo. Si se rocía con él el cuerpo del vampiro, a la vez que se acompaña con una estaca metálica en el corazón, el vampiro se desintegra en segundos. Otros ácidos que se han utilizado, con el mismo efecto, son el ácido fluorhídrico, el ácido nítrico, el ácido selénico y el ácido crómico. El ácido sulfúrico, en

cambio, no produce una reacción conveniente; por el contrario, potencia la resistencia del vampiro.

Ñ.— La Comisión Napolitano, creyendo que sería una investigación valiosa, recomendó estudiar durante un tiempo el efecto de la talidomida, una sustancia que fue letal en la deformación de muchas personas en los años cincuenta y sesenta. No hay informes al respecto de su éxito o su fracaso.

O.— La presencia de determinados metales preciosos, como la plata o el oro. Este es un mito, y es muy dudoso que el metal en sí, sin una acción de las anteriormente descritas, llegue a matarlos. Lo cierto es que la plata y los metales blancos —no así el oro ni los metales dorados—, aunque sean de poco valor, producen quemaduras en los vampiros; es más, los cuerpos de los vampiros suelen tener cicatrices por diversas partes debido a los roces inevitables con anillos, pulseras u otros objetos de metal de las víctimas. Son quemaduras, o cicatrices de viejísimas quemaduras, que no llegan a matarlos, tan solo los debilitan.

P.— Llenarles la boca de harina hasta resecar y drenar todo su cuerpo. Dreyer, el cineasta, en su película *Vampyr*, lo empleó como método para matar no al vampiro propiamente dicho, sino a uno de sus servidores. No obstante, acertó al utilizarlo en el filme, ya que tenía la información adecuada. Se debió, según Sarah, a que, como poca gente supo —pero mucha intuía—, el productor, el barón Nicolás de Gunzburg, protagonista de la película con el falso nombre de Julián West, era un vampiro. «Y muy parecido a Nemus», añadió Sarah. Quizá por eso toda la película se rodó de noche o a horas crepusculares.

Q.— Obviamente, lo más letal para un vampiro, lo que produce su desintegración fulminante, como hemos visto en otras partes, es someterlos a la exposición de la luz diurna.

* * *

Sin embargo, esto que parece tan elemental y archiconocido, es bastante difícil de ejecutar como sistema de eliminación, ya que, para que sea realmente eficaz, se precisa que el vampiro esté activo con todas sus facultades, y no en su letargo. Exponer al sol un vampiro dentro de su ataúd con la tapa abierta o sacarlo a la luz desde un húmedo sótano mientras es un cadáver enjuto y polvoriento no sirve para matarlo. Ha de ser *mientras* está vivo, *antes* de que acuda a su nido y *después* del

amanecer. La dificultad estriba en retener al vampiro hasta ese momento. Solo el amor (o el sexo) lo logran, pero siempre en casos muy contados. Una vez que eso sucede, hay un inesperado olor a carne quemada, fruto de la explosión y posterior desintegración: un olor fosfórico, acre, similar al que se produce cuando se queman las tostadas con un buen trozo de rosbif encima.

38. ¡CUÉNTALO!

Oír esa voz

Voces de vampiro. ¿Quién puede oírlas? ¿Quién debe evitarlas? ¿Acaso tú, lector?

Al principio de este libro decía que hay una edad, cuando somos muy jóvenes e inexpertos, en que queremos ser un vampiro o cruzarnos con uno en nuestra vida. La vida siempre tiene, a esa edad, algo de desastroso que solo se encauza con el encuentro adecuado. No sé si debería decir el «encuentro ideal», pero le viene mejor el calificativo de «adecuado», es decir, el que te saque del pozo, o del tedio o de ese circuito mimético que te pone a cien por dentro mientras por fuera permaneces totalmente apática. Una más.

Para Sarah Rubin, Nemus fue un regalo. Lo es todavía. Le quitaba la vida poco a poco, pero ¿qué pasión no te quita la vida, a veces de golpe? No hay que ser incrédulos. Hay que confiar y basta.

—Una tiene que seguir el viaje de la propia vida, no puede eludirlo, aunque crea que puede bajarse en marcha. No conduce a nada, o conduce a no saber el final de nuestra propia película. No, una ha de seguir en el viaje.

Me gusta esta filosofía de Sarah Rubin.

Solo así te descubres a ti misma. Es ver una luz. Sarah lo hizo. Quizá todos lo hacemos, pero Sarah ha colmado su deseo. Ha sabido transmitir lo que ha visto. Y, como toda persona que tiene un tesoro, lo ha comunicado a un grupo selecto y escogido, a un grupo en el que todos saben de qué se está hablando en todo momento, y se suman experiencias y se respeta cada nuevo hallazgo. En ese grupo, ahora, después de mi estancia en Roma al lado de Sarah, aprendiendo de ella y gozando de su confianza, ahora, digo, ya sé que estoy yo. No soy miembro de su OAS, pero no es necesario.

En el asunto de los vampiros, de lo que se trata al final es de experimentar.

Durante las semanas que estuvimos juntas, Sarah me permitió experimentar mucho. Pude ver cosas o saber de testimonios escalofriantes. Me llevé datos, muestras, información. Me llevé también dudas y claroscuros, incredulidades y temores. Pero sobre todo me llevé certezas, algunas tan innovadoras e increíbles que soy consciente de su difícil verosimilitud.

Por eso he escrito este libro, para dejar constancia a quienes tengan una mente abierta y audaz, sin prejuicios y con la desconfianza puesta en las sombras veloces de la noche cuyos colmillos brillen más de lo debido.

Tenemos una mente. Es ilimitada, a esa conclusión he llegado. Pero perezosa. La gente dice: «Siente las cosas cerrando los ojos». Yo digo: «No, ¡siente las cosas

abriendo los ojos! Muy abiertos».

Ahora ya sé a la perfección, y sin ideas inmaduras, que ser vampiro no es un privilegio, ni siquiera es una meta. Ser vampiro pasa por estar muerto. O casi muerto, pero en todo caso habitar esa Zona Exterior donde tampoco hay vida.

En cambio, es mucho más posible cruzarse con un vampiro. Tened, lector o lectora, mucho cuidado si eso ocurre. Leed (y releed, si es preciso) este libro para saber los peligros que os acechan, si veis un vampiro o habéis creído verlo.

Lo mejor, si te atraen los revinientes, es que busques su voz. La voz de un vampiro siempre es una súplica o un deseo de confesión, una salida de sí mismo. Si oyes la voz de un vampiro, detente a escucharlo, ábrete a su ofrecimiento. Puede que solo trate de llevarte a ese lugar, entre excitante y magnífico, que es la puerta de la Zona Exterior. No entres. Solo disfruta de ese lugar privilegiado: la relación con el vampiro que te ha *adoptado a ti*.

¿Hay un vampiro para cada uno? No lo sé, y tampoco creo que se pueda saber, porque no todo el mundo está preparado para oír la voz de un vampiro. Todo el mundo puede sucumbir a él. Todo el mundo puede toparse con él e incluso verlo actuar de lejos contra otra persona. Pero existe una especie de relación de propiedad, algo especial, que une a un vivo con un no-muerto, cuando se eligen entre sí por las mismas razones por las que uno se enamora o elige a una persona con quien pasar el resto de su vida: por la contradictoria fórmula de la *casualidad predestinada*.

Si oyes la voz, como le sucedió a Sarah con Nemus, no te preocupes: tarde o temprano el vampiro aparecerá. Y recuerda que no siempre que lo hacen es porque vayan a atacar para beber. No. Aunque desconfía, pero un poco tan solo. Si el vampiro te habla, al final, a lo sumo, querrá un poco de tu sangre. Dársela no te hará desgraciado, te dará placer.

La única recomendación que Sarah me dio en el coche en el que me acompañaba para despedirme en el aeropuerto de Fiumicino fue que nunca olvidara que los vampiros solo atacan cuando: 1) lo necesitan, 2) sienten alguna atracción física, 3) sienten odio, y 4) están acorralados.

—Evite esas circunstancias y estará a salvo, querida.

Resurrección

He estudiado con ahínco a los no-muertos y la resurrección entendida como incorrupción y renacer. La resurrección, en lo que tiene de cierto grado de regreso a la vida, es el Principio Decimotercero de la Ley vampírica, un final que es un comienzo: «*El vampiro nace de la resurrección de los muertos*».

Hay una clave —me dijo en cierta ocasión Sarah Rubin— en el libro hebreo de Ezequiel. «Has de asimilar ese libro bíblico, bebértelo, zambullirte en él», insistía.

Allí se habla por primera vez de la resurrección de los muertos. Pero también se

habla del papel de algo parecido al sueño, en lo vampírico. Y de la visión del Valle de los Huesos como último referente de las capas más profundas del subconsciente de un vampiro.

Según relató Nemus una vez, ese sueño, o, para mayor exactitud, ese estado de ausencia neuronal en que se enturbian los ojos, se cubren de un velo rojo de extravío y un exceso de fluido sanguíneo abotaga la mente del vampiro, ese sueño, repito, antecede a un ataque vampírico.

Ezequiel cuenta que fue llevado por Yahvé a un valle lleno de huesos y he aquí lo que sucedió:

Me los hizo mirar por encima con suma atención: eran muchísimos los que había en la cuenca de aquel valle; estaban calcinados. Entonces me dijo:

«Hijo de Adán, ¿crees que podrían revivir esos huesos?».

Contesté:

«Solo tú lo sabes, Señor».

Me ordenó:

«Conjura así a esos huesos: Huesos calcinados, escuchad la palabra del Señor. Esto dice el Señor a esos huesos: Yo os voy a infundir aliento para que reviváis. Os injertaré tendones, os haré criar carne; tensaré sobre vosotros piel y os infundiré espíritu para revivir. Así sabréis que yo soy el Señor».

Pronuncié el conjuro que se me había mandado, y mientras lo pronunciaba, resonó un trueno, luego hubo un terremoto y los huesos se ensamblaron solos, hueso por hueso. Vi que habían prendido en ellos los tendones, que habían criado carne y que tenían la piel tensa; pero no tenían aliento (*ruaj*).

Entonces me dije:

«Conjura al aliento, conjura, hijo de Adán, diciéndole al aliento: Esto dice el Señor: Ven, aliento, desde los cuatro vientos, y sopla en estos cadáveres para que revivan».

Pronuncié el conjuro que se me había mandado. Penetró en ellos el aliento, revivieron y se pusieron en pie: era una muchedumbre inmensa.^[5]

* * *

¿Resucitan los desaparecidos en las guerras? ¿Basta con insuflarles ese aliento, ese *ruaj*, esa sangre de nuevo? Al final de la Primera Guerra Mundial hubo un tipo desalmado, Jean-Jacques Deschavanne, que puso un anuncio en la prensa diciendo que podía resucitar a los muertos de familias que habían perdido un miembro en las trincheras del Marne y otros sitios del frente. Llegó a abrir una agencia en la rue Tournon. Los relacionó con otras desapariciones similares en otras guerras y en otras batallas, estudió casos en otros países, logró penetrar en la clave del relato de Ezequiel, y terminó por descubrir la puerta de la Zona Exterior.

Dada la atracción vertiginosa del vampiro por las fosas comunes, también conocidas como *fosses mange-chair* (fosas come-carne), aquello solo pudo hacerse realidad si Deschavanne había conocido o tratado, mediante alguna de las maneras más inconcebibles, a un vampiro. O a una manada de vampiros. La resurrección que

Deschavanne garantizaba no era otra cosa que el reencuentro con el ser querido, desaparecido en la batalla, redivivo de nuevo como vampiro al que ofrecer la propia sangre a cambio de tenerlo, una vez más, en casa. O cerca, muy cerca.

—Posthuma —dijo Sarah—, ese era el nombre de la agencia de Deschavanne.

No reaccioné ante su mirada clavada en mí.

—¡Pobre Thea, usted no sabe nada, claro! Posthuma es también el nombre que entre los vampiros se da al País de lo Inmutable. El Valle de los Huesos es ese mismo lugar. No es leyenda. Existe. Está, más o menos, donde Ilana Goor tiene su museo, en Jafo. Donde descansa ahora, vacío, el sarcófago bizantino de Nemus.

¿Exterminio?

«No dudes nunca de lo que solo ves tú».

Esta frase de Sarah Rubin me dio que pensar durante todo el tiempo que viví en Roma para el reportaje. Pero también después, cuando estaba terminando este libro. Desde entonces nunca he dudado de lo que solo yo he visto. ¿Qué mayor seguridad puede haber que tus propios ojos? Nunca acabamos de creer del todo en esta verdad.

A veces deseamos que exista un mundo paralelo. Un mundo que no pertenezca solo a nuestro pensamiento, sino que responda a un lugar real, a unas personas reales, sean estas quienes sean. Un mundo en el que poder entrar, pero también del que poder salir. Jugar con ese riesgo es lo más atractivo. Lo han dado las drogas, lo han dado las locuras de la mente, lo dan los vampiros: «¡Ven y quédate! ¡Entra!».

Ahora yo oigo otra voz emanada desde ese mundo: «¡Cuéntalo!».

Lo haré. Lo estoy haciendo.

Sé que existe ese mundo paralelo del que luego, de pronto, recordamos lo que nos ha ocurrido en él. Seguramente queramos después volver. Entrar de nuevo. Ese mundo llamado la Zona Exterior. Ese mundo de donde proceden la no-vida y la no-muerte.

Lo último, y más inquietante, del PYP —y que he sabido mientras redactaba este libro— es que en el Pentágono siempre trabajaron en paralelo para encontrar vampiros manipulables y, a su vez, hallar el sistema de eliminarlos. Algo así como crear el virus y su antídoto, a la vez.

Trabajaron también para descubrir, o fabricar, si era preciso, una enfermedad «letal» para los vampiros. Es decir, que su desintegración no fuera mecánica, por medio de los cazavampiros, sino natural, por medio de un sistema antiinmunológico que proviniera del propio vampiro.

En resumen: inventaron el sida de los vampiros.

Hay que generar anticuerpos. Vampiros muertos de muerte natural. O de un cáncer específico. Trabajaron en una proteína sintética para lograr células tumorales que no se inhibieran. La clave de su investigación estaba en los lípidos y en la

angiogénesis^[6].

Esto es lo último en materia vampírica, el fin del vampirismo a medio o largo plazo. Algo que, creo yo, ni siquiera sabe todavía Sarah Rubin.

Cómo lograr ese cáncer, inducirlo a voluntad, era tan importante para el PYP como saber utilizar los vampiros en su propio beneficio. Sin embargo, los estudios más recientes advierten de que ese cáncer existe, de que se han detectado ya casos comprobados. ¿Cómo? Misterio. Lo cierto es que algo empieza a pasar, algo que acaba con ellos sin mediación humana alguna. Un cáncer que tiene que ver con la coagulación. Y se sabe que la sangre del vampiro, hasta la fecha, no coagulaba nunca. Por ahí llegará su exterminio.

La sonrisa de la despedida

—¿Ha notado alguna vez, Thea, qué fría puede llegar a ser una mano fría? ¿Lo ha sentido?

Sarah me hizo aquella pregunta en Fiumicino. Me había alargado la mano para despedirse. Dudé en estrecharla con la mía. Un titubeo me frenaba. ¿Acaso la suya estaría fría y gelatinosa como me imaginaba la mano de Nemus? ¿Entonces, pensé en ese momento, Sarah también lo acabaría siendo?

Ser vampiro puede ser algo que se desea cuando no se sabe nada de ellos.

Contra lo que a veces se lucha, si se les conoce bien. He tenido acceso a varios casos.

Pero que se descubre en una misma ya siéndolo. Puedes abrir los ojos una noche y desear únicamente un cuello cerca, una carne penetrable. Te obsesiona la saciedad a cualquier precio.

Sarah Rubin me desengañó: no era una vampira, no había duda. Sin embargo, me enseñó que existía ese lugar intermedio de la Zona Exterior donde se ansia la sangre por encima de todo. O mejor dicho: solo se ansia la sangre, el codiciado *ruaj*, porque no hay allí otro «todo» superior que ansiar. De eso no cabía duda. A no ser que en realidad, el otro lugar, el normal, no existiese para nosotras desde hacía mucho, muchísimo tiempo.

Agité la cabeza para espantar esa idea. La voz de la azafata de British Airways me aferraba a la vida.

Le di a Sarah mi mano y comprobé enseguida que la suya era cálida y vigorosa. Respiré a fondo.

—Era una broma, Thea. Mejor que no lo sienta. Mi mano no está fría todavía, y espero que por mucho tiempo no lo esté. Por cierto, ¿qué hará ahora con todo lo que sabe?

—¿A qué se refiere?

—Sí, ¿cuál es su propósito, con todo lo que ha conocido por aquí? ¿Se meterá

debajo de una piedra, dejará todo atrás, huirá?

—¿Huir? No huyo nunca. Haré el reportaje, supongo.

—Eso espero, por supuesto. ¿Y nada más?

Aunque apenas lo intuía aún, este libro ya echaba raíces en mi cerebro. En cambio, no le dije lo que pensaba, la idea no había madurado.

Nos abrazamos en silencio.

Cuando me alejaba por el control de pasaportes, le grité:

—¡Sarah! Nunca le dije cómo se llama mi perro. Le sorprenderá.

—¡Ni sabía que tenía un perro! ¿Qué nombre le puso?

—*Bite*.

Vi una sonrisa en la cara amable de Sarah Rubin.

Luego, en el avión que me llevaba a Londres, escala a Nueva York, mientras escuchaba a Madonna en mi iPod, me volvió la pregunta que me hizo Sarah, o su desafío: «¿Qué hará ahora con todo lo que sabe? ¿Esconderse?».

Sí, la pregunta-desafío estaba ahí, resonaba todavía en mis oídos. Maldita sea, soy periodista, al fin y al cabo. ¿Qué haré? Haré, me dije, lo único que sabía hacer, lo único que debía hacer: contarlo.

Era lo correcto.

* * *

¿Y ahora qué?

Bien, lo he hecho. ¿Y ahora qué pasará? ¿Vendrán a por mí? ¿Vendrá *alguien* a sacarme el *ruaj* de un modo u otro? ¿Estoy en peligro?

Ansiosas dudas, horribles sospechas.

Porque...

Porque ahora no quiero olvidar la sonrisa de Sarah en el aeropuerto. No quiero olvidarla bajo ningún concepto. Era imposible para mí imaginar que unos meses después de nuestra despedida en Fiumicino, Sarah Rubin desaparecería, no sé si para siempre. Esa es la gran incógnita. O esa impresión crece en mí con fuerza. Tal vez después de mi marcha sucedieran cosas desagradables, cosas atribuibles a Nemus, al Estado italiano o a mi propio gobierno, nunca se sabrá. Cosas que tampoco yo he sabido, pero en todo caso relativas a la anulación de Sarah. ¿Sabía demasiado? ¿A quién incomodaba? ¿O decidió ella misma, voluntariamente, pasar a la Zona Exterior?

Hace tiempo que no contesta al teléfono y los *mails* me rebotan. El correo llega devuelto. He tratado de contactar con algún vecino del 15 de Via dei Greci, pero parece que todos los habitantes de la finca se han volatizado; nadie atiende al teléfono en ese edificio, nadie abre la puerta. Sé que he de volver a Roma cuando haga el

suficiente acopio de valor. Aún no. Pero no puedo ni debo alertar a la policía. Eso puede ser peor para Sarah, si vive, o para mí, que correría quizá su misma suerte.

Al menos a día de hoy, al menos hasta el momento en que escribo esto.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Philip Cook fue la primera persona que me animó a escribir este libro. Mark Kober y Brenda Mó me ayudaron a pasar la travesía de su edición y me sugirieron puntos de vista que han hecho más rico el texto. Hellen Miller es la más astuta documentalista de Manhattan y su perro *Royal* acompañó a mi *Bite* (se llama así, como el de mi *alter ego* Thea) durante las largas horas en que las dos hundíamos nuestras caras en el ordenador.

Este libro no existiría sin Amy Gordon, que me dio la pista más importante de mi vida. Y, sin duda alguna, no sería más que una idea sin puerto si no hubiera conocido a Phyllis Leipheimer, la Sarah Rubin verdadera, la mejor y la más segura guía por el universo real de la Zona Exterior.

Por último, quiero agradecer su colaboración, por pequeña que haya sido, a las siguientes personas: Josie Straus, Eli North, Bob Donadío, Anne Edelstein, Mildred Macauley, Nat Leonard, Mary Rowantree y James Hatherly.

Y no me olvido de mis padres, Thomas y Leslie Ayers.

Y menos aún me olvido de ti, Marco. ¿Cómo podría?

Notas

[1] Tráqueas. (*N. del T.*) <<

[2] Mi abrazo era fatal... / la amaba y la destruí. (*Manfred*, II acto, I y II escena) (N. del T.) <<

[3] «Sangre» en turco. (N. del T.) <<

[4] Es el caso del film *Van Helsing* (2004), de Stephen Sommers, donde el cazavampiros lucha contra todos los monstruos típicos de Hollywood. (N. del T.) <<

[5] Ezequiel, 37; 1-11. (N. del T.) <<

[6] Proliferación de vasos sanguíneos nuevos. (*N. del T.*) <<